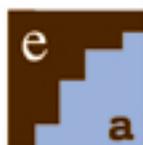


Drogas de ocio y perspectiva de género en la CAPV

Observatorio
VASCO

de drogodependencias

Droga-Menpekotasunen Euskal Behatokia



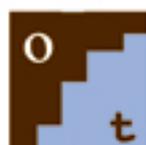
EUSKO JAURLARITZA



GOBIERNO VASCO

ETXEBIZITZA ETA GIZARTE
GAIETAKO SAILA

DEPARTAMENTO DE VIVIENDA
Y ASUNTOS SOCIALES



Txostena / Informe 16

Drogas de ocio y perspectiva de género en la CAPV



Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia
Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco

Vitoria-Gasteiz, 2005

REKALDE, Ángel

Drogas de ocio y perspectiva de género en la CAPV / [autores, Ángel Rekalde y Carlos Vilches]. — 1ª ed. — Vitoria-Gasteiz : Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia = Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, 2005

p. : cm. — (Informe = Txostena ; 16)

ISBN 84-457-2348-0

1. Mujeres-Consumo de drogas-Euskadi. I. Vilches, Carlos. II. Euskadi. Dirección de Drogodependencias. III. Serie.

613.81/84-055.2(460.15)

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS EN LA COLECCIÓN INFORME/TXOSTENA:

1. Estudio referente a conceptos y terminología en reducción de la demanda
2. Las drogas de síntesis en Bizkaia: un estudio exploratorio de las pautas de consumo
3. Sintesi-Drogak
4. Drogodependencias: reducción de daños y riesgos
5. Escuelas de padres y madres: propuestas de actuación
6. Cannabis: de la Salud y del Derecho: Acerca de los usos, normativas, estudios e iniciativas para su normalización
7. Los medios de comunicación social ante el fenómeno de las drogas: un análisis crítico
8. Drogas ilícitas, vida recreativa y gestión de riesgos: estudio-diagnóstico de necesidades de intervención en prevención de riesgos en ámbitos lúdico-festivos de la CAPV
9. Situación psicosocial de consumidores de heroína no adscritos a tratamiento en el País Vasco
10. Drogas: Exclusión o Integración Social
11. Delimitación del «status» jurídico del ciudadano «consumidor de drogas»
12. El uso de ketamina en el País Vasco: de fármaco anestésico a droga de fiesta
13. Incumplimiento penal y penitenciario de personas consumidoras de drogas
14. Factores de Riesgo y de Protección frente al Consumo de Drogas: Hacia un Modelo Explicativo del Consumo de Drogas en Jóvenes de la CAPV
15. El alumnado y las drogas desde la perspectiva del profesorado: ¿qué opina el personal docente vasco?
16. Drogas de ocio y perspectiva de género en la CAPV

Edición: 1.ª, octubre de 2005

Tirada: 1.000 ejemplares

© Administración de la Comunidad Autónoma del País Vasco
Departamento de Vivienda y Asuntos Sociales

Internet: www.euskadi.net

Edita: Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia
Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco
Donostia-San Sebastián, 1 - 01010 Vitoria-Gasteiz

Autores: Ángel Rekalde, Carlos Vilches

Fotocomposición
e impresión: Gráficas Varona, S.A.

ISBN: 84-457-2348-0

D.L.: S. 1.251-2005

El uso ilegal de drogas es más ilegal para las mujeres que para los varones, y cuanto mayor es la ilegalidad de una sustancia, mayor es la desviación del comportamiento que se espera de las mujeres.

(Inciardi)

Los autores de esta investigación quieren manifestar su agradecimiento a Etor-kintza, Ailaket, Hazkunde, a la propia Dirección de Drogodependencias del Gobierno Vasco y a las personas que trabajan en ella.

A título personal, han sido de inestimable ayuda en esta investigación la colaboración y aportaciones de Manu González de Audikana, Sonia Bermejo, Begoña Río, Janire Gazopo, Libe Mariscal, Guillermo Canales, Richard Sánchez y Jon Díez. Sus observaciones han enriquecido la visión de conjunto y constituyen la fuente de los matices precisos y necesarios en la comprensión del fenómeno.

Índice

Índice

Índice

Parte I: Introducción teórica	11
1.1. Diferencias de consumo	15
1.2. Perfil de la mujer consumidora	20
1.3. Diferentes roles	22
1.4. Diferentes motivos y causas	28
1.5. Diferentes efectos y consecuencias	31
1.6. Diferentes circunstancias	32
1.7. Prostitución	35
1.8. La perspectiva de género	41
1.9. Instrumento de conocimiento	43
Parte II: Introducción técnica	47
2.1. Emplazamiento del estudio y antecedentes	49
2.2. Objeto: la perspectiva de género en el fenómeno de las drogodependencias	50
2.3. Objetivos de la investigación	51
2.4. Hipótesis	52
2.5. Metodología Cualitativa	52
2.5.1. Definición de género	52
2.5.2. Recogida de datos y análisis	53
2.5.3. Entrevistas en profundidad	53
2.5.4. Grupos de discusión	54
Parte III: Entrevistas en profundidad	57
3.1. Descripción del fenómeno investigado	59
3.1.1. Escenarios	59
3.1.2. Sustancias legales	60
3.1.3. Discotecas	60
3.1.4. Policonsumo	61

3.1. 5. Frecuencia de consumo	63
3.1. 6. Niveles de consumo	63
3.1. 7. Consumo normalizado	65
3.1. 8. Consumos de riesgo	65
3.1. 9. Fetichismo	68
3.1.10. Presencia femenina	69
3.1.11. Categorías sociales	69
3.1.12. Motivación	70
3.1.13. Modelos de comportamiento	70
3.1.14. La familia	71
3.2. Espacio masculino	72
3.2.1. Presencia	72
3.2.2. Orgullo masculino	72
3.2.3. «Comebolsas»	72
3.2.4. Acoso	73
3.2.5. Oficios y roles sociales	73
3.2.6. Trapicheo	74
3.2.7. Deseo de relacionarse	74
3.3. Condiciones, factores y presión social	74
3.3.1. Modelo social	75
3.3.2. Roles tradicionales	75
3.3.3. El culto a la imagen	76
3.3.4. Presión sexual	76
3.3.5. Otras presiones: igualitarismo, autonomía personal	77
3.3.6. Vuelta al machismo	78
3.4. Fenómeno fronterizo	79
3.4.1. Consumo masculino	80
Parte IV: Grupos de discusión	81
4.1. Las drogas en el discurso juvenil: su vertiente femenina	83
4.2. La escena pública como ámbito del consumo	87
4.3. La fiesta como ejercicio terapéutico	93
4.4. Los inicios	99
4.5. Las fronteras respecto a las drogas	103
4.5.1. La marihuana	106
4.5.2. Las pastillas	108
4.5.3. Cocaína	109
4.5.4. LSD	110
4.6. A la diferencia por lo femenino	112

Parte V: Conclusiones	121
Discotecas y after hours: espacio masculino	123
Consumo femenino	124
Sustancias consumidas	124
Actitudes	125
Representaciones sociales	125
Roles	126
Circunstancias del ambiente	126
Valores	127
Factor de reducción de riesgos	127
Parte VI: Bibliografía	129

i
tx

n
o

f
s

o
t

r
e

m
n

e
a

Parte I Parte I Parte I

Introducción teórica

¿Por qué es importante en el tema de las dependencias la actuación de la mujer, su papel y lo que se espera de ella? ¿Por qué es considerado 'peor' el alcoholismo y el consumo de drogas ilegales en la mujer? ¿Por qué la esposa del alcohólico aguanta durante años sufriendo agresiones en muchos casos? ¿Por qué las madres de las personas toxicómanas luchan y se mueven de aquí para allá organizando asociaciones? ¿Dónde está el padre? ¿Por qué algunas hijas de alcohólicas se casan con hombres también alcohólicos o toxicómanos?¹.

Estas interrogantes no encuentran, hoy por hoy, una respuesta concreta, específica, completa. De hecho, en el amplio y complejo mundo de las drogas y las toxicomanías, uno de los aspectos menos tratados es el que hace referencia a la perspectiva de género. Como advierte Nuria Romo en su investigación sobre los consumos de éxtasis y 'drogas de baile' en contextos de ocio, son escasos los trabajos que ofrecen una visión global que permita comprender aspectos específicos del uso de drogas entre las mujeres y su comparación con el de los hombres². O, para ser precisos, comúnmente el tema se ha considerado, ignorando esta cuestión, como si sólo afectara a los varones, y como si sus manifestaciones, orígenes, causas, etc, fueran exclusivamente las que caracterizan a los hombres.

Sin embargo, «la adicción entre las mujeres tiene características diferenciales respecto a los varones, marcadas fundamentalmente en que desarrollan una adicción de una gravedad mayor, que repercute en consecuencias familiares y sociales más acusadas y en una dificultad añadida a la hora de intentar abandonar el consumo»³.

En el terreno concreto de la investigación social, precisa Nuria Romo en su tesis doctoral, los usos de drogas de las mujeres se han venido analizando en general como excepciones insignificantes de una realidad que pertenece a los varones. El desarrollo de líneas de investigación específicas que incorporen la perspectiva de

¹ Pilar Ripoll, *Mujeres y adicciones*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

² Nuria Romo, *Mujeres y drogas de síntesis*. Gakoa, Donostia, 2001. P. 282.

³ García del Castillo Rodríguez, J. A. *Drogas y género*, Zaguán nº 22. 2003.

género ha sido escaso, especialmente cuando las comparamos con las destinadas al estudio del uso y abuso de drogas entre los varones⁴.

Lamentablemente, una visión tal de las circunstancias que atañen a una parte importante de la población queda distorsionada, cuando no definitivamente oculta, en esa práctica. Un importante segmento de la sociedad queda arrinconado a raíz del fácil recurso de tomar una parte por el todo.

En esta línea de orientación han operado los esfuerzos dedicados a estudiar el fenómeno del consumo de drogas. «Desde finales de los años 60 se ha realizado un trabajo intensivo de investigación sobre el abuso de sustancias psicoactivas (...) La mayoría del trabajo existente concierne al alcoholismo masculino o a la adicción masculina a la heroína y, en la última década, a la de la cocaína. La investigación en torno al uso de drogas por las mujeres realizada desde los años 70 suele utilizar teorías y modelos desarrollados para explicar la experiencia de los varones con la heroína, aplicándolos a las diferencias de género, sin haberse producido, de este modo, un desarrollo específico. Ciertamente, la literatura sobre el uso ilícito de drogas tiene una serie de limitaciones con respecto al género»⁵.

Con tales fundamentos epistemológicos, el conocimiento que se elabora es parcial, básicamente erróneo o deja fuera del foco del estudio una parte sustancial y significativa de la población afectada. La mayor parte de las y los investigadores involucrados en este ámbito adolecen de un evidente androcentrismo en la investigación, que se refleja en todo el proceso científico, desde la formulación de hipótesis de trabajo y desarrollo de las investigaciones, hasta el tipo de personas con las que se experimenta y a partir de los cuales se extraen los resultados. Por ejemplo, en muchas ocasiones, «las pautas de la drogadicción femenina se han derivado de los resultados de estudios efectuados exclusivamente con hombres»⁶.

Pese a este olvido, si consultamos entre el personal cualificado que trabaja en el campo de las drogodependencias y los consumos problemáticos de drogas enseguida descubrimos que existen diferencias significativas de las características de las personas drogodependientes según cuál sea su género⁷.

⁴ Nuria Romo, *op. cit.*

⁵ Nuria Romo, *op. cit.* P. 39.

⁶ Esteban, M. L., 1999, *Mujeres y drogas: de la co-dependencia a la autodeterminación*, Jornada «Mujer y drogas», Donostia, enero de 1999. P. 2.

⁷ Marta Torre, Alicia Balboa, F. Javier Ayesta, *Situación de la mujer dependiente a heroína en Cantabria: análisis de los resultados del estudio de las pacientes en la última década*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

Y sin embargo, este ocultamiento es causa de graves consecuencias. Un estudio realizado por el Colegio Oficial de Psicólogos de Las Palmas constata que la mayoría de las investigaciones no se realizan teniendo en cuenta las posibles características diferenciales que se puedan dar entre el consumo realizado por hombres o por mujeres. Pero en la práctica cotidiana observamos que la percepción social de las mujeres adictas trae consigo un estigma más marcado e incluso una visión más negativa para las propias afectadas. «Factor éste que pueda explicar su menor inclusión en lista de tratamiento o adherencia a los mismos»⁸.

Es decir, hablamos de diferencias de consumo, de modos de uso, pero también de estigmas sociales y rechazo de la población, de problemas de tratamiento y dificultades de adaptación a unos programas que no se han creado pensando en las personas afectadas, sino en otras que se toman genérica y equívocamente como patrón.

La consecuencia más inmediata de esta situación es que, si bien en los centros de asistencia se sabe que una mujer adicta además de la adicción suele padecer problemas asociados al rol femenino tanto o más graves (incluso con un papel etiológico en aquella), no se han generado suficientes alternativas terapéuticas válidas para abordar tales cuadros patológicos. Consecuentemente, en muchos casos la adicta acaba sumando a sus dificultades iniciales la sensación de fracaso, de incompreensión y por último de incurabilidad⁹. O sea, no sólo se mantiene el problema, no sólo se reproduce el fenómeno, sino que se le añaden nuevas cargas y complicaciones de hondo calado social.

Como resultado, aunque es posible que en el futuro los factores que ahora connotan las adicciones femeninas se modifiquen a la par que lo hacen las circunstancias culturales y ambientales y que las variables de género sean otras, hoy por hoy los tratamientos están hechos más «para hombres» al predominar en este campo los varones que solicitan atención especializada, quedando así las mujeres en un segundo plano¹⁰.

I.1. DIFERENCIAS DE CONSUMO

Una mirada a la bibliografía existente en la materia, por rudimentaria que sea, y a los datos, estadísticas e informes recopilados durante años sobre consumos de drogas, es suficiente para percibir las notables diferencias que aparecen entre hom-

⁸ De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *Adicciones en mujeres*, Colegio Oficial de Psicólogos de Las Palmas, 2002, Las Palmas de Gran Canaria. P. 9.

⁹ Leandro Palacios, *Abordaje psicoterapéutico de la adicción femenina*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

¹⁰ Leandro Palacios, *op. cit.*

bres y mujeres en las formas en que consumen las sustancias, en la evolución de las adicciones, en las dosis y cantidades consumidas, en los patrones de uso, etc.

Las diferencias se manifiestan en todo tipo de circunstancias, cantidades y modos. «El consumo de sustancias por vía oral es mayor entre las mujeres, ya que es mayor su consumo de fármacos y alcohol (que son consumidos por esta vía) y es menor el consumo por vía esnifada o intranasal»¹¹.

En este repaso a los datos recopilados de la bibliografía y las investigaciones existentes observamos que, por sustancias, la proliferación de la heroína, que en el pasado reciente marcó trágicamente una época, se cebó mayoritariamente en los varones. «Durante los años ochenta en el imaginario colectivo la ‘droga por excelencia’ fue la heroína, la de mayor alarma social y problemas sanitarios (...). La crisis de la heroína ha sido fundamentalmente una crisis de varones. De cuatro hombres heroínómanos, una mujer consumía de modo problemático la misma sustancia»¹².

Estos datos se corroboran en todos los informes de expertos, expertas e instituciones. «La heroína predomina en varones en una proporción de 4:1 frente a las mujeres (...). Según el Observatorio Español sobre Drogas (OED) en su edición del año 1999, la edad de inicio en el consumo de heroína es de 18 años para las mujeres y de 19,4 años para los hombres (...). Hay que tomar estos datos con precaución, ya que las muestras de mujeres son más reducidas que las de hombres»¹³. A partir de esta observación, sobre la evidencia de que se trata de dos segmentos sociales muy distintos, es indudable que deben ser analizados por separado.

No hablamos solamente de aspectos cuantitativos en el consumo. La certeza de asistir a una realidad diferente se extiende a sus distintas expresiones y manifestaciones. Por citar el testimonio de una mujer en proceso de tratamiento, su explicación es suficientemente elocuente: «Muchas mujeres heroínómanas empezamos a consumir a través de nuestra pareja, para sentirnos más unidas a él o ella o porque nos sentimos presionadas a compartir también esta experiencia»¹⁴. Un sujeto varón no enunciaría su caso en estos términos. Es decir, no se pueden comprender las dos perspectivas del fenómeno, la de las mujeres y la de los hombres, a partir de un patrón idéntico.

¹¹ Celia Prat, *Aspectos diferenciales en el perfil de las personas por las que se solicita información por consumo de drogas en el servicio 900FAD, según género*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

¹² Nuria Romo, *op. cit.* P. 22.

¹³ De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *op. cit.* P. 17-18.

¹⁴ *Mujer y drogas*, folleto editado por el Instituto de la Mujer y el Plan Nacional sobre Drogas, Madrid, 1996. p. 27.

Por otra parte, aquella realidad que emergió a lo largo de los años ochenta no fue un caso pasajero. Al contrario, ilustra la tendencia general que adoptan las distintas formas de consumo y los problemas derivados del abuso de diferentes sustancias. Nuria Romo nos sitúa en un nuevo contexto del fenómeno, en un nuevo escenario de consumo, trasladado a la manifestación de otros modos, actitudes y sustancias. «A lo largo de los años noventa se popularizan formas de uso de drogas que tienen en las ‘drogas de síntesis’ y en sus formas de policonsumo la novedad más destacada. Los nuevos consumos no suelen llevar consigo posiciones contraculturales o comportamientos marginales como sucede con frecuencia en el modelo anterior. Nos enfrentamos a nuevas modas, nuevas formas de estar en sociedad, que afectan a grupos importantes de jóvenes relativamente normalizados en otras esferas de la vida»¹⁵.

En estas nuevas modas y tendencias, como en otras que de modo más disimulado o discreto se han perpetuado detrás de la falsa normalidad de las apariencias, encontramos una serie de constantes que reiteran la realidad de consumos diferentes entre hombres y mujeres. En algunos casos los datos del consumo están registrados, como en el estudio elaborado entre mujeres valencianas para octubre del año 2000 en cuanto al consumo de sustancias: «El alcohol es consumido con frecuencia y riesgo en un 39,6%. El cannabis, en un 22,9%. Hipnóticos, 0,3%. Anfetaminas, 0,3%. Éxtasis, 0,3%. LSD, 1%. Cocaína, 1%. Opiáceos, 1%, y tabaco en un 57% (...) La edades medias de iniciación son las siguientes: alcohol, 15 años. Cannabis, 16. Tranquilizantes, 19. Hipnóticos, 19. Anfetaminas, 17. Éxtasis, 17. LSD, 17. Cocaína, 18. Opiáceos, 16. Tabaco, 15»¹⁶.

Pero es necesario comparar estas cifras con las del consumo masculino para hacer notar la diferencia y la necesidad de seguir un proceso de observación, de investigación y obviamente también de reducción de riesgos y daños, de tratamiento y prevención, diferenciado. En efecto, nos encontramos ante una fenomenología distinta. «Las mujeres prefieren los medicamentos y el alcohol a las drogas duras. Estas sustancias son más fáciles de conseguir, o son prescritas con facilidad por los médicos. Se consumen en el contexto de una subcultura o ‘escena’ muy diferente. En segundo lugar, no resulta difícil entender que a las mujeres con hijos les cuesta entrar en un programa residencial de larga duración. Es difícil estar separada y no es fácil hallar una buena solución si los restantes miembros de la familia no pueden cuidar de los niños»¹⁷.

¹⁵ Nuria Romo, *op. cit.* P. 22.

¹⁶ Miguel Angel Torres, *Consumo de drogas por mujeres jóvenes de la Comunidad Valenciana*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

¹⁷ Martens, J. *La mujer en la Comunidad Terapéutica*, Revista nº 30 (junio 1999) de Proyecto Hombre, Madrid. P. 11-12.

Se trata de situaciones genéricas. Pero también se concretan en cada sustancia, en función de sus características. Por ejemplo, por el hecho de que las drogas consumidas sean legales o no. En cuanto a las drogas no legales, sabemos que las mujeres tienen un consumo bastante menor que los hombres, «que en el caso de la cocaína y las drogas de síntesis llega a ser la mitad en relación a ellos, y menor aún respecto a la heroína»¹⁸. Habrá que contrastar estas afirmaciones, pero son claves que se deben tener presentes.

A la par, en el terreno de las drogas legales se constata que las mujeres consumen más psicofármacos: «En Euskal Herria las mujeres consumen más medicamentos que los hombres y esto es algo generalizable a otras zonas y que aumenta con la edad»¹⁹. En efecto, el caso se repite en otros lugares geográficos, según consta en distintos documentos e investigaciones. «Acudimos a la consulta médica para que nos digan el por qué de esta ansiedad y nos dicen que son los nervios. Nos dan pastillas contra el dolor, pastillas para no sentirnos tan decaídas y tristes, pastillas para poder levantarnos por la mañana... Algunas poco a poco, comenzamos a cambiar la dosis por nuestra cuenta (...) y nos hacemos dependientes»²⁰.

Quizás la explicación de esta tendencia al abuso de los medicamentos se deba a las razones que detalla M^a Luz Esteban: «Es probable que las mujeres consuman fármacos como una forma, entre otras, de combatir la ansiedad y otros síntomas, mientras que los varones recurren más a otro tipo de sustancias, como el alcohol o el tabaco»²¹. Sea como sea, ahí está el dato de los distintos derroteros y preferencias de uso que asisten a cada género.

También el consumo divergente de alcohol está corroborado, y se distingue la realidad de las mujeres en virtud de unas cifras y circunstancias muy diferentes a las que concurren en el caso de los varones. Según el estudio realizado en la Comunidad Valenciana en el año 1992 uno de cada cinco casos de alcoholismo era de mujeres; si lo comparamos con los casos de hace 20 años vemos que han aumentado considerablemente²².

En torno a este consumo las implicaciones y consecuencias de todo tipo afectan a las mujeres de una manera específica y configuran una experiencia particular: «Si estamos embarazadas, nuestras criaturas pueden sufrir graves malformaciones, alteraciones de crecimiento o padecer enfermedades respiratorias durante la in-

¹⁸ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.* P. 6.

¹⁹ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.* P. 5.

²⁰ *Mujer y drogas*, p. 8.

²¹ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.* P. 5.

²² De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *op. cit.* P. 24.

fancia»²³. Pero, más allá de estas cuestiones biológicas y fisiológicas, estas situaciones se extienden al terreno de lo social. «Además, al ser una droga vinculada al sexo masculino algunas mujeres dependientes del alcohol beben a escondidas y se convierten en unas enfermas ocultas. Por vergüenza se tiende a esconder la adicción durante años»²⁴. Todo nos orienta hacia una realidad diferente. Pero esta diferencia encuentra, en el ámbito de lo social, todo un amplio espacio en términos de exclusión, de estigmatización, de condiciones, presiones, etc, todavía hoy pendiente de entender e investigar.

Estas observaciones se repiten en términos bastante similares en el caso de otra sustancia adictiva, el tabaco. Se asiste a una evolución en las costumbres, que se manifiesta de distinta manera según nos centremos en sujetos masculinos o femeninos. «Aunque sigue siendo mayor el número de hombres que padecen este problema, también es cierto que las estadísticas están siendo modificadas debido al aumento en el consumo de tabaco entre la población femenina. La edad de inicio en el consumo del primer cigarrillo en las mujeres es de 17,5 y en los hombres a los 16,1 años (...) Las mujeres que más se incorporan al hábito de fumar son las jóvenes. Actualmente fuman un 31% de las mujeres de entre 15 y 18 años, frente al 23% de los varones a esas edades. En las mujeres españolas el hábito es más frecuente en aquellas con mayor nivel educativo o de clase social más alta (...) La incorporación masiva de las mujeres al hábito empezó a finales de la década de los sesenta e inicio de los setenta, particularmente a expensas de mujeres con estudios universitarios o medios, aunque en la actualidad no hay diferencias en el patrón de inicio, aunque es más elevado en las clases desfavorecidas»²⁵.

En estos cambios que propician los nuevos tiempos y costumbres, como apuntaba Nuria Romo, las modas de consumo de drogas ilegales que se introducen se acompañan frecuentemente de formas de policonsumo: «Nuestros datos indican que es más frecuente entre los varones consumidores de éxtasis haber consumido LSD, cocaína y anfetamina en polvo o 'speed' que entre las mujeres, mientras que éstas llevan a cabo consumos más intensivos de tabaco o tranquilizantes como parte de sus formas de policonsumo de drogas»²⁶.

²³ *Mujer y drogas*, p. 13.

²⁴ *Mujer y drogas*, p. 14.

²⁵ De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *op. cit.* P. 29.

²⁶ Nuria Romo, *op. cit.* P. 290.

1.2. PERFIL DE LA MUJER CONSUMIDORA

Estas diferencias del consumo por géneros se concretan en una serie de rasgos que atañen y definen a las mujeres que consumen drogas. De entrada, el perfil de la mujer consumidora es distinto según nos centremos en el uso de sustancias legales o ilegales.

«En contraste directo con las drogas ilícitas, el uso de benzodiacepinas es más común entre mujeres que entre hombres. Las diferencias van en aumento con la edad. Comparado con las drogas ilícitas, el relativo bajo componente estigmatizante de los psicofármacos es notable, no obstante las consecuencias para la salud de su uso regular»²⁷. Hay que prestar atención a todos los matices, pues explican significativos rasgos del fenómeno, y como decíamos, en la escala social las personas no sólo se diferencian por el género o el tipo de sustancia, sino también por la edad y por datos tales como el grupo, el estatus, el nivel de estudios o similares.

Pero el aspecto que más nos interesa en este estudio es la diferente realidad que define a las mujeres que encajan en este cuadro y las distingue de los hombres consumidores, un aspecto tan nebuloso como ignorado. Como señala un informe del Colegio de Psicólogos de Canarias, «la edad de inicio de la mujer alcohólica es entre 20 y 25 años, y son más reticentes a aceptar su adicción (...) Presentan también un patrón diferente al masculino: beben en solitario, ocultan la bebida y afecta de modo más grave a su salud psicológica y física»²⁸. La ocultación es un problema que se suma a los muchos que intervienen en el fenómeno de consumo de drogas, con la particularidad de que exacerba sus efectos más negativos. Este silenciamiento del consumo, por miedo al estigma, al rechazo, o por otros motivos, en sujetos femeninos es una constante.

Por lo que afecta al tabaco, el perfil de la mujer fumadora indica asimismo una circunstancia relevante: «En la encuesta OED del año 1999 se indica que, globalmente considerados, los hombres se inician antes que las mujeres en el consumo de tabaco»²⁹.

Hay que destacar, por añadidura, el extendido consumo de psicofármacos. Sus consumidoras «serían mujeres mayores de 40 años, casadas, amas de casa con hijos y la medicación es prescrita por el médico de cabecera (...). En el OED (1999) la

²⁷ Petra Paula Merino, *Mujeres toxicodependientes en la Unión Europea*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

²⁸ De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *op. cit.* P. 25.

²⁹ De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *op. cit.* P. 28.

edad media de inicio para la toma de tranquilizantes sin receta se ha estabilizado en los 27,9 años (...) También hay que reflejar que la mujer farmacodependiente tiene gran dificultad en abstenerse de las sustancias psicoactivas cuando el estilo de vida de su compañero respalda su uso»³⁰.

Si pasamos al capítulo de las drogas ilegales, un dato crítico lo señala el truculento relato de los consumos más duros. El perfil de estas mujeres se expresa en unos términos que pocas veces se han relacionado con los equivalentes sujetos masculinos:

«En relación con las drogas ilegales (heroína y cocaína-crack sobre todo) las características más destacadas son que las mujeres:

— Se relacionan con hombres toxicómanos.

— Tienen hijos.

— Su fuente de ingresos es mayoritariamente la prostitución.

— Presentan antecedentes de malos tratos.

— (...) También destaca que las mujeres que usan y abusan de sustancias psicoactivas, niegan y disfrazan su adicción, o bien eligen sustancias que pueden consumirse en espacios privados y que controlen sus emociones»³¹.

Estamos ante un cuadro muy distinto al que nos tiene acostumbrado la literatura que versa sobre el fenómeno del consumo de drogas ilícitas, que se configura alrededor de las especiales características que el consumo adquiere para los varones. Pocas veces se observan estas circunstancias en la descripción de un consumidor varón.

En cambio, «la mortalidad directamente relacionada con el uso ilícito de drogas parece ser menor entre mujeres que entre hombres. Los datos de que el OEDT dispone calculan que un 20% como media europea de mujeres fallece por causas relacionadas con las drogas»³². Este 20% se refiere a la proporción de mujeres en el cómputo global de fallecimientos relacionados con sustancias psicoactivas..

Este perfil que vamos dibujando, más allá de sus notas trágicas, también revela una dimensión social claramente discernible. De hecho, si profundizamos en los elementos de que disponemos, vemos que todos nos remiten a situaciones, orígenes o consecuencias de carácter social, que atañen a los sujetos por su condición y por tal motivo. «En el momento en que las entrevistamos, las mujeres consumidoras de drogas de síntesis estaban solteras, habían alcanzado mejores niveles educativos que los varones y se encontraban en peores situaciones en el mercado laboral»³³. Sin

³⁰ De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *op. cit.* P. 32.

³¹ De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *op. cit.* P. 17.

³² Petra Paula Merino, *op. cit.*

³³ Nuria Romo, *op. cit.* P. 285.

embargo, ya nos estamos refiriendo al consumo de drogas de ocio, las ‘drogas de baile’ (éxtasis, anfetaminas, etc.) de que habla Nuria Romo, en una realidad más actual que el consumo de heroína de décadas pasadas al que anteriormente hemos aludido.

En efecto, como hemos señalado, en la evolución del fenómeno del consumo de sustancias psicotrópicas se ha dado un cambio notable, que no sólo atañe a las sustancias y a los modos de consumo, sino a todo el universo social y de sentido en que se ha desarrollado. El propio perfil de las mujeres consumidoras de las nuevas generaciones así lo demuestra. Las características sociodemográficas y su mejor posición en el sistema educativo, así como en el mercado laboral, de estas mujeres, las diferencian de las de generaciones precedentes, aquellas en las que ha predominado el uso de otras drogas de comercio ilegal como la heroína³⁴.

La experiencia personal o el ser en el mundo de las mujeres que ha investigado Nuria Romo nos muestran la distancia que media entre estas usuarias actuales y aquellas consumidoras de heroína. «Sus pautas de ocio se desarrollan junto a amigas y amigos y dejan de estar centradas en la pareja masculina»³⁵. Es evidente que desde aquellas «mujeres heroinómanas que empezaron a consumir a través de su pareja, para sentirse más unidas a él o presionadas», los ríos han movido mucha agua.

1.3. DIFERENTES ROLES

El por qué de estas realidades divergentes hay que buscarlo en diversas razones. En la línea de lo que afirma Petra Paula Merino, es necesario indagar en distintos planos de la sociedad: «en términos generales, los hombres usan más drogas que las mujeres. No obstante, las diferencias en el uso de drogas por mujeres y hombres son complejas. Dicha complejidad hay que ponerla en relación con el tipo de droga consumida, el ciclo vital, el grupo social, el nivel educacional y la localización geográfica»³⁶.

Está claro que las causas de la adicción son distintas para hombres y mujeres; pero si queremos clarificar la incidencia de esta diferencia de género un elemento clave nos remite a las expectativas que se fijan para la mujer, aquello que la sociedad espera de ellas a partir del rol que le adjudica, y que la mujer asume en el proceso de socialización en líneas generales. «La distinta socialización de los sexos provoca que varones y mujeres se comporten de distinta manera en numerosos ámbitos de la vida social»³⁷.

³⁴ Nuria Romo, *op. cit.* P. 286.

³⁵ Nuria Romo, *op. cit.* P. 286.

³⁶ Petra Paula Merino, *op. cit.*

³⁷ Nuria Romo, *op. cit.* P. 284.

Así, pues, «las mujeres debemos buscar las causas del consumo abusivo de las drogas en el comportamiento que se espera de nosotras. La sociedad nos asigna unas funciones y unos valores: se supone que lo que más nos importa es el bienestar de quienes nos rodean, que somos pacientes y fuertes para sostener los problemas familiares, que uno de nuestros mayores deseos es ser madres... Son sólo algunos aspectos de lo que hasta hace poco se entendía que era 'natural' en la mujer»³⁸.

Uno de los elementos principales que definen estos roles, funciones y atribuciones que recaen sobre las mujeres es el papel central en la familia que le confiere la sociedad. La maternidad (real o como expectativa) que, siendo un referente específicamente femenino, implica conceptos de gran importancia relativos al autocontrol y el autocuidado. «La doble penalización que implica (desde la sanción social) la transgresión en el caso de que sea protagonizada por una mujer, afecta a distintos aspectos de su imagen interna y externa»³⁹.

Pero no acaba ahí el modelo a partir del cual el imaginario colectivo se representa a la mujer, y del que derivan expectativas, exigencias y sanciones: «En conjunto, las mujeres son presentadas como más vulnerables físicamente que los hombres, también en cuanto al consumo de drogas. Esto entra en contradicción con la idea igualmente dominante de que las mujeres 'pueden con todo' en su papel como cuidadoras»⁴⁰.

Toda esta retórica, sea como sea, se aplica cuando el debate se orienta hacia la mujer. Es un emplazamiento en buena medida artificial, que tiene como objeto destacar y reproducir una visión particular de los temas y sus derivaciones. Por ejemplo, «cuando se habla de familias 'disfuncionales' se hace más hincapié en las características psicológicas de las mujeres que en las de los hombres»⁴¹. Es decir, pocas veces se incluye esta referencia a la familia cuando se trata de casos equivalentes que recaen sobre sujetos masculinos. Ello se debe a esa centralidad en la familia que se atribuye a las mujeres, de la que adquieren su ser social y su sentido existencial.

Paradójicamente, sin embargo, la opinión más común es que no existe un conjunto de características distintas entre hombres y mujeres, cuando tienen problemas de drogas, que justifiquen alguna diferencia en la intervención. Es, incluso, una posición bastante habitual atribuir un papel subordinado a la mujer usuaria de dro-

³⁸ *Mujer y drogas*, p. 7.

³⁹ Elena Rodríguez San Julián, *Resumen de la intervención «perspectivas de género en los problemas de drogas y su impacto»*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

⁴⁰ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.* P. 3.

⁴¹ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.* P. 7.

gas frente a su compañero varón, con el que mantiene una doble dependencia, lo que vendría a suponer que la solución al problema de la mujer pasa bien por la previa solución del problema del compañero o bien por la separación de la pareja⁴². Como ya se ha señalado, el ocultamiento de la especificidad de las mujeres es una constante en estos problemas sociales. Es una forma más de relegar a la mujer a un segundo plano, cuando no se trata de una estrategia dirigida a minusvalorarla e invisibilizarla.

Sobre la base de estos roles y expectativas, y de los comportamientos derivados, el consumo y abuso de drogas adquiere en ellas un rumbo y un desarrollo específico, que hay que interpretar a través de una perspectiva específica. «El abuso de las drogas es un problema social que, si bien afecta a todas las personas, repercute de manera diferente en la vida y la salud de las mujeres por las funciones que tenemos asignadas, entre ellas el cuidado de la familia»⁴³.

Esta visión, muy generalizada en la sociedad, conlleva además de significaciones concretas, valores sociales implícitos. Las distintas formas de abordar el tema de las mujeres y las drogas suelen presentar algunos elementos: la bibliografía al uso de drogas por parte de las mujeres se centra muchas veces en los efectos de la drogadicción sobre familiares y otras personas, más que en ellas mismas⁴⁴. Es decir, una cualidad de estos discursos y preocupaciones es el de no poner al sujeto (la mujer) en el centro del problema, sino desplazarlo y definir su importancia (la de la mujer) en función de otros, de modo colateral, con carácter subsidiario o dependiente.

«A diferencia de los aplicados a los varones, los modelos basados en la enfermedad o en las conductas desviadas cuando se aplican a las mujeres tienden a enfatizar su rol como madres y surgen de la preocupación sobre los efectos del uso de drogas en el embarazo, parto y maternidad, definidos principalmente en relación al neonato»⁴⁵.

Como sostiene el Instituto de la Mujer, que trabaja en colaboración con el Plan Nacional sobre Drogas, «las mujeres hemos sido educadas para que los demás dependan de nosotras, relegando nuestras propias necesidades afectivas a un segundo plano. Dedicamos nuestro tiempo y nuestras energías a que las personas de nuestra familia se sientan bien y esto, a menudo, nos provoca una sensación de vacío, de debilidad y de confusión que nos hace vulnerables»⁴⁶.

⁴² Instituto Spiral, *La mujer drogodependiente. Características, tratamiento y estudio de evaluación*, Informe del Instituto Spiral, Asturias. P. 4.

⁴³ *Mujer y drogas*, p. 1.

⁴⁴ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.*

⁴⁵ Nuria Romo, *op. cit.* P. 40.

⁴⁶ *Mujer y drogas*, p. 1.

Esta referencia a la incidencia de los roles y el papel familiar en una cuestión a menudo sangrante no es una fórmula retórica ni una expresión académica de vagas repercusiones. Al hablar de su experiencia en la labor terapéutica de la asociación de Alcohólicos Anónimos de Vitoria-Gasteiz, una de sus participantes resume la presencia fugaz de algunas afectadas con una sentencia tan expeditiva como ésta: «Son varias las mujeres que hemos visto pasar por las reuniones, y que no han vuelto porque sus maridos se quejaban de que no tenían la cena en la mesa. En Vitoria hemos tenido varios casos de este tipo y te preguntas qué es más importante, que el marido y los hijos tengan su cena caliente o que la mujer esté sobria»⁴⁷.

Pero la tensión que subyace en estos casos va más allá del anecdótico. Estamos ante un tema delicado, y su abordaje nunca es inocente. La carga de prejuicios que albergamos es importante, y nadie es consciente de sus propios juicios de valor y prevenciones. Así nos advierte M^a Luz Esteban: «como en muchas de las ideas y actuaciones en torno a la salud de las mujeres, en el tema de las drogas se aprecian dosis importantes de reacción contra los avances sociales en su situación ocurridos en los últimos tiempos, su mayor presencia en el ámbito público, su capacidad de decisión, su deseo de regular sus vidas, de controlarlas socialmente, habiendo una tendencia a subrayar como negativo o peligroso todo aquello que se sale de los roles tradicionales de las mujeres»⁴⁸.

Dicho de otro modo, en el emplazamiento habitual de estas cuestiones «se parte de una lectura totalmente reproductivista de los problemas de salud de las mujeres (...). Desde este modelo, la característica principal del cuerpo femenino a partir de la cual se explica lo demás, es la fertilidad y, en consecuencia, la maternidad»⁴⁹. Pero, con ser una posición ideológica y reduccionista, los roles derivados constituyen todo un modelo de existencia y comportamiento que, más allá de ese ser para la maternidad, se espera de las mujeres.

Las repercusiones de estos elementos de discurso y de organización social son importantes. Un aspecto fundamental para hablar de la salud es la división del trabajo que existe en nuestra sociedad respecto a las tareas del cuidado de las personas, donde las mujeres son las responsables principales de las mismas en el ámbito definido como doméstico-privado. Pues bien, estas funciones tienen repercusiones concretas en sus formas y opciones de vida: el tener personas a su cargo, por ejemplo criaturas pequeñas o enfermas (como pueden ser en su caso drogodependien-

⁴⁷ *El Periódico de Álava*, 10/6/2003, «Una media de 50 alaveses intenta dejar de beber con el apoyo de Alcohólicos Anónimos».

⁴⁸ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.* P. 8-9.

⁴⁹ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.* P. 3.

tes), disminuye en las mujeres las posibilidades de autonomía, de tener proyectos y actividades propias, además de generar efectos importantes en la construcción de la identidad femenina, en cómo ellas se viven. «Las mujeres se definen en función de los demás y organizan su vida en este sentido»⁵⁰.

Siempre es difícil deslindar qué es prejuicio, qué es adecuado o pertinente, cuando las cuestiones se hallan tan liadas y enmarañadas. El tema exige una compleja visión global para no desbarrar ante las circunstancias concretas que viven las mujeres, sin limitarlas ni estereotiparlas en alguno de sus roles particulares: «Las mujeres toxicodependientes son vistas cada vez más como una población que requiere un alto nivel de atención especializada y apoyo. La mayor parte de los países de la UE reconoce que los niños nacidos de estas mujeres necesitan también un cuidado especial (...) Por otra parte el fenómeno de la estigmatización es especialmente fuerte en la maternidad de las toxicodependientes»⁵¹.

En cualquier caso es un tema difícil, porque en la naturalización de los roles, la socialización y la internalización de estas conductas, ocurre que son a veces las propias afectadas quienes voluntariamente los manifiestan y defienden. Es el ejemplo de los testimonios reunidos en algunas comunidades terapéuticas. «En sus intervenciones en grupo asumen por lo general el rol de madre; alternan entre sobreproteger, perseguir y rechazar»⁵². Y sin embargo, en general el hecho deriva de la actuación por parte de profesionales, instituciones y autoridades, que así objetivan y encierran a las afectadas en esquemas de actuación y relaciones prefijados por la ideología dominante y las convenciones. «En Occidente, el cuerpo y las salud de las mujeres han recibido siempre un tratamiento especial por parte del ámbito médico-científico, dentro de una sociedad donde se da una subordinación de las mujeres, que se refleja en las ideas sociales acerca de hombres y mujeres y en las funciones que les son asignadas»⁵³.

Lo cierto es que esos roles y esas conductas definidas socialmente están ahí, y los sujetos definen su identidad y su ser social a través de su internalización.

«En las evaluaciones psicológicas (de las mujeres tratadas) encontramos:

- impulsividad, obsesividad, baja autoestima, tendencia a la polaridad, uso de la negación como mecanismo de defensa, demandantes, inseguras, con gran vacío afectivo.

⁵⁰ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.* P. 4.

⁵¹ Petra Paula Merino, *op. cit.*

⁵² Ana Isabel Ruiz, *Relaciones de pareja entre adictos*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

⁵³ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.*

En las relaciones de pareja con el adicto se destaca:

- la existencia de una gran necesidad de ser necesitadas, para seguir con la misma relación de dependencia; sólo cambian de nombre, dejan el alcohol para empezar a depender del otro en las alianzas.
- tienen gran necesidad de encontrar una pareja para sentirse útil y «normal»⁵⁴.

No es intención de este estudio diseccionar el alcance o los rasgos característicos de estos roles implícitos. Simplemente, a efectos de inventario, nos limitamos a consignarlos.

Pero esta asignación autoritaria de roles pocas veces es inocente. La intervención de estas personas socialmente autorizadas suele estar orientada hacia posiciones e ideologías. Como advierte M^a Luz Esteban, suele subyacer a todas ellas una determinada ideología y posicionamiento sanitario respecto a las drogas. «Por ejemplo, en la portada de un folleto editado en 1996 por el Instituto de la Mujer y titulado ‘Mujeres y Drogas’, aparece la consigna ‘no a la droga’, lo cual indica ya un determinado punto de vista, entre otros posibles»⁵⁵. El lastre de las inercias y la resistencia de las ideologías siempre son considerables.

En estas posiciones ideológicas y prejuicios pesan debates de fondo que atañen a la sociedad y a las libertades colectivas e individuales. Por ejemplo, en otros temas, se parte de una idea de salud donde ésta es lo más importante en la vida, el valor supremo, un bien deseable de antemano, y que no entra en contradicción con otros bienes e intereses, lo cual no es siempre así, ni tiene por qué serlo⁵⁶.

Todo este cuadro, no obstante, está en plena y constante transformación y la evolución de la sociedad está afectando a los modelos de conducta y los roles. La mujer accede día a día al espacio público, no sin reticencias y resistencias sociales, y los viejos esquemas deben reciclarse. De hecho, «nuestros datos indican que las mujeres están accediendo a lugares y conductas reservadas tradicionalmente a los varones (a su vez, establecen estrategias de control de riesgo distintas a ellos)»⁵⁷. Está por ver, en todo caso, hasta dónde llegarán los cambios y si estas transformaciones sociales en curso se acompañan de las oportunas actualizaciones de los problemas (como el de las adicciones y consumos de drogas), que exigen una perspectiva adecuada a los sujetos para su abordaje.

⁵⁴ Ana Isabel Ruiz, *op. cit.*

⁵⁵ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.*

⁵⁶ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.*

⁵⁷ Nuria Romo, *op. cit.* P. 293.

Nuria Romo, en su estudio sobre las drogas de síntesis, toma buena nota de las nuevas situaciones que se presentan. «Es cierto que la construcción social del género sigue manteniendo a las mujeres en una doble esfera: pública y privada (...) Sin embargo la vida pública es diferente para las mujeres que hemos estudiado en esta investigación: su nivel educativo es alto, en muchos casos universitario. No se han visto necesariamente relacionadas con la prostitución y sus problemas con la justicia son escasos. Los consumos de drogas que llevan a cabo se producen en el ámbito de lo recreativo y normalizado en la visión del 'otro'. En lo referido a la esfera privada, las mujeres con las que hemos estado consumen y han consumido drogas sin ser madres ni esposas, sin padecer miedo a perder a sus hijos e hijas o parejas. Sus usos de sustancias psicoactivas como el de las drogas de síntesis se mantiene de manera más integrada socialmente que el que se produce en las mujeres heroinómanas retratadas en otras investigaciones»⁵⁸.

Seguramente, todo ello implica nuevas circunstancias y condiciones, que no tardarán en hacerse presentes, y a las que hay que dedicar una atención preferente.

1.4. DIFERENTES MOTIVOS Y CAUSAS

Junto al condicionante que suponen los roles que la sociedad normalizada impone a las mujeres, y que como vemos interviene decisivamente en el fenómeno del consumo de drogas en lo que atañe a éstas, un terreno cualitativamente importante es el de las causas, los orígenes o las motivaciones que empujan a los sujetos a la adicción o simplemente al uso de sustancias. Como ya hemos explicado, también aquí se hacen imprescindibles los matices, y no se puede meter en el mismo saco el abanico de situaciones.

De lo que no cabe duda es que, en muchos casos, el consumo de drogas aparece ligado a los cambios sociales y a las nuevas posiciones que va tomando la mujer en la sociedad, incluso a veces de modo paradójico. «El consumo sirve, entre otras cosas, para apoyar la presencia femenina en el ámbito público»⁵⁹.

Sin embargo, es necesario deslindar cuidadosamente los consumos, según sean de una u otra sustancia. Así, con respecto a los casos de alcoholismo, los especialistas señalan distintas causas o motivos: «Las mujeres consumen alcohol como forma de escape ante situaciones problemáticas: acontecimientos vitales, estrés, separación de los hijos, ruptura de pareja, etc. Es decir, para escapar de situaciones extremas. Las tensiones vividas en sus roles de madre, esposa, ama de casa y amantes y

⁵⁸ Nuria Romo, *op. cit.* P. 42.

⁵⁹ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.* P. 11.

los sentimientos de inadaptación a estos roles corren parejas con la insatisfacción de las expectativas personales, tanto en el hogar como en el trabajo, elementos que están íntimamente asociados a su proceso de alcoholización. La razón del incremento del consumo de alcohol en la mujer puede ser debida a:

- La conquista del sexo femenino de espacios tradicionalmente masculinos.
- Se hacen alcohólicas más rápidamente que los hombres por causas físicas (el estómago de la mujer absorbe el alcohol más rápidamente que el hombre, en proporción).
- Imágenes transmitidas por los medios de comunicación, en donde se incorpora esta sustancia a nuestro estilo de vida.
- Por la proliferación de profesiones de posible alto riesgo (camareras, comerciales...)»⁶⁰.

No se agotan ahí las razones. También la presión social interviene en alentar el consumo. En efecto, existe una presión social hacia beber y fumar. «Si no lo hacemos tememos que nos consideren raras o infantiles. También en la juventud, la droga está asociada a una cierta atracción por el riesgo, por hacer algo prohibido, por rebelarse»⁶¹.

Esta definición relaciona el consumo con estilos de vida y con valores, aunque sea de forma matizada e implícita. De hecho la publicidad y la presión comercial, instrumentos del mercado que imponen agresivamente la figura corporal femenina que «se vende», inciden en estas premisas: «La influencia de los medios masivos de comunicación se pone de manifiesto al tener en cuenta que en algunos países se ha conformado una imagen corporal que se expresa en un deseo de estar delgada y consideran el fumar como una oportunidad para perder peso»⁶². Es un esquema de comportamiento que, como veremos en la descripción del fenómeno que recoge esta investigación, funciona igualmente para el consumo de diferentes sustancias. Hay que anotarlo como preocupante factor de riesgo en lo que atañe al consumo de drogas.

El tabaco, de este modo, es un elemento que se incorpora a la sociabilidad, y la acompaña en momentos importantes como la adolescencia para afirmarse. «Las mujeres que tienen una mejor amiga que fuma son nueve veces más proclives a ser fumadoras»⁶³. Este dato viene corroborado por distintos autores. «Son varios los análisis que explican el aumento del consumo de sustancias en las chicas. Por ejem-

⁶⁰ De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *op. cit.* P. 26.

⁶¹ *Mujer y drogas*, p. 2.

⁶² García Aberasturi, L, González González, M. T. *Consumo de sustancias en chicas adolescentes*, Colegio Oficial de Psicólogos de Las Palmas, 2002, Las Palmas de Gran Canaria. P. 11.

⁶³ García Aberasturi, L, González González, M. T. *op. cit.* P. 21.

plo, se afirma que las chicas fuman para hacer amistades y para tener relaciones sociales; que fuman como forma de rebelarse contra sus padres, otras autoridades, la escuela o la sociedad e general. También se dice que reportan niveles más elevados de estrés en sus vidas»⁶⁴.

A su vez, el tabaco es un factor de primer orden en la explicación de otras adicciones. Las distintas investigaciones revelan su fuerte relación con el consumo de drogas ilegales, «teniendo en cuenta, entre otros, los resultados de nuestro estudio, que evidenció que las chicas fumadoras, en su casi totalidad, consumen hachís, y que éstas a su vez son las que experimentan con las drogas fuertes»⁶⁵.

Con respecto a los psicofármacos la literatura académica ofrece algunas indicaciones. «Entre los motivos que se aprecian estaría el consumo por la necesidad de huir de los problemas familiares, el estrés provocado por la doble jornada laboral (trabajar dentro y fuera de casa). Otro de los motivos más frecuentes por los que se consumen psicofármacos es por la angustia y nerviosismo y por padecer insomnio mayoritariamente (...). Uno de los principales problemas que acarrea el uso indebido de psicofármacos es que pueden ser una vía de entrada a otros tipos de adicciones»⁶⁶.

También en el dominio de las drogas ilegales encontramos la referencia al adelgazamiento, doctrina feroz impuesta por modistas, publicistas y por el modelo estético que impone el cine. «Los motivos para iniciarse en el consumo son muy similares entre varones y mujeres: ir y aguantar la fiesta, la buena fama del 'éxtasis', trabajar de noche o evadirse de problemas (...) En este estudio hemos detectado un motivo específico de inicio entre las mujeres: adelgazar. Este motivo puede estar relacionado con la mayor presión social a que se ve sometida la mujer por la imagen construida de lo «socialmente deseable»⁶⁷. Como decíamos, nos encontramos con un peligroso factor de riesgo alentado por la publicidad, la moda, el cine y distintas variantes de presión social que descienden del orden socioeconómico sobre la población, en torno a esquemas de comportamiento y hábitos orientados a la consecución de una imagen corporal socialmente aceptada e idealizada. Es una temible interpretación de la normalidad deseable.

Pero nunca se puede dejar de lado el motivo más sencillo y directo, según Nuria Romo: «El más importante, la búsqueda de placer y diversión»⁶⁸.

⁶⁴ García Aberasturi, L, González González, M. T. *op. cit.* P. 111.

⁶⁵ García Aberasturi, L, González González, M. T. *op. cit.* P. 70.

⁶⁶ De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *op. cit.* P. 34.

⁶⁷ Nuria Romo, *op. cit.* P. 288.

⁶⁸ Instituto de la Mujer, *El consumo de drogas en las mujeres españolas*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

I.5. DIFERENTES EFECTOS Y CONSECUENCIAS

Existen también diferencias de género en el fumar. Los ensayos de cesar de fumar en gran escala muestran que las mujeres tienden menos a iniciar el abandono y a reincidir si abandonan. El síndrome de abstinencia es más intenso en ellas y tienden más que los hombres a ganar peso cuando lo abandonan⁶⁹.

Tras ese repaso a los orígenes de la iniciación o del consumo de drogas por parte de mujeres (y en las adicciones cuando se da el caso), otro capítulo a considerar es el de las consecuencias. De entrada es evidente que los efectos fisiológicos del consumo son distintos en el hombre y la mujer. Aunque en todo el mundo más hombres que mujeres abusan de las drogas, el abuso y dependencia de las drogas le plantea a la mujer problemas significativos. «Con relación al tabaco se ha reconocido que el tema de fumar es claramente un asunto que afecta particularmente a la mujer. El fumar es la primera causa prevenible de muerte y enfermedad entre las mujeres. En muchos países occidentales más mujeres mueren de cáncer de pulmón que de cáncer de mama. Son muchas las consecuencias negativas del tabaco en la salud de la mujer. El fumar es la causa principal de los cánceres de boca y faringe, vejiga, hígado, colón y recto, de cuello del útero, de páncreas y riñón. El fumar es también la causa fundamental de enfermedad coronaria en la mujer, aumenta el riesgo de hemorragia cerebral, de aneurisma de aorta abdominal y de arteroesclerosis carótida (...) Las mujeres se embriagan más que los hombres con cantidades idénticas de alcohol»⁷⁰. Está claro que los efectos son diferentes según el género, más fuertes para las mujeres en cualquier caso.

Por añadidura, los especialistas señalan otros efectos derivados del consumo en determinadas situaciones que se dan en la vida de las mujeres. En concreto, la mujer, debido a su constitución, tiene mayor vulnerabilidad a los efectos del alcohol. Entre las características que producen estos daños tenemos: mayor absorción, menor cantidad de agua en el cuerpo, mayor porcentaje de tejido graso, menor actividad de la enzima alcohol-desdrogenasa gástrica⁷¹.

También en este terreno hay que diferenciar los casos en función de las sustancias. Con respecto al tabaco, «según la OMS, las mujeres embarazadas que fuman o que están expuestas al humo del tabaco tienen un riesgo mayor de aborto y de tener hijos con bajo peso al nacer, son más vulnerables a las infecciones. Asimismo las fumadoras pueden presentar esterilidad primaria o secundaria, mayor probabilidad de concebir tardíamente y corren el riesgo de tener una menopausia precoz y una menor densidad ósea»⁷².

⁶⁹ García Aberasturi, L, González González, M. T. *op. cit.* P. 12.

⁷⁰ García Aberasturi, L, González González, M. T. *op. cit.* P. 11.

⁷¹ De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *op. cit.* P. 26.

⁷² De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *op. cit.* P. 30.

Y por no seguir todo el repaso de drogas, sus variantes y sus efectos en la fisiología femenina, digamos que su realidad social y personal, en todas las escalas, se manifiesta específicamente al afrontar el tratamiento en virtud de sus características de género. La proporción de mujeres en programas de rehabilitación residencial es todavía menor que la relación numérica respecto a los varones. Si ésta es de 4 ó 5 varones por cada mujer, la relación de pacientes mujeres respecto a hombres es de 7-8 varones por cada mujer⁷³.

1.6. DIFERENTES CIRCUNSTANCIAS

Como vemos, este cuadro de consumos de sustancias nos sitúa ante una compleja maraña de datos, que hay que desentrañar desde una perspectiva apropiada, un emplazamiento del tema que tenga en cuenta las peculiaridades del fenómeno, de los sujetos involucrados y sus consiguientes circunstancias.

Precisamente este aspecto de las circunstancias que acompañan al consumo de drogas por parte de las mujeres es uno de los capítulos más arduos y que exigen una atención preferente. Su variedad y complejidad es muy elevada en comparación con el modelo dominante, el que por referirse a los hombres se toma erróneamente como genérico. De entrada, su propia disposición es diferente, y las afectadas a menudo parten de premisas personales y del entorno poco comparables. Como explica un miembro del personal de una comunidad terapéutica, «cuando en la llamada se solicita información sobre un hombre, principalmente, la llamada la realiza su madre, en casi el 25% de las mismas. Sin embargo, en el caso de que se consulte sobre una mujer, en más del 30% la llamada la realiza la propia afectada»⁷⁴.

Sin embargo este dato, con ser significativo, no deja de ser una nota anecdótica al lado de otras más duras. Las circunstancias que concurren en el consumo y abuso de drogas configuran un marco problemático, que conduce en ocasiones a la marginación, la prostitución y otras situaciones de exclusión social que a menudo incluyen al entorno familiar en las dificultades en mucha mayor medida aún que en el caso de los consumidores varones.

Una de las afectadas explica, en un testimonio recogido en barrios marginales de Bilbao, su realidad. «El abuso de las drogas, a veces, llega a producir consecuencias más graves en nuestra vida: algunas de nosotras recurrimos a la prostitución, al tráfico y/o a la delincuencia a causa de esta dependencia. Otras, sin consumir, trafi-

⁷³ Instituto Spiral, *op. cit.* P. 1.

⁷⁴ Celia Prat, *op. cit.*

⁷⁵ *Mujer y drogas*, p. 2.

camos, viendo en esta forma de obtener dinero una solución rápida a los problemas económicos de la familia. También somos muchas las que convivimos con la droga a través de nuestra pareja, hijas, hijos o familiares»⁷⁵.

Distintos estudios (por ejemplo Llopis, J –2002–, *Informe sobre toxicomanías e identidad de género*, IREFREA) ponen de manifiesto la precariedad laboral de la mujer drogodependiente y su baja cualificación profesional, una situación económica paupérrima y normalmente asociada a la ayuda de familiares o de la pareja para poder subsistir, y un estado de salud general precario asociado al uso de las jeringuillas y las prácticas sexuales de riesgo, junto a unos porcentajes bastante altos de infectadas por VIH (45%), hepatitis B (35%) y hepatitis C (70%). Otros aspectos destacados son los relacionados con las altas tasas de intentos de suicidio (42%) y las sobredosis (38%), muchas veces provocadas intencionadamente por ellas buscando la muerte. No podemos olvidar tampoco los factores asociados a la maternidad y su repercusión, con una alta incidencia de abortos (52%) Asimismo suelen aparecer problemas asociados al parto, encontrándonos un 30% de recién nacidos con síndrome de abstinencia que conlleva la hospitalización⁷⁶.

Como vemos, esta diversidad no se limita al conjunto de circunstancias externas, sino que se vive y se interioriza la experiencia. «Es importante notar, sin embargo, que las consumidoras mujeres pueden diferir de los hombres en lo que se refiere a su experiencia, sus razones para usar drogas, sus problemas psicosociales y sus necesidades de respuesta. Comparadas con su contraparte masculina, las mujeres marginadas se encuentran a menudo en peores condiciones. Las mujeres tienen menor acceso a educación, capacitación técnica, salud y otros servicios. En contraste con los casos de consumidores masculinos cuyas mujeres a menudo permanecen a su lado, haciéndose cargo de los hijos, e incluso haciendo esfuerzos para rehabilitarlos, una mujer que consume drogas es a menudo abandonada por su marido y los hijos le son quitados pues deja de ser vista como buena esposa y madre. Las mujeres consumidoras de drogas permanecen, a menudo, ocultas a la vista del público»⁷⁷.

Dentro de esta complejidad, un breve repaso nos permite distinguir algunas de estas circunstancias específicamente relevantes en lo que se refiere al consumo de drogas por parte de mujeres. La edad, por ejemplo, es un dato importante. «En el tema de las drogas, por ejemplo, las consumidoras suelen ser de edad superior a los hombres, lo cual condiciona las expectativas, las necesidades y los problemas»⁷⁸. Este dato es discutible, y seguramente hay que limitarlo al caso de determinadas sustancias.

⁷⁶ García del Castillo Rodríguez, J. A., *op. cit.*

⁷⁷ De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *op. cit.* P. 9.

Pero, efectivamente, la edad no es un mero dato estadístico. Tiene su significado, especialmente en lo que atañe al momento y al por qué de la iniciación en el consumo. «El uso experimental de drogas a edades tempranas se produce en edades inferiores en chicas que en chicos. Generalmente esto responde a que las chicas más jóvenes tienen amigos de más edad que las inician a este consumo experimental»⁷⁹.

Algo similar puede afirmarse de otros aspectos relevantes cuando los contemplamos a través del prisma de las diferencias de género. Por ejemplo, a la hora de explicar situaciones de consumo o de sus consecuencias personales o sociales, hemos de tener en cuenta que las vivencias de las mujeres siguen siendo afectadas por controles y regulaciones sociales en modo distinto a los varones. Así, la presión sobre aspectos como la imagen corporal es mayor en las chicas que en los chicos y afecta a sus usos de drogas, especialmente los derivados anfetamínicos que han sido considerados como anorexígenos⁸⁰.

Ya hemos citado algunas circunstancias referidas a los procesos de socialización de modelos de imagen corporal, basados en esquemas de consumo de carácter publicitario y comercial, que imponen esquemas estéticos que alcanzan al propio cuerpo, especialmente en el caso de las muchachas adolescentes, pero por extensión en el de todas las mujeres. Nuria Romo hace alusión a esta forma de presión social, que desemboca en motivaciones que empujan al consumo de anfetaminas y drogas de síntesis. Aunque los resultados de esa investigación indican que las mujeres desarrollan formas de uso de las «drogas de síntesis» menos intensivas que los varones. «En este sentido hemos detectado un motivo específico de inicio entre las mujeres: adelgazar»⁸¹.

En la misma línea, un estudio dirigido a analizar anuncios de tabaco mostró unos resultados inequívocos: «No hubo ninguna duda entre los encuestados acerca de la población diana de determinadas campañas. En este sentido determinados anuncios de la campaña de Winston, Fortuna, Nobel, R1 y Chesterfield fueron unánimemente descritos como dirigidos a mujeres jóvenes (...) La campaña de Chesterfield mostró una serie de anuncios (6 en concreto) que, además de ser dirigidos fundamentalmente a mujeres, jugaban a juicio de los encuestados con el factor pérdida de peso asociado al fumar, ya que era evidente hacia dónde se dirigían las miradas de los protagonistas del anuncio. Lo mismo pudo apreciarse, aunque no con diferencias

⁷⁸ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.* P. 2.

⁷⁹ Petra Paula Merino, *op. cit.*

⁸⁰ Nuria Romo, *op. cit.* P. 32.

⁸¹ Nuria Romo, *Género y reducción de riesgos entre usuarios de drogas de síntesis*, Ponencia en el Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

tan significativas, en la campaña de Ducados que lleva por título 'Sabor Latino' y que utilizó como tema musical la canción «La Flaca»⁸².

En efecto, entre las conclusiones del trabajo de *Análisis de las campañas publicitarias de tabaco en España: jugando o no con el factor de pérdida de peso*, la mayoría de ellas dirigidas a mujeres, destacan dos: «1) La percepción subjetiva de la mayor parte de los encuestados muestra que en nuestro país la mayoría de las campañas publicitarias de tabaco parecen orientarse fundamentalmente a la mujer joven. 2) Mientras que la mayoría de los anuncios equiparan a fumar con ser atractiva a los varones, varias de las campañas publicitarias parecen utilizar el factor de pérdida de peso asociado al consumo de tabaco»⁸³.

1.7. PROSTITUCIÓN

Una circunstancia añadida que ha intervenido en muchas situaciones relacionadas con el uso y abuso de drogas es la prostitución: «Uno de los procesos de financiación para la obtención de la sustancia (heroína) se apoya regularmente en la prostitución, lo que conlleva un mayor contagio y desarrollo de diversas enfermedades de transmisión sexual, entre las que se encuentra el VIH»⁸⁴.

Del relato de las propias prostitutas, entrevistadas por la investigadora en su estudio, se obtienen observaciones interesantes. «Luego empezaron a aparecer los macarras de El Limón como moscas y se fueron hacia Malvavisco, donde las chicas brasileñas. Y empezaron a engancharlas con la coca. La mayoría de las brasileñas se ponen una raya para aguantar toda la noche... trabajan todo lo que quieren, pero necesitan meterse coca»⁸⁵.

Como en muchos otros fenómenos complejos, no acaba de resolverse si las mujeres afectadas empezaron a prostituirse para pagarse la droga o, como apuntan muchos especialistas, es a la inversa, y se drogan para soportar la dureza de un oficio sin gratificaciones. «Entre las mujeres prostitutas es muy frecuente el consumo de drogas. ¿Por qué? A algunas las atan sus chulos con la droga. Y son mujeres que tienen que soportar mucho control, están encarceladas, tienen que hacer veinte

⁸² F. Javier Ayesta, J.M. Fuentes-Pila, Carlos Cortijo, *Análisis de las campañas publicitarias de tabaco en España: jugando o no con el factor de pérdida de peso, la mayoría de ellas dirigidas a mujeres*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

⁸³ F. Javier Ayesta, J.M. Fuentes-Pila, Carlos Cortijo, *op. cit.*

⁸⁴ Marta Torre, Alicia Balboa, F. Javier Ayesta, *op. cit.*

⁸⁵ *Trabajadores migrantes en la industria del sexo*, de «Tráfico y prostitución: experiencias de mujeres africanas», Ed. Likiniano Elkartea, 2003. P. 39.

(servicios sexuales) en una noche y tienen que aguantar toda la noche borrachas, drogadas o como sea. Porque si no te metes algo en el cuerpo no puedes irte con un tío tantas veces y hacer eso. Si lo piensas no lo soportas iuno tras otro así...! y con la droga se lleva mejor»⁸⁶.

Sea como sea, droga y prostitución van de la mano en muchas ocasiones. El estudio de los barrios marginales de Bilbao ofrece testimonios en este sentido. «Yo creo que en mi barrio el tráfico de mujeres africanas empieza cuando el tráfico de drogas pasa de los gitanos a los magrebíes, por un breve período de tiempo, y de éstos a los africanos. Yo creo que es la misma gente y los contactos personales, más que clanes y mafias, y que sobre todo vienen de Madrid, que es de donde traen la droga fundamentalmente»⁸⁷.

Pero la prostitución (como el consumo de drogas a veces) va unida a un rechazo social que se manifiesta en una abierta estigmatización⁸⁸, dato que concurre con otras circunstancias y problemas cercanos, afines a las mujeres que bordean estas situaciones. «La relación entre el consumo de drogas de la mujer y sus elecciones y relaciones de pareja, desde el punto de vista de la desventaja que supone el etiquetamiento social que asocia el consumo de drogas femenino con enfermedades de diverso tipo, conductas desviadas en general y conductas particulares como la prostitución»⁸⁹.

Es curioso que la estigmatización se concentre significativamente en las mujeres, aunque no sean las únicas en practicarla: «La estigmatización opera de diferentes maneras: en el caso de las mujeres trabajadoras sexuales, la mirada pública cae sobre ellas de modo casi exclusivo, mientras que los hombres (tanto homosexuales como heterosexuales) y los/las transexuales que trabajan en el sexo tienden a ser invisibilizados»⁹⁰. El por qué de este ocultamiento que deriva de una doble vara de

⁸⁶ *Trabajadores migrantes en la industria del sexo*, op. cit. P. 41.

⁸⁷ *Trabajadores migrantes en la industria del sexo*, op. cit. P. 43.

⁸⁸ Al hablar del lenguaje que utilizan los entrevistados de un conocido barrio de Bilbao en un trabajo de investigación, la investigadora apunta la siguiente reflexión: «Los términos macarra, proxeneta, amante, chulo, jefa, puta, trata de blancas, trata de negras, mafias, ajustes de cuentas, etc, pueden resultar estigmatizadores, moralistas, reduccionistas y peyorativos. Se han mantenido en el texto porque, al fin y al cabo, corresponden al habla de quienes explican. El habla de su barrio, de la calle. El de uno de los variados ambientes de la prostitución. Eliminarlos significaría ocultar que esas palabras son usadas tanto por quienes desean estigmatizar y marginar a estas personas y a sus trabajos, como por estas mismas personas; sería no reconocer que el lenguaje es una herramienta de control muy efectiva» (*Trabajadores migrantes en la industria del sexo*, op. cit. P. 25).

⁸⁹ Carmen Orte, *Sexualidad en la mujer adicta*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

⁹⁰ Laura M^a Agustín, *Trabajadores migrantes en la industria del sexo*, op. cit. P. 8.

medir, en la que salen mejor parados los varones, seguramente tendrá mucho que ver con expectativas sociales, escalas de valores y con una realidad de género que merecería un análisis aparte.

En cualquier caso, los procesos de estigmatización que concurren tanto en la prostitución como en la percepción que mantiene la sociedad ante concretos consumos de drogas, y que alcanzan su clímax cuando el objeto de la misma es mujer, dificultan el abordaje de los problemas en términos colectivos y sociales. Volvemos al testimonio directo para corroborar el dato: «En barrios como ése hay muchos problemas vecinales (...) Los estigmas (traficante, negra, prostituta, ilegal, mafiosa...) acentúan los conflictos y dificultan abordarlos»⁹¹. Por cierto, esta estigmatización, superior en el caso de las mujeres, no se limita al rechazo social, al descrédito que genera. También impone un velo de ocultamiento que aún problematiza más las cuestiones derivadas. «Los casos de alcoholismo suelen presentar particularidades en las mujeres, por una mayor estigmatización social en comparación con los hombres, así como un consumo más clandestino y menos 'social' del mismo, que introduce diferencias significativas en la experiencia de las bebedoras y dificulta las posibilidades de rehabilitación»⁹².

La prostitución de la que hablamos y la estigmatización de las mujeres se acompañan de duros cuadros personales y familiares, que hunden sus raíces en problemas preexistentes. «Aspectos conectados con la esfera socio-sexual (del apego a las drogas) son prostitución por razones económicas y casos numerosos del abuso psicológico, físico y sexual por los miembros de su familia, pero también en un 35% de los casos por su compañero. Esto confirma una forma de repetición con respecto a los modelos emparentados que fueron experimentados, conectada a menudo en entornos degradados en los cuales la condición de apego a la droga de ambos, conduciendo a la prostitución de la mujer, parece ser característico de un cuadro de devaluación extrema de la condición femenina de estas mujeres»⁹³.

Los abusos sexuales y malos tratos componen circunstancias añadidas que no suelen presentarse, al menos en los términos en que los sufren las mujeres, en el caso paralelo de los hombres consumidores de drogas: «No podemos dejar de lado la relación entre consumo y malos tratos que aglutinan en torno al 84% de mujeres drogodependientes que dicen padecer malos tratos físicos, y un 61% de malos tratos psíquicos desde la adolescencia (...) Una de las posibles consecuencias atribuidas

⁹¹ Laura M^a Agustín, *Trabajadores migrantes en la industria del sexo*, op. cit. P. 8.

⁹² Esteban, M. L., 1999, op. cit. P. 6.

⁹³ Paolo Stoco, *Nuevas perspectivas en prevención e intervención con mujeres adictas en Europa*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

a los malos tratos en la mujer se traduce en el consumo abusivo de alcohol y otras drogas para poder enfrentarse al miedo que le provoca el día a día»⁹⁴.

Lo cierto es que, con roles o sin ellos, el entorno familiar, de convivencia, de pareja, condiciona y compromete mucho más a los sujetos femeninos que a los hombres en estas situaciones. Se percibe claramente en el trabajo cotidiano de los servicios de atención y asistencia. Entre los resultados de un estudio sobre la situación de las mujeres que han acudido a algún tratamiento por algún problema de drogas, realizado en Cantabria para la década 1989-1999, uno de los datos significativos que aparecen es el siguiente: «Los hijos convivían en un 40% sólo con la madre, 25% con los abuelos maternos, 16% con ambos progenitores, 9% con los abuelos paternos, 4% en instituciones y en un 3% sólo con el padre»⁹⁵.

Este aspecto se configura a menudo como el dato de los antecedentes del cuadro expuesto. Entre los resultados de un estudio sobre la situación de las mujeres que han acudido a algún tratamiento por algún problema de drogas, realizado en Cantabria para la década 1989-1999, uno de los datos significativos que aparecen es el siguiente: «Un 15% de los padres y un 2,5% de las madres de estas mujeres eran alcohólicos; un 2% de los padres, toxicómanos. Un 4% de las madres y un 1,5% de los padres presentaban patología psiquiátrica»⁹⁶.

En lo que atañe a la pareja de la mujer adicta, encontramos ahí uno de los factores de riesgo más predecibles. «La mayoría tienen parejas adictas, bien al alcohol, a otro tipo de drogas ilícitas, al juego, al cigarrillo, al trabajo o simplemente, si nos guiamos por las estadísticas de un año de evolución del programa, NINGUNA TIENE PAREJA ESTABLE»⁹⁷.

Es curioso este dato (destacado en mayúsculas en el texto original) por cuando pocas veces se pone de manifiesto con semejante énfasis este dato de la pareja cuando se habla de los hombres en la misma situación. Quizás se deba a esta explicación del Instituto Spiral, que destaca esta circunstancia. «En el estadístico de nuestros centros encontramos que en la C.T. masculina se observa más frecuentemente la existencia de pareja no toxicómana, en tanto que en la C.T. femenina es mucho más infrecuente dicha situación (casi el 50% de las parejas de las chicas en los años 90 y 91 consumían drogas en mayor o menor magnitud)»⁹⁸. En cualquier caso no parece que suponga ninguna circunstancia favorable. «El hecho de que más del 80%

⁹⁴ García del Castillo, J. A., *op. cit.*

⁹⁵ Alicia Balboa, Marta Torre, F. Javier Ayesta, *op. cit.*

⁹⁶ Alicia Balboa, Marta Torre, F. Javier Ayesta, *op. cit.*

⁹⁷ Ana Isabel Ruiz, *op. cit.*

⁹⁸ Instituto Spiral, *op. cit.* P. 16.

de las mujeres registradas presenten un compañero toxicómano (que puede asociarse con una dependencia afectiva patológica) dificulta e impide en muchos momentos el acceso de la mujer al tratamiento»⁹⁹.

Otra circunstancia añadida, que se agrava específicamente en el caso de las mujeres y que debe considerarse desde esta perspectiva de género, es la de la trasgresión y la desviación. «Factores culturales, estereotipos sociales, expectativas de comportamiento, etc, hacen que la trasgresión sea peor vista en la mujer y peor vida por ellas en general que en el caso de los hombres»¹⁰⁰.

Es un aspecto añadido, que hay que considerar. Los actos sociales, como este del consumo de sustancias, comportan significados, tanto a los ojos de la sociedad en general como ante los de sus propios sujetos. «Mujeres y varones alcanzan una serie de significados sociales cuando consumen drogas. Se llevan a cabo distintos procesos sociales por los que esos significados se alcanzan por comportamientos individuales. Existen divergentes percepciones y racionalidades que están socialmente estructuradas»¹⁰¹.

A propósito de la desviación, de las investigaciones relacionadas con las mujeres y el uso de drogas se desprenden una serie de ideas y datos que concurren:

- «Invisibilidad de las mujeres: atención escasa y son numerosos los ámbitos que quedan por investigar.
- La experiencia masculina se presenta como central, la más importante y la norma estadística, así como moral y descriptiva. La experiencia femenina aparece así como una desviación más.
- Cuando se estudia a las mujeres usuarias de drogas se les observa, normalmente, desde la 'desviación'. Se las ve más desviadas y psicológicamente inadecuadas o inadaptadas que a los varones que consumen las mismas drogas.
- El uso socialmente problemático de drogas es un comportamiento desviado para varones y mujeres. Sin embargo, hay muchas formas por las que ese comportamiento es actualmente compatible con las expectativas de rol de los varones. Esto hace que la violación de las expectativas de rol por parte de las mujeres sea especialmente grave»¹⁰².

Por detallar otras circunstancias interesantes y que afectan a la cuestión de modo notable, debemos citar las referentes a la exclusión social, la delincuencia, la

⁹⁹ Marta Torre, Alicia Balboa, F. Javier Ayesta, *op. cit.*

¹⁰⁰ Instituto Spiral, *op. cit.* P. 18.

¹⁰¹ Nuria Romo, *op. cit.* P. 35.

¹⁰² Nuria Romo, *op. cit.* P. 40-41.

posibilidad de embarazo o las diversas patologías clínicas que derivan de la situación de las mujeres involucradas en el fenómeno del consumo de drogas.

«La posibilidad de embarazo está siempre presente por su edad, por las relaciones sexuales frecuentes (utilizadas como vía de financiación o no) y por la amenorrea que puede acompañar al consumo de heroína (que perpetúa la equívoca idea de que la falta de regla es igual a la falta de ovulación)»¹⁰³. «Aunque en ocasiones la concepción y/o nacimiento del primer hijo les permite reflexionar sobre su situación y la necesidad de buscar tratamiento, el embarazo puede añadir nuevas complicaciones y cargas a estas mujeres, sin descartar la posibilidad de transmisión vertical del VIH al hijo y la contraindicación de algunos fármacos en el embarazo»¹⁰⁴.

La relación con el delito supone una observación necesaria, sobre todo para compararla con el dato relativo a la realidad de los varones. «La participación de las mujeres en la delincuencia relacionada con las drogas parece ser muy baja»¹⁰⁵. Aunque este aspecto puede deberse a distintas razones. «Tenemos también la impresión de que las mujeres adictas saben mantenerse bastante bien en el mundo de la droga. Habitualmente tienen un novio que es también su camello. Cuando les detiene la policía, él declara ser el único responsable y va a la cárcel mientras ella permanece fuera, le visita y le trae la droga que necesita. Además, las mujeres obtienen el dinero necesario para las drogas a través de la prostitución en lugar de asaltar casas. Esto nos lleva a la conclusión de que las autoridades judiciales son más tolerantes con las mujeres que con los hombres y el robo»¹⁰⁶.

Las enfermedades: «Como era de esperar la patología orgánica más frecuente detectada en estas mujeres fueron la tuberculosis, las hepatitis, las ETS y el VIH-SIDA»¹⁰⁷.

Y, en todo momento, el fantasma de la marginación y la exclusión social acompaña a todas estas situaciones problemáticas. «La autonomía y la seguridad exigen un soporte laboral claro y la mujer toxicómana tiene muchos mayores déficits a este nivel, no podrá volver a ciertas actividades como la prostitución»¹⁰⁸. En muchos casos el consumo de drogas ilegales «conlleva a un estado de abandono personal caracterizado por una menor autoestima y una mayor desesperanza que les lleva a menores recursos frente a la presión del grupo y a una accesibilidad más limitada al mundo la-

¹⁰³ Marta Torre, Alicia Balboa, F. Javier Ayesta, *op. cit.*

¹⁰⁴ Marta Torre, Alicia Balboa, F. Javier Ayesta, *op. cit.*

¹⁰⁵ Nuria Romo, *op. cit.* P. 291.

¹⁰⁶ Martens, J. *op. cit.* P. 12.

¹⁰⁷ Alicia Balboa, Marta Torre, F. Javier Ayesta, *op. cit.*

¹⁰⁸ Instituto Spiral, *op. cit.* P. 6.

boral. Las mujeres jóvenes dentro de un contexto social y/o marginal se convierten en personas especialmente vulnerables a la exclusión y a la marginación»¹⁰⁹.

1.8. LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

Como decíamos al principio de esta exposición, la adicción entre las mujeres tiene características diferenciales respecto a los varones, marcadas fundamentalmente en que desarrollan una adicción de una gravedad mayor, que repercute en consecuencias familiares y sociales más acusadas y en una dificultad añadida a la hora de intentar abandonar el consumo¹¹⁰.

En palabras de Inciardi, «el uso ilegal de drogas es más ilegal para las mujeres que para los varones, y cuanto mayor es la ilegalidad de una sustancia, mayor es la desviación del comportamiento que se espera de las mujeres»¹¹¹. Pero esta apreciación lo mismo vale para el consumo y abuso de sustancias legales (el alcohol o el tabaco, como hemos visto en estas referencias), ante las cuales la mujer se halla constreñida por una superior estrechez de los márgenes de la norma, y la desviación respecto a ésta, más inmediata, se relaciona enseguida con su rol de madre, sus expectativas, sus responsabilidades familiares, etc.

Está claro que nos encontramos ante un problema mal enfocado, cargado de estereotipos, de percepciones colectivas enraizadas en cosmovisiones tradicionales y en general ante una representación social distorsionada. Las consecuencias que se derivan reproducen sin solución el problema (cuando no lo multiplican). Como ocurre a menudo en este tema, su abordaje y tratamiento se pierden en la invisibilidad, el ocultamiento y el silencio de sus manifestaciones.

Se impone, pues, un desarrollo de líneas de investigación específicas, en relación a los usos de drogas de las mujeres, que incorporen la perspectiva de género. Pero, cuidado, la categoría género no es un instrumento 'de y para' las mujeres. Analizar las condiciones de vida de las mujeres necesariamente implica estudiar la realidad de los varones y las complejas relaciones que se desarrollan entre los sexos¹¹². La primera urgencia, por tanto, es la formulación de un paradigma que contemple esta circunstancia social del género.

En la línea de lo que hemos expuesto hasta aquí, y teniendo presentes las pegas y limitaciones, cuando no distorsiones, objetadas al paradigma masculino errónea-

¹⁰⁹ Marta Torre, Alicia Balboa, F. Javier Ayesta, *op. cit.*

¹¹⁰ García del Castillo Rodríguez, J. A. *op. cit.*

¹¹¹ Nuria Romo, *op. cit.* P. 291.

¹¹² Nuria Romo, *op. cit.* P. 30.

mente generalizado, un concepto clave aportado por el feminismo ha sido el de género, diferenciado del concepto de sexo. «Mientras que éste último se refiere a la definición de características biológicas y físicas diferentes para hombres y mujeres, el género es un concepto relacionado con la interpretación que en la sociedad se hace de dichas diferencias y la asignación de tareas, espacios y responsabilidades distintos para unos y otras. En este sentido, es imposible entender los datos acerca de la salud de hombres y mujeres si no tenemos en cuenta la interacción social entre los géneros, es decir, si no contrastamos las realidades de ambos colectivos»¹¹³.

Esta interpretación está contrastada, a pesar de la escasa atención que se le ha dedicado, por aportaciones de alcance institucional del más alto nivel. En 1996, un programa de las Naciones Unidas para la fiscalización Internacional de las Drogas (PNUFID), al promover una serie de investigaciones sobre el consumo de sustancias y sus circunstancias, definió la cuestión de género del siguiente modo: «El término 'género', que es distinto del término 'sexo', se refiere a los aspectos socioculturales de la dicotomía hombre-mujer, mientras que la palabra sexo se refiere a los aspectos biológicos. Las cuestiones relacionadas con el género tienen que ver con las cualidades, los tipos de comportamiento y las funciones que las diferentes sociedades asignan a los hombres y a las mujeres»¹¹⁴.

La cita nos acerca al planteamiento de fondo. Históricamente, la mayoría de civilizaciones y culturas, por no decir todas, han establecido diferencias de funciones y tareas a partir de la diferencia de sexos. La sociedad adjudica a cada grupo un conjunto de formas de ser, sentir, actuar, que conlleva un universo de valores y actitudes, en los que se inscriben esquemas más o menos encubiertos de pensamiento, de acción y posición, jerárquicos o de poder. Los roles que de ahí se derivan definen comportamientos, identidad (sexual en primer lugar, pero también canaliza otras manifestaciones y aspectos de la identidad personal y colectiva), orientaciones, valores, representaciones sociales. Lo que era una cuestión biológica y fisiológica se convierte así en una importante cuestión de organización y naturaleza social.

«Boudon define género como una dimensión fundamental de toda organización social, de tanta importancia como la clase o status, y constituyendo una categoría que se construye socialmente tanto en la familia y en la escuela como en el lugar de trabajo y en las esferas económica, política y cultural. El género permite contemplar a los sexos como entidades sociales, políticas y culturales, superando las limitaciones del concepto de sexo, que parece referir a algo natural, primario, esencial y

¹¹³ Esteban, M. L., 1999, *op. cit.* P. 1.

¹¹⁴ Naciones Unidas, *Convocatoria a Concurso*, Boletín de Estupefacientes. Volumen XLVII, nos 1 y 2, 1995. Número especial sobre el género y el uso indebido de drogas. Naciones Unidas. Nueva York, 1996. P. xi.

aparentemente sometido a escasas transformaciones históricas. Género es un sistema de relaciones sociales, simbólicas y psíquicas en las que se sitúa de forma diferente y casi siempre desfavorable a las mujeres con respecto a los varones»¹¹⁵.

De este modo, podemos afirmar que el sexo determina el género (el papel, el sentido social, la posición, la misma naturaleza) de los individuos en el grupo, y así lo naturaliza. Sin embargo, no se puede olvidar que el conjunto de actitudes, roles, expectativas y demás atribuciones que acompaña a esta cuestión es un constructo cultural que cada persona ha de aprender.

El género, por lo tanto, es un factor primordial de organización social, una construcción que interpreta la sociedad y que ayuda a construirla. Es un procedimiento que categoriza la realidad a partir de normas asumidas como naturales e incuestionables¹¹⁶.

Como vemos, el género ofrece una perspectiva que es a la par panorámica e interna sobre la conducta humana, que explica roles, comportamientos, percepciones y otras expresiones del ser social. En el tema objeto de esta investigación, sin ir más lejos, «el género influencia la forma en que varones y mujeres perciben y reaccionan frente a conductas que impliquen riesgo y trasgresión»¹¹⁷. No olvidemos que el riesgo, ese factor que tanto interviene en el fenómeno de las adicciones y el consumo de sustancias, se aborda a partir de cálculos y decisiones en los que cada sujeto pone en juego su propia identidad, su escala de valores, su madurez, su autoestima, la seguridad de la persona en sí misma, su autoconfianza, rasgos todos ellos que se hallan conectados con su integración en la comunidad y con el ser social más básico.

1.9. INSTRUMENTO DE CONOCIMIENTO

En todo caso a estos efectos lo que nos interesa es la versatilidad de esta perspectiva en cuanto instrumento de análisis, de conocimiento y de trabajo social. Como apunta Nuria Romo, «el concepto de género y la desigualdad de género son la vía a través de la cual incidimos socialmente, damos cuenta de la situación de la sociedad cuando la sociedad es sexista. El género sería un instrumento de conocimiento»¹¹⁸. Éste es el punto que más nos interesa en este trabajo.

En esta cualidad de constructo social, de categoría construida pero que estructura la sociedad y a la vez a nosotros mismos, nuestras percepciones, expectativas,

¹¹⁵ Nuria Romo, *op. cit.* P. 30.

¹¹⁶ Martens, J. *op. cit.* P. 11-12.

¹¹⁷ Nuria Romo, *op. cit.* P. 30.

¹¹⁸ Nuria Romo, *op. cit.* P. 30.

comportamientos y en definitiva nuestra identidad en gran medida, es como debemos acercarnos al concepto.

El género, en esa dimensión de instrumento de investigación y conocimiento, afecta a varios niveles de análisis: en el primero hace referencia a la interpretación cultural del dimorfismo sexual. En un segundo nivel de análisis, el género engloba los procesos sociales a través de los cuales se crean y transmiten esos modelos normativos a las personas. En estos procesos sociales, el género es un organizador de determinadas estructuras, de manera que espacios, tareas o formas de diversión son diferencialmente asignadas en función del sexo. En un tercer nivel, el género es una experiencia internalizada a nivel individual. Hace referencia a la experiencia subjetiva desde la cual se adquiere y desarrolla la identidad de género, así como el estilo de rol de género¹¹⁹. Dicho de otro modo, el género aparece cuando la sociedad interpreta las diferencias fisiológicas de ambos sexos (1), cuando se imponen roles, posiciones, tareas, conductas, expectativas y demás obligaciones a los individuos en la estructura social (2), y cuando, internalizada esta categoría, el individuo asume la propia identidad que organiza su experiencia (3).

Martín Casares, al analizar las relaciones entre interculturalidad y género, ha señalado cómo la categoría género no es estable sino que va evolucionando y cambiando de una sociedad a otra¹²⁰. Es decir, hay que contemplarla como un factor dinámico y elástico, que se transforma con los tiempos, ligado a la distribución del trabajo, a los roles, las jerarquías y otros elementos organizadores del sistema social.

En consonancia con todo ello M^a José de la Cruz Godoy propone un marco teórico (que puede servirnos de orientación para plantear nuestras propias hipótesis y categorías de trabajo) dirigido a la interpretación y abordaje del consumo y adicción a las drogas por parte de las mujeres, caracterizado por la incidencia de diversos factores:

- «Las mujeres ingieren alcohol o alguna pastilla bajo pretextos de una falsa sociabilidad: para poder aguantar a los niños o relajarse antes de una junta, para levantarse, antes de salir de compras, para poder mantener relaciones sexuales, para perder peso, dormir o despertar, para aliviar la fatiga, o bien por falta de confianza en sí mismo, aburrimiento, frustración o alivio al estrés. El estado civil y la edad de una mujer influyen en la determinación de consumir alguna sustancia. (...) Las diferencias de género se reflejan en cuestiones como las respuestas al consumo abusivo de drogas. Los hombres suelen centrarse en los efectos relacionados con el delito, mientras que las mujeres parecen estar más motivadas por una preocupación ante el impacto del consumo abusivo de sus-

¹¹⁹ Nuria Romo, *op. cit.* P. 30.

¹²⁰ Nuria Romo, *op. cit.* P. 31.

tancias adictivas en terceros (hijos, prostitución y miedo por enfermedades de transmisión sexual (...)).

- Problemas sexuales.
- Desestructuración familiar. Ausencia de atención paterna, ser madres solteras, falta de cuidado, de seguridad y confianza. Son familias con un estilo de crianza inconsistente, de distanciamiento emocional de los padres, con violencia sexual y familiar.
- Violencia y factores de pobreza.
- La tendencia de las mujeres a exteriorizar sus problemas a través de dolencias físicas tratadas a través de médicos (búsqueda de recetas).
- La anatomía y constitución corporal. Por su peso corporal, la mujer necesita menores cantidades de sustancia para llegar al mismo grado de intoxicación que un hombre, ya que tiene menos agua y más tejido graso; además posee menos enzimas protectoras.
- Grupo social al que pertenecen»¹²¹.

Esto no significa que debamos asumir esa escala, que obviamente no es la más idónea para el estudio de consumos de drogas de ocio y diversión que nos hemos propuesto. Pero nos da indicios de cómo abordar el tema y sus complejidades.

En efecto, Ana Millán expone otra escala de categorías a considerar: «Es una realidad que a nivel teórico y clínico existen rasgos distintos de la feminidad respecto a la masculinidad, que pueden suponer objetivos importantes para establecer el tratamiento: Sexualidad. Relaciones sociales. Trastornos psicológicos. Historia adictiva. Familia. Maternidad»¹²².

De todo ello trataremos en las páginas siguientes, en la medida en que la versión de los entrevistados y los datos recogidos encajen con estos instrumentos analíticos.

¹²¹ De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *op. cit.* P. 12-13.

¹²² Ana Millán, Francisco Balosa, *Identidad de género*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

i
tx

n
o

f
s

o
t

r
e

m
n

e
a

Parte II Parte II Parte II

Introducción técnica

2.1. EMPLAZAMIENTO DEL ESTUDIO Y ANTECEDENTES

El uso ilegal de drogas es más ilegal para las mujeres que para los varones, y cuanto mayor es la ilegalidad de una sustancia, mayor es la desviación del comportamiento que se espera de las mujeres (Inciardi et. al.).

La perspectiva de género constituye una de las estrategias transversales del V Plan de Drogodependencias 2004-2008 y como tal debe ser considerada en todas las acciones que el mismo engloba.

El texto del V Plan aboga, concretamente, por:

- «1. Un análisis de la realidad de las drogas y las drogodependencias teniendo en cuenta la variable sexo y las diferentes condiciones, situaciones y necesidades de las mujeres y de los hombres y
2. una aplicación sistemática de dicha perspectiva en todas las acciones y programas, y en todas las fases de análisis, planificación, ejecución y evaluación.»

En la actualidad, el fenómeno de consumo y abuso de sustancias tiene una de sus principales expresiones en la juventud vasca en el terreno de la diversión y el ocio. Esta realidad, que hunde sus raíces en las costumbres del país (consumo tradicional de alcohol; extensa penetración del hábito del tabaco; pasado no lejano de consumo de heroína por algunos sectores marginales, etc.), se ha ampliado en los últimos años con un estilo de consumo ligado a los escenarios colectivos de música y baile. Así, junto a las fiestas de barrios, pueblos, las reuniones de cuadrillas y diversiones tradicionales, la discoteca, algunos bares y lugares señalados (*after hours...*) se han convertido en un espacio que alberga un modo específico de divertirse, de consumir drogas y de relacionarse. Nuria Romo, especialista en el estudio de estas realidades, ha definido la nueva cultura de uso de sustancias con el nombre de «drogas de baile».

Sin embargo, siendo un fenómeno de plena actualidad y de tanta dimensión, como señala la COMISIÓN ASISTENCIAL del CONSEJO ASESOR DE DROGODEPENDENCIAS de Euskadi, a menudo no se presta suficiente atención a «la inci-

dencia de los aspectos diferenciales en función de género»¹²³. En este sentido, y para cubrir las posibles insuficiencias que pudieran darse, se ha planteado esta investigación que se ha propuesto estudiar la fenomenología del consumo de drogas de ocio y diversión, desde la perspectiva de género, en la sociedad vasca.

2.2. OBJETO: LA PERSPECTIVA DE GÉNERO EN EL FENÓMENO DE LAS DROGODEPENDENCIAS

Este proyecto de investigación pretende profundizar en las circunstancias concretas del consumo de sustancias lícitas e ilícitas en contextos lúdicos, teniendo como punto de partida las peculiaridades psico-sociológicas que la perspectiva de género impone en el fenómeno y alcanza a las afectadas.

Ello supone, de entrada, definir un modelo de interpretación.

—Perspectiva de género y consumo de drogas.

En segundo lugar, implica tener en consideración una serie de circunstancias:

—Diferencias de consumo.

—Diferentes actitudes, perfiles, presiones sociales, etc.

—Estereotipos y estigmas diferentes.

—Problemas añadidos: maltratos, abusos sexuales, cargas familiares...

—Falsos axiomas.

—Fórmulas de intervención.

En cuanto a la utilidad práctica de este estudio, dado que el factor de género arrastra consecuencias concretas para las mujeres afectadas en la mayoría de fenómenos de dimensión social (marginación, consumo de drogas, etc.), este elemento de la perspectiva de género es imprescindible y estratégico a la hora de abordar cualquier estudio, intervención o simple comprensión del consumo o dependencia de las drogas. Por añadidura, no podemos olvidar que, al sufrir la discriminación de género, las mujeres están en peores condiciones para afrontar estas situaciones problemáticas. Pero, además, su posición central en muchos ámbitos de la sociedad puede multiplicar la gravedad de las consecuencias, que se proyectan y a largo plazo

¹²³ Ver las conclusiones del estudio *Drogas: debate público y representación social*, de Angel Rekalde y otros. 2002. Se pone claramente de manifiesto la insuficiente atención que la sociedad dedica a los aspectos diferenciales de género. En el citado estudio, que recogió entre sus items la categoría de la perspectiva de género, una de las conclusiones fue la absoluta inexistencia de referencias a dicha categoría en una extensa muestra de medios de comunicación social.

extienden sus consecuencias al resto de la población. Se hace, pues, imprescindible incidir en una vía de investigación que resulta marginada dentro de los planes académicos habituales.

2.3. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

El objetivo central de la investigación en su fase de prospectiva social pretende, en resumidas cuentas: *analizar el fenómeno del consumo de drogas de ocio y diversión desde la perspectiva de género en general y en lo que afecta a la joven en particular.*

Una segunda línea de investigación nos lleva a definir objetivos más específicos para la investigación:

- Conocer la imagen social y las referencias anteriores de las mujeres consumidoras de drogas a través de los distintos estudios ya realizados.
- Analizar el alcance del consumo de sustancias entre la población joven, en los escenarios de diversión y ocio, teniendo siempre presente la perspectiva de género.
- Reconstruir el constructo discursivo de las propias mujeres respecto a las drogas y al (ab)uso que de ellas realizan y sus diferencias respecto a las actitudes masculinas (si las hubiere). En particular se plantea reconstruir los itinerarios de consumo y las situaciones personales y sociales que se hayan podido derivar.
- Descubrir, gracias a la metodología cualitativa, cuantas cuestiones emergentes se estén conformando en el discurso y las actitudes de las mujeres consumidoras.

A la luz de la información aportada por la investigación que aquí se propone, se derivarán una serie de intervenciones que plantean la verdadera dimensión pragmática que nuestra propuesta de estudio pretende conformar, y que se puede estructurar entorno a:

- Establecer un modelo* que permita encarar esta realidad con instrumentos epistemológicos apropiados.
- Interpretar* las demandas y representaciones sociales que existen en torno a las Drogodependencias y la perspectiva de género.
- Orientar* a instituciones, colectivos, asociaciones y ciudadanos en general en este aspecto del fenómeno de las Drogodependencias, para que se sitúen e intervengan como sujetos de acción preventiva, en lugar de reproducir y multiplicar el problema.
- Proponer* líneas de acción e intervención en lo que concierne a la problemática de género en el contexto de las Drogodependencias, que contemple diagnós-

tico, objetivos, acciones de intervención, recursos, criterios e indicadores de evaluación para el futuro.

2.4. HIPÓTESIS

A partir de la hipótesis de que, en el fenómeno del consumo de drogas, el género determina situaciones específicas, que afectan:

- en primer lugar a la mujer en su ser personal y social, en su identidad, sus circunstancias particulares, familiares y sociales, su percepción de la realidad, sus representaciones culturales, etc.
- y en un segundo momento a la sociedad en su conjunto.

El estudio ha centrado el consumo de sustancias en el País Vasco, en el contexto de la cultura del baile, la diversión y el ocio, a partir de la perspectiva que ofrece la categoría social de género.

2.5. METODOLOGÍA CUALITATIVA

2.5.1. Definición de género

Como hemos apuntado en la Introducción Teórica, en este trabajo de investigación nos vamos a atener a la definición de género que establece el programa de las Naciones Unidas para la fiscalización Internacional de las Drogas (PNUFID) que promovía una serie de investigaciones sobre el tema. Es una definición que sitúa de modo operativo y suficiente la noción de género:

«El término ‘género’, que es distinto del término ‘sexo’, se refiere a los aspectos socioculturales de la dicotomía hombre-mujer, mientras que la palabra sexo se refiere a los aspectos biológicos. Las cuestiones relacionadas con el género tienen que ver con las cualidades, los tipos de comportamiento y las funciones que las diferentes sociedades asignan a los hombres y a las mujeres»¹²⁴.

Se trata, pues, del género entendido como una categoría culturalmente construida, que establece una forma de ser y estar en el mundo. Una categoría estructurada en el sistema social y que se sitúa en el haz de relaciones que se entremezclan en el ser social, que son cambiantes y se someten a la evolución de los modelos y las condiciones sociales. Viene definida por el conjunto de significados que se atribuyen a un sujeto, la mujer en sentido genérico, en un contexto histórico determinado.

¹²⁴ Naciones Unidas, *Convocatoria a Concurso*, Boletín de Estupefacientes. Volumen XLVII, nos I y 2, 1995. Número especial sobre el género y el uso indebido de drogas. Naciones Unidas. Nueva York, 1996. P. xi.

Este concepto entraña una comprensión compleja en virtud de las diferentes circunstancias en que se sitúe el sujeto y en la evolución de las sociedades, en el sentido de definir qué es y qué presupone pertenecer al género femenino en cada una de las situaciones que se presenten. La existencia real de las personas involucradas en la citada categoría se ve así envuelta por una serie de valoraciones, creencias, expectativas, atribuciones, etc. que se componen en cada momento pero sobre la base de significados normalmente codificados en el ámbito colectivo, siempre sometidos a presiones, resistencias, inercias y transformaciones.

En la teoría académica existen otras versiones del término 'género', pero para este trabajo hemos preferido utilizar esta definición del concepto, por su precisión, por su origen, y en definitiva por la referencialidad que ofrece, que permite una utilización metodológica sencilla y clara.

2.5.2. Recogida de datos y análisis

De cara a esta observación se ha planteado prioritariamente la utilización de metodología de naturaleza cualitativa, también llamada estructural, especialmente indicada para el análisis de motivaciones y actitudes. De esta manera se parte de un planteamiento prospectivo ilimitado sin prejuicios iniciales que, a través de la profundización en las claves implícitas del discurso, permite descubrir nuevos parámetros posibilitando el discurso abierto y espontáneo de las población objeto de esta investigación.

La metodología cualitativa se utiliza en primer lugar con entidad propia en la reproducción de los discursos sociales, y en segunda instancia para detectar la emergencia de nuevos elementos, que en lo social o en las entidades estudiadas se encuentran en fase de creación de opiniones y/o actitudes, y que en muchos casos no han llegado a cristalizarse en términos de discurso social, lo que Fernando Conde¹²⁵ viene a denominar como fase de «nominación».

Las técnicas que se han empleado han sido: entrevistas en profundidad y grupos de discusión. Previamente se realizó una recopilación y análisis de contenido de diversos materiales ya existentes (fuentes secundarias), destinado a emplazar la cuestión. A continuación se ha seguido un planteamiento prospectivo ilimitado sin prejuicios iniciales, con la intención de descubrir nuevos parámetros, a través de la fase cualitativa, posibilitando el discurso abierto y espontáneo de las propias mujeres investigadas.

2.5.3. Entrevistas en profundidad

Por un lado, se han realizado seis (6) entrevistas semi-estructuradas en profundidad a personas que por su trayectoria profesional, papel técnico o social, representan posiciones de interés en el tema objeto de la investigación.

¹²⁵ Conde, F (1996), *La vivienda en Huelva*. Fundación El Monte-Junta de Andalucía.

Esta práctica sociológica de investigación cualitativa permite sondear en la experiencia y la perspectiva de las personas entrevistadas. Se da el caso, en ciertas situaciones, de que sujetos altamente competentes y personas profundamente experimentadas en algún campo profesional no sean conscientes del alcance de su propio conocimiento por la inercia de la labor cotidiana o porque la falta de tiempo no les permita reflexionar sobre la tarea que desarrollan. Por añadidura, a menudo esa experiencia se ha ido configurando a lo largo de una dilatada labor profesional, y en buena parte funciona como un bagaje puramente práctico en su operatividad. Ese fondo de experiencia, práctica y conocimiento debe, en tales ocasiones, enfrentarse al contraste del investigador que, desde una posición exterior y a través de sus preguntas, puede contribuir a una formulación verbal y una estructuración del saber disperso.

Por otro lado, en estas investigaciones sociológicas el fenómeno estudiado se reparte por una amplia y compleja gama de escenarios, situaciones y personas. La entrevista cualitativa con especialistas y profesionales de distintos ámbitos que convergen en el fenómeno permite al investigador crear una perspectiva de globalidad de la que carece cada uno de los sujetos, por competente que sea en su materia.

En el presente trabajo el perfil de los entrevistados y entrevistadas ha sido definido por su relación o experiencia en el ámbito de la atención a usuarios/as y con grupos que desempeñan distintas labores en el contexto del consumo de sustancias. Han colaborado miembros del personal técnico del Ayuntamiento de Hondarribia, de Hazkunde, Etorkintza, del grupo Ailaket, del S.O.C., etc. Los investigadores de este trabajo agradecen la colaboración que han prestado estas personas, su experiencia y las facilidades dadas para realizar este estudio.

2.5.4. Grupos de discusión¹²⁶

La metodología estructural, como la definía Jesús Ibáñez¹²⁷, o cualitativa, lejos de operar con datos cuantificables, atiende al discurso como estructura compleja. En efecto, el discurso es del orden de la complejidad y por tanto de la estructura, más que de lo **dicho**. Tomar el discurso por «**lo dicho**» nos llevaría, tan solo a la formulación de paráfrasis.

¹²⁶ Nos referimos al modelo desarrollado por Jesús Ibáñez en su ámbito de estudio del discurso, con todo el proceso que la práctica implica. Al respecto puede consultarse su obra: *Más allá de la Sociología: el grupo de discusión teoría y práctica*, Siglo XXI. Este modelo dista de algunos pseudogrupos que, utilizando el mismo concepto, acaban remitiendo a una reunión grupal de corte «tormenta/llovía de ideas». Cada paso en el diseño cobra trascendental importancia: existe un captador profesional (no marcado social y/o políticamente para no contaminar el grupo), las personas que acuden son remuneradas por su transferencia de información, el local es aséptico ideológicamente, las personas que acuden no deben conocerse ni tener relaciones de poder entre ellas....

¹²⁷ Ibáñez, J., ob. cit.

Así, un análisis del discurso no es un «estudio de opinión»; no se trata en él de conocer la disposición de los individuos afectados (la muestra) ante proposiciones puntuales escogidas en torno a una serie de temas, en los que las mismas proposiciones que se sometan a su consideración estarían, precisamente, marcando el ámbito mismo de la respuesta (pues sólo se puede responder a lo que se pregunta, con independencia de la pertinencia de ésta). Antes al contrario, nos interesa conocer el conjunto del campo discursivo en el que los elementos operantes («semas» o unidades de sentido), referidos a distintos temas, aparecen en su relación y articulación jerárquicas; es decir, nos interesa observar cuáles son los elementos pertinentes y cuáles las relaciones entre estos. La pertinencia de un elemento y el campo que articula es un «dato» producto de la investigación, y no previo a la misma (es, por tanto, más un «capta» que un «dato»); de ahí el valor heurístico de ésta metodología.

En efecto, para esta metodología, las hablas individuales, los actos de enunciación de proposiciones con sentido, remiten a una estructura supraindividual desde la que son «pronunciadas». El discurso recogido en los grupos no sería así producción de sentido, sino reproducción del sentido social, reproducción de una estructura discursiva de la que nos hacemos partícipes construyendo nuestras variantes y enunciándolas.

No obstante, tales variantes no atentan contra el «sentido social», contra la unidad discursiva, puesto que no son más que realizaciones de ella y solo respecto a ella cobran sentido.

La emergencia del discurso debe ser abierto y espontáneo. Esto sólo es posible mediante la utilización de una técnica que ponga la palabra en posición de enunciación, que le otorgue libertad para desentrañar aquello que la encadena al sentido. Esta práctica es la del grupo de discusión, aquella que se ha mostrado más eficaz.

La mecánica de esta técnica es aparentemente sencilla. En ella, el sujeto que actúa de moderador propone el tema de discusión al isogrupo (seis a ocho componentes), quien lo elabora desde los criterios de pertenencia propios del discurso. A través de la sesión se van desgranando los campos temáticos desde la exposición-discusión, para llegar a la formación del consenso (siempre y cuando éste exista en el plano del grupo social al que representan). Para abordar el inicio de las sesiones, la provocación inicial en Jesús Ibáñez, se planteó de manera «mediata-directa»¹²⁸ debido a la intensidad de objetivos que contenía la demanda de la investigación, pese a que ello pudiera conllevar la pérdida de algunos elementos de lo «emergente». En particular, se planteó como tema de trabajo en los grupos: «*la utilización del tiempo libre durante los fines de semana*».

¹²⁸ Colocando al grupo en el campo lógico del discurso; coincidiendo la referencia consciente con la inconsciente. J. Ibáñez, ob. cit.

Los textos así conseguidos constituyen el material bruto sobre los que opera el análisis, en una doble tarea de deconstrucción-reconstrucción de las hablas para construir la lengua, código o estructura del discurso. A tal efecto se graban las sesiones y se transcriben en su literalidad mediante una serie de presupuestos de relato ordenado y coherencia discursiva (respetando el general desorden de la propia producción alocutiva del grupo).

Para cumplimentar los objetivos propuestos se han realizado tres (3) sesiones grupales que en su diseño contemplan las siguientes cotas de selección de los hablantes:

Grupo de discusión 1

Mujeres 21 a 23 años residentes en Bilbao y Comarca (Barakaldo, Plencia...). La mitad se mueve en cuadrillas sólo femeninas y el resto mixtas o en pareja. Presencia mayoritaria de trabajadoras cualificadas. Clase media acomodada. Con consumos de alcohol y drogas (Hachís, Marihuana, Pastillas, Cocaína, Speed.. excluida Heroína y similares), durante el fin de semana en escenarios diversificados (cuadrillas, bares, calle, discotecas, conciertos...). Desarrollado en Bilbao.

Grupo de discusión 2

Mujeres 18 a 20 años residentes en Vitoria y Comarca de influencia. La mitad se mueve en cuadrillas sólo femeninas y el resto mixtas o en pareja. Presencia paritaria de trabajadoras no cualificadas y estudiantes. Clase media. Con consumos de alcohol y drogas (Hachís, Marihuana, Pastillas, Cocaína, Speed, excluida Heroína y similares), durante el fin de semana en escenarios diversificados (cuadrillas, bares, calle, discotecas, conciertos...). Desarrollado en Gasteiz-Vitoria.

Grupo de discusión 3

Mujeres 15 a 17 años, residentes en Donostia-San Sebastián y en su entorno (Irún, Beasain, Andoain, Tolosa, Rentería, Hernani, Elgoibar...). La mitad se mueve en cuadrillas sólo femeninas y el resto mixtas o en parejas. Presencia mayoritaria de estudiantes y alguna persona en paro. Clase media típica. Con consumos de alcohol y drogas (Hachís, Marihuana, Pastillas, Cocaína, Speed.. excluida Heroína y similares), durante el fin de semana en escenarios diversificados (cuadrillas, bares, calle, discotecas, conciertos...). Desarrollado en Donostia- San Sebastián.



Parte III Parte III Parte III

Entrevistas en profundidad

3.1. DESCRIPCIÓN DEL FENÓMENO INVESTIGADO

De las diferentes variantes de consumos de drogas que se practican, en esta investigación nos centramos en una concreta y ligada a nuestra realidad social y nuestra época. Hablamos del consumo recreativo, en contextos de ocio y diversión.

Ello supone limitar el estudio a unas formas de consumo, a unas sustancias específicas, a unos escenarios, y sobre todo a una determinada franja de edad, es decir, a la denominada juventud, que va de los 15 a los 25 años. No es una franja homogénea, pues los comportamientos, recursos personales, formas de relacionarse y demás, no son idénticos en la adolescencia, a la salida de la niñez o en el tramo final, al acercarse a modelos de vida adulta a partir de los veinte años. En todo caso, es una franja de edad que comparte formas concretas de relacionarse, de vivir, de experimentar, de divertirse, y que por todo ello, en el contexto de nuestra sociedad, se mueve en determinados ambientes y espacios sociales en los que se practican unos usos de las drogas.

De las entrevistas realizadas y la investigación seguida destacamos que el consumo de sustancias en esa franja de edad y en contextos de ocio y diversión se celebra en varios escenarios públicos y con unos rasgos, en cuanto a sustancias y modelos de consumo, diversos, pero identificables.

3.1.1. Escenarios

Podemos hablar, a grosso modo, de dos ambientes globales de diversión, que coinciden con dos estilos distintos, en términos también globales, de consumo de sustancias: el tradicional, muy normalizado, y el de las discotecas o el ambiente que se genera alrededor de la música y el baile.

El ambiente tradicional de diversión es el de la fiesta popular (fiestas locales, patronales...), el de los fines de semana, la juerga o salida nocturna con amigos y amigas, el poteo en las zonas del Casco Viejo de ciudades como Gasteiz o Bilbao, etc. Es un ambiente que reproduce el viejo estilo de la diversión, en cuadrilla (quizás también algunos acudan en parejas, alternativamente, pero sin que ello cambie las

líneas de encuentro y actitudes), y que se centra en un consumo clásico del alcohol, y al que se ha incorporado el cannabis, en sus dos formas, hachís o marihuana, pero siempre de forma muy normalizada.

Para las familias es también un modelo asumible que no despierta recelos ni prevenciones, y que a lo sumo puede preocupar cuando algún sujeto abusa notoriamente del alcohol. Pero no es un problema de ambiente ni de la diversión sino, en todo caso, una cuestión personal de carácter problemático.

3.1.2. Sustancias legales

Al decir un consumo «normalizado» nos referimos a que el alcohol, el principal ingrediente, es legal y los consumos que se dan en este ambiente no adoptan rasgos de ilegalidad, de trapicheo o tráfico, o formas de exclusión social. Al contrario, nos movemos en el contexto de los modelos sociales tradicionales, colectivamente asumidos y reconocidos.

A efectos de esta investigación, dentro de este ambiente podemos incluir los casos de «botellón» o «ir de litros», en el argot local, por cuanto reproduce el modelo de diversión de los mayores, aunque incorpore problemas de precocidad en el inicio del consumo o de incomodidades para otros ciudadanos (sin llegar a los extremos de alborotos y desórdenes públicos de otras latitudes, que han dado cierta fama al fenómeno del «Botellón»). Aún así, sigue siendo un consumo que se rige por los patrones de las generaciones adultas, con esa incorporación del hachís, pero no en forma problemática, que se guía por sus mismos ritos, relaciones y estilos de relacionarse y divertirse.

En uno de los grupos de discusión, las jóvenes dijeron expresamente, al hablar del consumo de distintas sustancias: «hay una barrera a partir del alcohol y los porros...» Es un modo evidente de expresar la distancia entre lo asumible, lo «normalizado», y el resto de sustancias, consideradas como algo más problemático.

Pero, en conjunto, el consumo de estos ambientes está bien delimitado: «lo Viejo, las zonas de fiesta, los bares, la calle... son de alguna forma de alcohol y cannabis; y si se mete algo más será algo de speed» (Sonia Bermejo).

3.1.3. Discotecas

El otro gran ambiente de diversión, en el que han de contextualizarse los consumos notorios y habituales de sustancias, es el que gira o se organiza en torno a la música y el baile, el que se concentra, mayoritariamente, en el escenario que ofrecen las discotecas.

En ese escenario, junto a consumos de alcohol y hachís, las sustancias que circulan entre los grupos de jóvenes son las que coloquialmente se conocen como «drogas» por su carácter ilegal. Los consumos de esta categoría que más se dan son los de speed, cocaína, éxtasis, ketamina...¹²⁹ Coincide con la cultura del baile y los consumos que en ella se realizan, según el estudio de Nuria Romo¹³⁰: «A lo largo de los años noventa se popularizan formas de uso de drogas que tienen en las 'drogas de síntesis' y en sus formas de policonsumo la novedad más destacada. Los nuevos consumos no suelen llevar consigo posiciones contraculturales o comportamientos marginales como sucede con frecuencia en el modelo anterior. Nos enfrentamos a nuevas modas, nuevas formas de estar en sociedad, que afectan a grupos importantes de jóvenes relativamente normalizados en otras esferas de su vida»¹³¹.

En este ámbito de encuentro y ocio juvenil, el sentido de dicho consumo está muy ligado a la cultura de la música y el baile, y al estado de ánimo que propician estas sustancias, adecuado –según lo que ha emergido en las entrevistas– a esta modalidad de ocio y diversión de la juventud.

Un matiz importante, que señala el técnico de prevención Guillermo Canales y se corrobora en las demás intervenciones, habla de la propagación de consumos de otras sustancias. Según Guillermo, el speed y la cocaína hace tiempo que salieron de este ambiente y se han extendido al escenario genérico de la fiesta.

3.1.4. Policonsumo

Tanto en uno como en otro escenario, y en las dos vertientes de ocio y diversión juvenil que representan, uno de los datos que definen la presencia y uso de sustancias es la tendencia al policonsumo. Es un hecho en el que están de acuerdo todos los sujetos entrevistados en esta investigación. «Entre mujeres, como en general, (se da) un policonsumo que incluye varias sustancias: las más normales son el alcohol, el rey por excelencia, seguido de cannabis, tanto marihuana como hachís, y luego estimulantes: speed, cocaína y éxtasis. Son las sustancias que más se consumen» (Sonia Bermejo).

¹²⁹ «Y las discotecas, sobre todo por la música, son más el sitio más adecuado para consumir éxtasis, anfetamina, cocaína, ketamina...» (Sonia Bermejo).

¹³⁰ Nuria Romo habla de 'cultura del baile' y 'drogas de baile' para referirse a este fenómeno. «El término 'drogas de baile' ha sido utilizado en el ámbito anglosajón para denominar al grupo de sustancias psicoactivas que constituyen una forma de policonsumo alrededor del éxtasis y entre las que se incluye a los poppers, LSD, speed (anfetamina en polvo), cocaína o hachís, junto a sustancias de comercio legal como el tabaco o el alcohol. Las «drogas de baile» son las drogas de la 'fiesta' o del 'rave', es decir, las sustancias psicoactivas asociadas a la cultura 'tecno'», *Mujeres y drogas de síntesis*. Gakoa, Donostia, 2001. P. 25.

¹³¹ Nuria Romo, *Mujeres y drogas de síntesis*. Gakoa, Donostia, 2001. P. 22.

Esta versión está avalada por los restantes testimonios especializados, así como en las aportaciones de los grupos de discusión. «No hay un consumo específico de una sustancia. Lo que se da en la gran mayoría de los jóvenes es el policonsumo, con la característica de que el alcohol siempre está presente» (Libe Mariscal). «Muy poca gente es solamente consumidora de cannabis. Lo habitual es que se consuma alcohol, cannabis, cocaína; o alcohol, cannabis, pastillas; o alcohol, cannabis, speed; o todas ellas» (Begoña Río y Janire Gazopo).

Sin embargo, este policonsumo no es indeterminado y difuso, sino que sigue unos cánones reconocibles. «Lo más normal entre esas sustancias es el alcohol, porque es legal, y el cannabis, porque ahora mismo aquí está muy normalizado. Se tiene una baja percepción de riesgo, y es muy normal y de uso muy cotidiano. Las otras tres sustancias, speed, cocaína y éxtasis, ya suenan a ‘drogas’, con mayúsculas, a drogas serias, y se tratan con un poco más de prudencia; se espera unos cuantos años a consumir» (Sonia Bermejo).

«Hemos hecho un estudio de lo que se consume y dependiendo los ambientes en que se mueven se consumen diferentes sustancias. Los que se mueven por discotecas, espacios de baile, consumen más pastillas, ketamina. La cocaína se consume en todos los ambientes. La gente que se mueve por el casco viejo, la gente «borrokill», recurre más al cannabis, la cocaína y el alcohol» (Libe Mariscal).

Tabaco

Uno de los rasgos del fenómeno analizado que surge en todas las entrevistas es la tendencia al policonsumo de sustancias en este ambiente de ocio juvenil. Ahí se consumen, desde sustancias legales como alcohol o tabaco, hasta las drogas más atípicas o ilegales.

Sin embargo, hemos dejado fuera de este estudio el tabaco, aunque seguramente será un importante elemento de influencia en todos los procesos personales de consumo de otras sustancias. Supone un recorrido hipotético similar a otras sustancias consumidas: rito de paso de una edad a otra más adulta, señal de madurez en el contexto juvenil, prohibición previa, rebeldía, deseo de autonomía, etc. Pero lo hemos dejado fuera porque responde a otras claves, y no encaja estrictamente en los consumos de diversión y ocio. Sus características de consumo son diferentes; corresponde probablemente a edades más tempranas que las elegidas para esta investigación, y las circunstancias de inicio (seguramente la primera sustancia de esta naturaleza que se consume), de introducción en el hábito público, de dependencia, de normalidad social, etc, son muy distintas a las de otras sustancias.

El tabaco no encaja exactamente en la categoría de consumos de ocio y diversión, aunque obviamente también esté presente.

3.1.5. Frecuencia de consumo

La frecuencia de los consumos que se practican va ligada al tipo de sustancia de que se trate. El cannabis se consume de forma aleatoria, al estilo del tabaco, sin atenderse a un lugar o momento determinado. «Lo que se diferencia es el momento en que se utiliza la droga. El cannabis es algo habitual. Como para un fumador de tabaco. No es algo destinado a pillar un morón, o un colocón, ni nada parecido, sino un consumo de cannabis, algo habitual en ellos. Sin embargo, un consumo de cocaína, o pastillas, sí se da en un ambiente de fiesta, en un consumo de fin de semana, y son policonsumidores» (Begoña Ríó y Janire Gazopo).

Sería discutible, a tenor de otros testimonios recogidos, que el uso de la cocaína se limite al ambiente de fiesta y a las ocasiones de fines de semana.

El alcohol, por su parte, sí encuentra su espacio propio en los consumos de fin de semana, en los encuentros de grupos y cuadrillas. Las demás sustancias se concentran en las salidas de fiesta a las discotecas. «Te encuentras con dos o tres casos que consumen cocaína entre semana, cocaína fumada, de forma habitual, pero no es la norma general. Los consumos de pastillas, speed, tripis, se dan en fin de semana» (Begoña Ríó y Janire Gazopo).

3.1.6. Niveles de consumo

Dentro de estos escenarios, el consumo de sustancias que se practica encaja dentro de una serie de prácticas y procesos habituales en situaciones de la adolescencia y la maduración de los individuos. En esos procesos juveniles de maduración se dan diversos grados o escalas de consumo. Como explica Manu González de Audikana, estos niveles de consumo corresponden a diversos factores socioculturales, psico-afectivos y fisiológicos.

Según González de Audikana (Etorkintza), se pueden distinguir distintas fases o etapas de consumo de sustancias en la actualidad. Existe un primer nivel que podemos calificar de *consumo iniciático*.

«Un nivel iniciático, en el que encontramos los primeros consumos, la experimentación y el uso moderado. En estos consumos la sustancia no produce daño directamente y el uso se explica desde los factores socioculturales»¹³².

¹³² González de Audikana, Manu, *Observaciones en torno al proceso de consumo de drogas entre adolescentes y jóvenes*, en obra conjunta de Javier Elzo y al., *Drogas y escuela VI. Evolución del consumo de drogas en escolares donostiarras (1981-2002)*, Escuela Universitaria de Trabajo Social, Donostia-San Sebastián, 2002.

Hace cuarenta o sesenta años no existía cultura ni prácticamente figura juvenil. No existía la juventud como categoría social. Ser joven era una edad, y socialmente era un momento de paso entre la infancia y la plena responsabilidad del ser adulto. Las personas salían del espacio infantil y pasaban directamente a ser miembros adultos de la sociedad con plena responsabilidad y completa asunción de roles y tareas. El niño o la niña que dejaba de serlo se ponía a trabajar enseguida y adoptaba una personalidad como esposo, ama de casa, obrero, profesional...

Esa transformación, que entonces se realizaba a través de varios ritos de paso, plenamente reconocidos (matrimonio, titulación u oficio profesional, servicio militar...), hoy no funciona del mismo modo, y emerge, entre la infancia y la madurez, una etapa de transición, la juventud, que se prolonga durante un lapso de tiempo que oscila entre los dos o tres años y, en casos extremos, más de diez. Desde hace unas décadas esta figura juvenil, que dispone de un espacio central, unas señas reconocibles, maneja abundantes recursos, marca sus tiempos, sus propios ritos, sus propias actitudes, se mueve en la ambigüedad de roles y responsabilidades, entre el aprendizaje, la obediencia familiar y una creciente libertad.

Según se deduce de la presente investigación, en los contextos de ocio y diversión, uno de los espacios centrales de la existencia cotidiana de esta figura juvenil (junto al espacio familiar, en retroceso, el escolar, y otros), el consumo de determinadas sustancias viene a cumplir la función de rito de paso. El riesgo, la demostración del valor, el significado del rito colectivo, en que se funda el grupo de amigos y amigas, la rebeldía ante la prohibición de la sociedad adulta (la ruptura del tabú), la autoafirmación ante el entorno social, se realiza en estos contextos a través de determinadas prácticas. Son las primeras borracheras, los primeros cigarrillos, los primeros porros...

Es una forma ritual de imitación de lo que hace el grupo de iguales, de acceso a ese estatus, que se viene a producir en el 100% de los casos de jóvenes. Es un acto simbólico; son símbolos que los sujetos utilizan para dejar de ser niños y para pasar a ser jóvenes. Como afirma Manu Audikana, «un montón de consumos se sitúan ahí, y afectan al 100%».

Desde la perspectiva del técnico de Etorikintza, «eso llama mucho la atención de los adultos, pero consideramos que no es problema, porque esos consumos simbólicos tienen el sentido de poder decir que 'ya no soy un niño'. Como para nosotros fueron los primeros cigarros o el decir me fumo un porrito o dos. Me cojo mis primeras borracheras, o incluso puedo consumir algunas anfetetas, algún speed, depende un poco del ambientillo en que estés».

En una sociedad que se va desritualizando, en la que quedan cada vez menos rituales, éstos son siempre necesarios. Ocurre que se abandonan unos ritos tradicio-

nales y el cambio social hace que se inventen, se ritualicen otras conductas, se dé significado trascendente a determinados gestos y conductas. Como tener para muchos hoy prestigio social es disponer de un coche grande.

Volviendo al inicio, en estas circunstancias muchos de esos consumos van a desaparecer. Los y las adolescentes se resitúan, pasan a una siguiente edad y ven que eso de emborracharse no les conduce a nada. Ven que emborrachándose no se liga, y les interesa más ligar, relacionarse, y quieren estar con la cuadrilla charlando y emborracharse de vez en cuando pero no siempre, e incluso hay quien le saca partido a los porros. El consumo iniciático acaba normalizándose, sin constituir, para la mayoría, una conducta de riesgo.

3.1.7. Consumo normalizado

Una gran parte de esos consumos desaparece y otra parte permanece dentro de unas dimensiones aceptables, controlada, y no ocasiona trastornos. El alcohol, consumido de forma razonable, no afecta a nuestra psique ni a nuestra fisiología. Ayuda a disfrutar de la vida, a relacionarnos, a saborear una comida, y basta. En el presente algo parecido ocurre con el cannabis. Se sabe de muchas personas adultas que llevan una vida normal, consumen alcohol o cannabis y no les genera ningún problema.

Es decir, junto al consumo iniciático de la generación joven, existe otro consumo normalizado, de carácter cultural, asumido, espaciado, sin dosis excesivas, que no genera problemas en la medida en que encaja en las formas de vida habituales, sin trastornarlas.

3.1.8. Consumos de riesgo

Existe un segundo nivel, tras el iniciático y el normalizado. Fuera de esos comportamientos más o menos exploratorios, rituales o controlados, se practican unos consumos de riesgo o problemáticos y otros de abuso. De riesgo, porque empiezan a consumir con cierta frecuencia, y empiezan a descontrolar. Y no sólo por la cantidad de la sustancia, sino sobre todo por la importancia que tal vez se le otorga. Por la valoración que se hace del ritual y del consumo.

Este segundo paso representaría «un nivel problemático de consumos que rebasan la moderación y se acercan al abuso, en el que se pueden observar daños. A los factores socio-culturales se suman deficiencias en los procesos psicológico-afectivos y psico-sociales»¹³³.

¹³³ González de Audikana, Manu, *op. cit.*

Por fin, «en el tercer nivel se encuentra la dependencia a la sustancia, y se produce porque a las influencias de los factores socioculturales y psicológicos se suma la dimensión fisiológica de encuentro entre la sustancia y el organismo humano».

Aquí empezamos a descubrir que al elemento cultural, simbólico, de rito de paso, se unen otros elementos más psicológicos y sociales, otro tipo de dificultades personales, psicológicas y sociales, para dar este paso hacia el riesgo.

Al decir consumo problemático precisamos que existen otras deficiencias personales, importantes, significativas, que hacen que el sujeto no se limite al consumo normalizado. Que no controle. Que empiece a prestar demasiada importancia al rito en sí mismo, que valore mucho el gesto y el abandono que conlleva, que valore demasiado y permanezca estancado en la fase de los amigos, y no la supere para dar paso a otra fase de desarrollo personal.

Diversos factores psicológicos y psicosociales hacen que una persona se mueva en el límite o, incluso, sobrepase el borde del riesgo. Además, en función de que no resuelva esas dificultades, el consumo contribuye a que el sujeto recurra más a esa sustancia, o se encierre todavía más, o se oriente hacia los grupos más desviados, más alejados de lo que es la vida normalizada de asunción de responsabilidades, de crecimiento y maduración.

La misma sociedad proporciona culturalmente lugares para ello. Vivimos en el contexto de un modelo de sociedad que genera una presión psicológica muy clara, una presión social, digamos casi anómica, dirigida hacia el éxito profesional, a ser tenido en cuenta, a ser una persona importante. Hay que triunfar en la vida para ser alguien, y los sujetos sufren mucho esta presión en la etapa de la juventud en la medida en que han de situarse y encontrar su lugar en el mundo. Cuando el individuo no llega a ser una persona importante, porque no triunfa en unos estudios, o no tiene un buen trabajo, o lo que sea, busca un mecanismo de compensación, una forma de buscarse la vida, un saber desenvolverse, aunque sea en ámbitos marginales, porque maneja droga, porque se mueve en ambientes nocturnos o demuestra otras habilidades. Y la misma sociedad promueve ese tipo de opciones. Favorece ese reconocimiento, a través de figuras lamentables, promovidas incluso públicamente en los medios de comunicación, tales como el empresario-delincente o el proxeneta-espectáculo que encuentra público en Crónicas Marcianas.

La sociedad ofrece modelos de éxito social a sus miembros más inexpertos y jóvenes. Como apunta Manu Audikana, «el tema del Gran Hermano es un ejemplo; todo eso de los famosos, que venden su vida, que son personas importantes, que triunfan por vías alternativas a las profesionales del esfuerzo y el trabajo». Este fenómeno mediático, además, hace que se abandonen valores de solidaridad, comunitarios, de atención a las personas mayores, etc.

Desde otra perspectiva, muchas de estas dificultades psicológicas o psicosociales con que tropiezan determinados sujetos, de socialización, orientación, emocionales, de encaje en grupo, encuentran un referente en ciertos elementos culturales, en valores o modelos que la propia sociedad pone de relieve.

Sabemos que en el presente la publicidad y en general los códigos culturales divulgan los valores de la satisfacción inmediata, de la evasión, del individualismo, de no sufrir lo más mínimo, etc. El consumo de sustancias o los procesos de diversión y ocio encajan en los procesos de socialización de estos sujetos, y las personas buscan en ellos un referente sobre el modo de comportarse, o cómo compensar una situación de desatención familiar, de baja autoestima, etc. Son procesos compensatorios, alternativos, que permiten recuperar una cierta autoestima, porque funciona un elemento cultural que les permite recomponer su situación. Los procesos psicológicos y sociales van ahí encajando.

El esquema que propone Manu Gz. de Audikana es:

Tabla I. Niveles de consumo¹³⁴

	Iniciático	Problemático	Dependencia
Grupos de factores que influyen	Socio-cultural	Socio-cultural Psico-social Psico-afectivo	Socio-cultural Psico-social Psico-afectivo Fisiológico

Digamos que de los testimonios recabados podemos concluir que la mayor parte del consumo recreativo que se practica en nuestro entorno recae dentro de la primera categoría, en calidad de prueba (consumo iniciático) y de uso normalizado.

Los sujetos prueban las sustancias, como lo hacen con el alcohol, en el contexto de sus relación con el grupo de iguales, «con pautas diferentes a las tradicionales (...) y como parte consuetudinaria del «ser joven»¹³⁵.

En los casos en que este modo de consumo da paso a un consumo problemático, la opinión generalizada coincide en afirmar que en estas edades y en este ámbito del consumo de diversión no se trata de un problema de drogas, sino de otro tipo de problemas, personales (psicológicos, psicosociales, afectivos...), escolares, familiares, etc, que emergen a través de esta manifestación. Es decir, que el consumo no

¹³⁴ González de Audikana, Manu. *op. cit.*

¹³⁵ González de Audikana, Manu. *op. cit.*

sería el problema sino el síntoma, aunque evidentemente en la medida en que se establezca o dé paso a formas de consumo aún más agresivas (abuso, dependencia) acaba por convertirse en un grave problema en sí mismo. «Cuando aparecen problemas en otras esfera de la vida, en los estudios o en las relaciones con la familia, surgen mayores probabilidades de caer en un consumo problemático o abusivo. Para nosotros el consumo problemático o abusivo nace por problemas emocionales que, al no encontrar vías de respuesta, se intentan tapar bien con las drogas, bien con la comida, comiendo mucho, comiendo poco, bien con el juego, con cualquier adicción» (Sonia Bermejo).

3.1.9. Fetichismo

En torno a las sustancias psicoactivas la sociedad mantiene, en términos generales, una actitud poco realista, poco práctica, y cargada siempre de prejuicios y representaciones estigmatizantes. No entraremos en reflexiones y valoraciones suficientemente desarrolladas en otros estudios y trabajos. Pero sí resulta necesario centrar la apreciación habitual de la sociedad en torno a estos consumos.

Tras una larga tradición de rechazo y represión, en la que dominaba la satanización de las drogas calificadas de ilegales, en el contexto de la diversión en que situamos este estudio, entre la permisividad o la inconsciencia de padres, madres y familiares en general, ahora se asiste a una banalización, una trivialización del consumo.

Se ha puesto el énfasis, durante años, en el carácter peligroso y letal de toda sustancia que no estuviera censada y bendecida, actitud que, al perder credibilidad por ausencia de muertes, oscila hasta el extremo contrario del péndulo, y se contempla el uso de algunas drogas como un juego divertido de efectos inocuos e inocentes.

En todo caso, se sigue dentro de una misma comprensión del fenómeno. Se desvirtúa el verdadero efecto, y se entiende que son las drogas el elemento clave. Se asiste, así, a una cosificación del proceso, que encubre un claro fetichismo por parte de los sujetos que intervienen. El fetiche es un objeto dotado de propiedades mágicas, poderes superiores o maravillosos que en realidad sólo existen en la mente de la persona que lo utiliza. El fetichismo consiste en contemplar la experiencia de la vida y la relación del sujeto con el entorno a través de procesos cargados de significados esotéricos: peligrosos, extraños, mortíferos, tabús, extraordinarios...

En este caso ocurre eso mismo. Como es natural, el poder de cualquier droga está en la experiencia que proporciona. Y esa experiencia viene vinculada al sujeto; cada cual es protagonista de su fenómeno y sus sensaciones. Está ligada a las propias condiciones personales del individuo, su madurez, su personalidad. Hoy, sin embargo, el protagonista por antonomasia es la sustancia y todo gira alrededor de sus poderes, su carácter o sus propiedades.

De esa cosificación y fetichismo, de esa desvirtuación de la realidad que proporcionan las sustancias, se deriva una magnificación de sus propiedades, una consideración de sustancias maravillosas o temibles, fuera de la normalidad, que entra fácilmente en el terreno del moralismo y deriva inmediatamente hacia su utilización por poderes interesados. Y estos poderes son diversos. De ese fetichismo se aprovechan desde los gobiernos, con sus políticas de «tolerancia cero», hasta los poseedores de la moral (predicadores de distinto pelaje y parroquia), pasando por las mafias y delincuentes del narcotráfico.

3.1.10. Presencia femenina

Ya que lo que nos interesa en esta investigación sobre consumos recreativos es la perspectiva de género, en lo que representa el consumo de las jóvenes, en cómo les afecta, cómo lo viven o cómo intervienen ellas, y sus derivaciones hacia el conjunto de la comunidad, digamos de entrada que tanto en un ambiente como en otro el fenómeno del consumo de drogas es, en líneas generales, mayoritariamente masculino.

Las jóvenes concurren en el ambiente, intervienen en el consumo, pero siempre en menor proporción, con menor presencia y siempre con su consumo menor y más comedido.

Como señala Sonia Bermejo, «por ejemplo, los *after hours* están llenos de chicos; hay muy pocas chicas; los *after hours* son los bares que se abren a partir de las 9 de la mañana, hasta pasar todo el fin de semana. En ellos se congrega una proporción muy superior de chicos, alrededor de un 80-90 % varones, frente a la proporción inversa de chicas. Del diez al veinte por cien. Y en los *after* del domingo, a la tarde, igual no encuentras más de dos chicas».

También, a la hora de establecer la proporción de personas que consumen en clave de género, las educadoras de Etorikintza en Barakaldo refuerzan este dato: «En lo que vemos en el ambiente hay más jóvenes varones, un 75 %, frente a un 25 % de mujeres».

3.1.11. Categorías sociales

Al hilo de esta definición del fenómeno, es difícil hablar de unas categorías sociales o factores de influencia claramente discernibles. Estamos en un «ambiente», y no en unas circunstancias sociales condicionadas por factores estructurales, sean de clase, de status, nivel social o simplemente por razón del nivel de estudios. En el ambiente, a esas edades, las jóvenes buscan relacionarse, salir del estrecho entorno familiar en que han crecido hasta entonces, e interactúan de un modo diverso y transversal.

Se relacionan todos con todas, al menos aquí, en el ámbito investigado, en una sociedad no demasiado clasista como es la vasca, en la que las diferencias sociales no son extremas. Para que nos entendamos, pueden ser más significativas las diferencias geográficas, tales como ser de una gran ciudad como Bilbao, de otra mediana como Donostia o Gasteiz, o de una pequeña población como Lazkano o Lekeitio. Pero ni aún en este caso este dato es determinante, cuando las estudiantes se encuentran y relacionan en los centros de enseñanza, especialmente en la universidad, y en cualquier caso en los lugares de diversión, sea el casco Viejo de Bilbao o Gasteiz, las fiestas locales de cualquier localidad costera o del interior, o en la discoteca de moda de la Ruta del Bacalao de turno.

3.1.12. Motivación

Precisamente, esta explicación nos sitúa ante el principal aspecto del fenómeno, a tenor de las versiones y referencias que aportan especialistas y profesionales que han participado en las entrevistas de esta investigación. La primera motivación de las jóvenes, en este contexto, y específicamente cuando se acercan al consumo de sustancias, es la de «relacionarse».

Bien sea porque quieren relacionarse con una cuadrilla de chicos en el contexto del ambiente en que se encuentran con jóvenes de su edad, o integrarse en un grupo mixto, o acercarse a un joven determinado, porque les interesa o se sienten emocionalmente atraídas, las chicas se acercan al consumo para facilitar esa relación. Es un medio, y no un fin en sí mismo.

Posteriormente pueden asumir ese consumo como parte integrante de la diversión, como un elemento del ocio. «Tal como están las cosas ahora este uso de las drogas responde a esa segunda opción, a un contexto lúdico en el que las drogas se entienden cada vez más como un elemento más de la fiesta. Y aunque dependiendo de las sustancias sí se ve un cierto factor de riesgo, el consumo es cada vez más un elemento del kit de ocio. Como tu ropa...» (Sonia Bermejo). Pero en un primer momento el consumo es ese medio de acceso a las relaciones y de integración social.

3.1.13. Modelos de comportamiento

Perduran en el ambiente viejas formas sociales, sobre todo en roles de comportamiento y expectativas. Como se establece en otro apartado de estudio, se asiste al retorno de esquemas machistas entre los jóvenes que acuden a la diversión de las discotecas y que se involucran en un consumo continuado.

Lo enuncian Bego y Janire (Etorkintza) cuando explican el sistema de valores que revelan los jóvenes varones del ambiente de consumo en que se mueven y con quienes trabajan en su módulo de educadores. «Para ellos la novia perfecta es la que

no consume, la que estudia o trabaja, la que se está todo el día en casa. Ésa es la novia perfecta para ellos. Ellos diferencian a la amiga de la cuadrilla, que consume junto a ellos, a la que quieren mucho, eh, y es esa amiga confidencial a la que le cuentan todo, porque es como una más de la cuadrilla, una más de nosotros... Pero como novia no quieren a una consumidora». Habría muchas reflexiones que sacar de esas frases. Pero dedicaremos otros apartados más específicos a tales implicaciones.

3.1.14. La familia

Una de las claves básicas para entender estos comportamientos es la influencia de la familia en la vida de sus miembros jóvenes. Más allá de factor de socialización y de componer un ámbito privilegiado de convivencia, tareas en las que la institución familiar se encuentra en franco retroceso, desplazada por los centros de estudios y por los medios de comunicación audiovisuales, sigue sin embargo ofreciendo un ámbito emocional, de sentido y de ubicación existencial para las personas de estas edades.

Ello repercute de muchas maneras. De entrada, las relaciones directas influyen enormemente en las actitudes que adoptan los sujetos. Aunque según se aprecia no actúa del mismo modo en cada género. Sonia nos ilustra en este aspecto al referirse a su trabajo en el módulo itinerante del programa de testing. «Los chicos también hablan mucho de su madre; la madre es un excelente factor de reducción de riesgos. Hay un miedo enorme a disgustar a la madre. Porque se acuerdan mucho de ella cuando les preguntamos. Las chicas, en cambio, no hablan de su madre o algo similar. Hablan más de que eso no me conviene, esto es peligroso, paso de ese rollo, porque me puede dar problemas, centradas más en sí mismas».

Más allá de notas curiosas, las opiniones consultadas coinciden en que los modelos de conducta se aprenden en buena parte en familia, y los estilos de consumo de sustancias se trasladan, en grado muy alto, de padres-madres a hijos-hijas.

«Lo que ven en casa se graba a sangre y fuego; son los patrones de conducta que te enseñan, te dan un modelo de cómo responder ante determinadas situaciones. En ese sentido, si tú has visto a tu padre potear mucho, o a tu madre que cada vez que tiene un dolor recurre a la pastilla, a la aspirina, tú vas entendiendo que es lo normal y lícito, lo que se hace. Y en los consumos actuales hay mucho de ello, mucho de haber visto, como algo normal; si mi madre se toma un tranquilizante y mi padre un coñac, ¿por qué no voy a fumarme un porro? Esto se lo preguntan muchísimos jóvenes. No entienden el por qué de una reprobación, cuando hay esos comportamientos, muy parecidos, socialmente aceptables» (Sonia Bermejo).

3.2. ESPACIO MASCULINO

A la hora de entender las actitudes y los comportamientos que se manifiestan en los espacios de diversión y ocio, y más concretamente en las discotecas, como escenario paradigmático de los consumos de drogas de diversión, emergen rasgos y circunstancias que dan a entender un dominio manifiesto de los varones, de su estilo de moverse, divertirse y relacionarse, y en definitiva que llevan a pensar que el citado terreno es predominantemente masculino.

3.2.1. Presencia

Por ejemplo, Guillermo Canales afirma al referirse al menor consumo de drogas por parte de las jóvenes: «otro motivo de que los itinerarios sean más breves es porque consumen menos dosis de estimulantes, se cansan antes, y sobre todo, la razón principal, no se sienten a gusto en los locales de última hora, los *after hours*». No se sienten a gusto, sobre todo a medida que avanzan las horas, hasta el punto de que, como afirma Sonia, «por ejemplo, los *after hours* están llenos de chicos; hay muy pocas chicas. En ellos se congrega una proporción muy superior de chicos, alrededor de un 80-90 % varones, frente a la proporción inversa de chicas. Del diez al veinte por cien. Y en los *after* del domingo, a la tarde, igual no encuentras más de dos chicas» (Sonia Bermejo).

3.2.2. Orgullo masculino

Pero no es simple cuestión de gusto y presencia. Si se da esa proporción masculina mayoritaria, y las jóvenes se sienten a disgusto en dicha aglomeración, es porque sus estilos de consumo (y de diversión) son distintos. «Hemos visto que las chicas, aunque consuman drogas del tipo éxtasis, speed o cocaína y estimulantes, tienden a no mezclar ni hacer alarde de sus consumos. A mantener más el tipo, y que no se les note que están colocadas» (Guillermo Canales). Es decir, el comportamiento es distinto. Los varones tienden a consumir sustancias en medio del alarde de sus excesos, y con el dato de que, al notárseles que están colocados, se sienten confortados, en su elemento. El consumo masculino lleva aparejado, así, un cierto orgullo por el acto. El femenino, por el contrario, una cierta vergüenza o pudor. El joven exterioriza la reacción y la hace visible. La joven la disimula, para no cargar con ciertas imágenes negativas que el cuelgue puede suscitar en su entorno.

3.2.3. «Comebolsas»

Por añadidura, además de que una chica colocada está, implícitamente, peor considerada, se pone en disposición de ser acosada sexualmente. «Parece que muchos chicos consideran que son más fáciles las que están a última hora, o cargadas

de alguna sustancia. Hay muchas noches, muchas músicas, y depende del grupo, del estilo. Pero en los ambientes más bacaladeros, más maquineros y marginales, se da una vuelta a actitudes machistas. Y ¿en qué se aprecia? En que existen términos despectivos. Si una chica acepta que la inviten a una raya, la llaman «comebolsas» (Guillermo Canales). Es lo que decíamos de la peor consideración de la joven que consume, estigma que se mezcla con la presunta disposición al abordaje sexual («más fáciles»), reforzado todo ello por esa apreciación de la vuelta a actitudes machistas.

La valoración que realiza el entorno (y así lo manifiestan en los grupos de discusión las propias jóvenes que acuden a las discotecas) es negativa para ellas, en forma de estereotipos despectivos y degradantes, a diferencia de la de los chicos.

3.2.4. Acoso

Como se explica en otro apartado, la presión de carácter sexual que imprime el joven en las horas de ocio, combinada en ocasiones con la agresividad masculina que explican las jóvenes, es fuerte, constante y omnipresente.

Es una circunstancia que se enuncia abiertamente. Guillermo Canales la explica del siguiente modo: «hemos observado que grupos de chicas nos manifiestan que prefieren salir en ambientes gays o de homosexuales masculinos, o lo que se llaman locales mixtos, donde conviven heterosexuales y homosexuales. Porque se sienten menos juzgadas, menos acosadas, más cuidadas, y porque existe en ese tipo de locales menos agresividad. Ellas comentan: «Es que te dan un pisotón y te piden perdón». Cosa que en otros sitios te miran con mala cara».

Como se ve, el dominio masculino se manifiesta, en esa impresión subjetiva, en esas apreciaciones de sentirse «juzgadas, acosadas y (menos) cuidadas». La agresividad masculina refuerza exponencialmente estas sensaciones.

3.2.5. Oficios y roles sociales

Por fin, otro mensaje simbólico, estructural e inconsciente que se difunde en estos ambientes proviene de la propia organización del gremio profesional que los atiende. «En el aspecto laboral de la hostelería nocturna vemos que los puestos de relaciones públicas, de gerente, encargados, disjokeis, están ocupados por hombres, dejando a las mujeres en funciones de camareras o gogós. Vuelve en parte también, a todo el gremio de la hostelería, la dicotomía de la mujer: es una santa o es una puta» (Guillermo Canales). Como apuntamos, en este espacio las actitudes, los gestos de dominio y orgullo, la propia organización laboral, expresan una clara dicotomía de género en la que prevalece, sutil pero evidentemente, la presencia masculina como dominante.

Estamos ante un espacio propiamente masculino. Quizás porque, en su condición de espacio público, se superpone al tradicional ámbito del varón, un espacio de diversión colectiva derivado de la esfera pública en que históricamente se ha desenvuelto el patriarcado dominante.

3.2.6. Trapicheo

En lo que se refiere a la distribución de las sustancias, en líneas generales, su búsqueda y trapicheos se gestiona mayoritariamente en manos masculinas: contactos, negocio, adquisición... Obviamente, esto es más acusado aún cuando estas operaciones entran en el terreno de la delincuencia: tráfico, amenazas, delitos... Ahí la presencia masculina es indiscutible.

3.2.7. Deseo de relacionarse

Por otra parte, las chicas confiesan a menudo que su primera motivación para iniciarse en el consumo de sustancias estriba en el deseo de relacionarse. Relacionarse con chicos, con alguno que les guste en particular, o con grupos de amigos en general. Luego posteriormente se da el paso de incorporar el consumo de drogas como elemento componente de la diversión, en un segundo término. Pero en la primera instancia, el motivo de prueba y acercamiento es el de relacionarse con chicos. Como dicen las educadoras de Baracaldo (Begoña y Iñire), relacionarse «con chicos malos». Es un factor de atracción, y los chicos están en su ambiente.

No ocurre a la inversa, y no son los chicos los que se trasladan a un espacio femenino en busca de relaciones, o por sentirse a gusto, o por lo que sea. Este es un espacio de diversión en el que los jóvenes se desenvuelven a su modo, intrínsecamente masculino, y al que acuden las jóvenes.

3.3. CONDICIONES, FACTORES Y PRESIÓN SOCIAL

El fenómeno que se intenta analizar debe ser contemplado a partir de varias aproximaciones y en relación a varias circunstancias que en él influyen o lo constituyen. Hay que tener en cuenta los consumos que se practican, los escenarios en que se sitúan los usos, la presión social o de cualquier otro tipo que se da sobre las personas que intervienen... y en definitiva pasarlo todo ello por el tamiz que la realidad social de la mujer supone.

Hemos de partir del dato de que todo este fenómeno de ocio y consumo de drogas se realiza en medio de un cambio global del modelo femenino, de roles,

de presencia de la mujer en sociedad, de nuevas tareas y responsabilidades, etc., en el contexto de una cultura del triunfo personal y profesional, que impone a los individuos altas exigencias.

3.3.1. Modelo social

De entrada, vivimos en esta época y lugar en una sociedad de corte post-industrial, que no pretendemos analizar, pero que impone a los individuos fuertes presiones en el sentido de exigirles modelos de comportamiento y conducta. La normalización que ello conlleva está definida, entre otros, por el paradigma del éxito social y el triunfo personal. De cualquier tipo; comúnmente se trata del éxito profesional y económico, como fórmula más inmediata; pero también sirven el éxito deportivo, artístico... Otras formas, más atípicas, en una escala inferior, pueden ser el aparecer en televisión o incluso llegar a ser un delincuente famoso. Lo que sea, que permita destacar al individuo en público.

Este valor social se traduce en una fuerte presión familiar, del sistema (educativo, de los medios de comunicación, de valores que se difunden...), que puede trasladarse hasta el grupo de iguales, que ejerce sobre la persona una carga que genera angustia, que en caso de fracaso puede crear desequilibrios emocionales y desencadenar conductas problemáticas o compensatorias de evasión.

3.3.2. Roles tradicionales

Otro tipo de presiones, en el contexto que venimos observando, viene determinado por la existencia de roles tradicionales y antiguos modelos de comportamiento normalizados. Pueden considerarse superados o desfasados, pero su influencia persiste.

Este factor, que choca en apariencia con la tendencia políticamente correcta de la igualdad de las mujeres (en derechos, dignidad, acceso igualitario a espacios sociales...) se mantiene sin embargo sólidamente anclado en los prejuicios de la población, en los temores, en las costumbres. Varios de los entrevistados han hecho alusión a la vuelta de los valores machistas más rancios entre las nuevas generaciones (al menos en el espacio de diversión en que nos hemos situado; lo cual será, probablemente, síntoma de otros espacios más generales).

Esta asignación de roles de género se materializa en la formulación de categorías sociales, de estereotipos y estigmas degradantes que se descargan sobre los sujetos (en nuestro estudio, sobre las jóvenes) que destaquen por cualquier conducta que, frente a dichos prejuicios y roles, aparezca como autónoma, rebelde o, en resumen, desviada.

3.3.3. El culto a la imagen

Otra versión de estos roles tradicionales orienta la presión social hacia la eterna cuestión de la necesidad de gustar de las mujeres frente a los hombres. En el rol clásico, el éxito femenino reside en cautivar al oponente masculino, y de ello sigue que la joven deba someterse no ya a un cuidado de su físico permanente, sino además a unos modelos de belleza determinados y atosigantes.

El culto a la imagen, la esclavitud del imperativo de ser bella, no sólo intervienen en la personalidad de las mujeres y en su ser ante los demás, sino también en sus relaciones consigo misma. Su autoestima, su seguridad personal, su autonomía...

Sin entrar en estos extensos ámbitos sociales, personales y relacionales, digamos que la presión de los modelos culturales en boga, las figuras femeninas que se imponen a través de la televisión, la moda y otros medios audiovisuales, intervienen directamente en las actitudes y comportamientos femeninos ante las drogas.

Sonia Bermejo, de Ailaket, destaca dos posibles tendencias en la presión que adquieren estas circunstancias relacionadas con el efecto que las sustancias producen en el imaginario de las jóvenes. «El tema de la imagen puede desembocar en dos formas de presión; pueden utilizarse las drogas para adelgazar, o al contrario. El alcohol me engorda; el speed hace que me salgan granos en la cara. Como yo quiero estar guapa, voy a moderarme un poco con esto, porque no quiero. No quiero engordar ni tener mala imagen».

Esta apreciación, de hecho, se materializa en una doble vía. Por un lado la prevención hacia el consumo de determinadas sustancias que deterioran la belleza de las chicas. El alcohol, como dice Sonia, engorda. Se consume con moderación. Pero a la inversa, el speed o la cocaína adelgazan. Son diversos los testimonios que coinciden en señalar el factor del adelgazamiento como favorable al consumo de estos estimulantes.

3.3.4. Presión sexual

Un tercer grupo de cargas o formas de presión que se detecta en el cuadro investigado es el que se forma en el ambiente de diversión en sí mismo. Aunque sea un entorno liviano, de esparcimiento, sin apenas obligaciones o responsabilidades (de hecho estamos en un ambiente de evasión, de carácter interclasista, donde se mezclan todo tipo de personas y clases sociales), en el que apenas se manifiestan los rasgos, las obligaciones, los condicionantes de la estructura social, que parece aparcar en el ocio sus imperativos y determinaciones, sin embargo se impone con extraordinaria potencia la pulsión sexual del ambiente.

Cuando hablamos de presión sexual, por favor, no pensemos en el acoso o la agresión, aunque en ocasiones se den. En general, más allá de hechos puntuales y la-

mentables, es una constante del ambiente. Detrás de la diversión, de la relajación de los convencionalismos y responsabilidades, de la desinhibición que facilitan las sustancias cuando se consumen, se esconde, siempre latente, la presencia insistente del deseo masculino.

Lo apunta Sonia Bermejo, miembro de Ailaket: «Una cosa que se da en la fiesta es un cierto acoso de los chicos sobre las chicas. Hay una presión sexual bastante fuerte. A veces te sientes, como mujer, coartada en tu libertad. Si te pones a bailar en una discoteca y vas con escote abierto enseguida se te hace un corro de chicos que se hace insoportable, y que aumenta con las horas. Es una de las razones por las que las chicas pasamos. Es que te sientes como una presa».

La versión que citábamos antes, expuesta por Guillermo Canales¹³⁶ («*en otros sitios te miran con mala cara*»), insiste en señalar la agresividad que se acumula en los ambientes de diversión a medida que avanza la noche. Una de las expresiones de esa agresividad se manifiesta en forma de presión masculina sobre las jóvenes. Aún sin entrar en situaciones de abierto acoso sexual, incluso en su forma más leve, es constante. Si diéramos la vuelta a las palabras de Guillermo, significaría que en el ambiente habitual las jóvenes se sienten «*juzgadas, acosadas, menos cuidadas, y existe más agresividad*». Una forma clara de constatar la presión en que la diversión se desenvuelve.

Esta carga permanente es la que obliga a las jóvenes a que sean más precavidas y se muevan con el aviso de esa presencia siempre encendido, *in mente*. Alcanza a los padres y madres de las chicas, que la conocen, que mantienen más corta la rienda, y ejercen más control, más vigilancia, normas más estrictas, más preocupación por sus hijas que por sus hijos cuando salen de noche. Se nota, de otro modo, en los *after hours*, de donde las jóvenes se retiran antes.

En cualquier caso, tampoco se puede olvidar que el deseo de relacionarse es una de las razones por las que muchas jóvenes se acercan a estos ambientes y una de las motivaciones por las que se inician en el consumo de drogas.

3.3.5. Otras presiones: igualitarismo, autonomía personal

Las presiones que se ejercen sobre las jóvenes desde el entorno que las rodea y de la confluencia de distintos factores y procesos sociales es de diversa naturaleza.

¹³⁶ «Grupos de chicas nos manifiestan que prefieren salir en ambientes gays o de homosexuales masculinos, o lo que se llaman locales mixtos, donde conviven heterosexuales y homosexuales. Porque se sienten menos juzgadas, menos acosadas, más cuidadas, y porque existe en ese tipo de locales menos agresividad. Ellas comentan: ‘Es que te dan un pisotón y te piden perdón’. Cosa que en otros sitios te miran con mala cara» (G. Canales).

De este modo, otras formas de presión diferentes de las citadas les llegan desde la articulación compleja de diversas circunstancias. Se exige de las mujeres que respondan a nuevos roles y modelos, cuando aún no han desaparecido los antiguos (que también presionan en forma de modelos imperantes, de inercias, de valores arraigados e inconscientes). Se les presiona para que cultiven sus mejores cualidades, y a la vez se les exige que estén a la altura de los hombres, cuando muy a menudo el modelo dominante de ser hombre responde a los roles, los gestos, los comportamientos y los valores más retrógrados y tradicionales. De estas fuerzas que se cruzan, que recaen sobre las mujeres en forma de modelos culturales, de mensajes de la publicidad o de expectativas que se generan en el entorno más cercano (familiar, profesional, del círculo de amistades o incluso de pareja), deriva un proceso incesante, complejo, cruzado, de mensajes y expectativas, del que cada persona realiza su propia evaluación y extrae sus conclusiones, no siempre las mejores.

El valorar la propia autonomía, concepto válido y deseable para cualquier sujeto humano, se plasma a veces en fórmulas poco recomendables. Como sugiere Manu Audikana, «las mismas mujeres están haciendo suyos determinados comportamientos que antes eran de varones. Es el caso del tabaco. Mientras los varones abandonan en cierta medida el consumo del tabaco, está siendo asumido por las mujeres como un hecho femenino, como algo típicamente femenino, como una marca de identidad propia de las mujeres, de la autonomía de la mujer el hecho de fumar. Se está dando en muchas casas que la que fuma es la mujer, y los hijos van a ver que son las mujeres las que fuman, y las hijas van a ver que son las mujeres las que fuman. Y el modelo que asumen en cierta medida es éste, y así ocurre en muchos grupos de mujeres, sobre todo en mujeres de clases más modestas; es muy típico que fumen. Mujeres de edad, porque tienen que demostrar de alguna forma que son autónomas, y sin embargo siguen un modelo muy clásico».

Es un tema complejo, porque en efecto existe una presión igualitaria (¿ideológica, retórica, verdadera?), hacia la homologación de géneros en el contexto de las sociedades más centrales del sistema. «Esa presión igualitaria a veces es interpretada en esa dimensión. Lo mismo que pelear por los mismos puestos de trabajo, o por los mismos derechos o lo mismo que pelear para que en casa los platos no los recoja la hija, sino que lo recoja hijo/hija, indistintamente». Pero a veces, por falta de claridad en los presupuestos culturales, ese igualitarismo se desvirtúa y se dirige hacia los aspectos más desafortunados del modelo masculino imperante.

3.3.6. Vuelta al machismo

Dentro de estos procesos sociales, un dato a tener en cuenta, que aparece en distintas entrevistas, es la vuelta a modelos de comportamiento machistas. No se

puede afirmar que hubieran desaparecido previamente. Pero cuando se suponía que estaban desprestigiados, que eran vestigios de modelos acabados, de tiempos menos felices, y que con la educación y los sistemas de socialización de las nuevas generaciones sólo era cuestión de tiempo que fueran superados, aparece, precisamente entre las nuevas generaciones, un claro ramalazo de machismo en forma de actitudes, comportamientos y gestos de los varones.

Al hablar de los jóvenes que consumen drogas en Bizkaia, las responsables del módulo de Baracaldo afirman: «en general son jóvenes bastante machistas, y en ellos no está bien visto que la chica consuma. Generalmente no quieren por pareja una chica consumidora. Son jóvenes machistas. Tienen ideas machistas, y a ellas, a pesar de que parecen muy liberales y muy de defender su postura, les sigue gustando el machito de toda la vida» (Begoña Río y Iñanire Gazopo).

Manu Audikana ofrece su versión, pronosticando que en respuesta a las tendencias igualitarias que emergen, es probable que aparezca «una cultura antifemenina. Me refiero a lo siguiente: si hay una cultura que promueve los valores de la mujer y las cualidades de la mujer, y la igualdad de la mujer a todos los niveles, habrá otra que va a potenciar los valores antiguos de la mujer como contraposición de ésta».

3.4. FENÓMENO FRONTERIZO

Un fenómeno atípico que se da en la geografía vasca, y que interviene en el consumo de drogas y en los hábitos de diversión y entretenimiento de la juventud, es el que se registra alrededor de la frontera hispano-francesa, y que fluye entre los dos grandes Estados, a un lado y al otro de la divisoria. Por extensión, alcanza varias comarcas de Gipuzkoa, como las poblaciones del corredor que va de Irún a Donostia, hasta Hernani y en menor medida otros lugares de diversión y encuentro del territorio.

Aunque con la Unión Europea se haya levantado formalmente la frontera entre los Estados a efectos de tránsito de personas y mercancías, permanecen manifestaciones y peculiaridades fronterizas en términos institucionales, simbólicos, de costumbres, de pensamiento, comerciales o de estilos de vida.

Ello significa que se generan situaciones de diferencia, de contraste, de desfase, que los sujetos reconocen, exploran, y cuando son propicias, utilizan y aprovechan. En el tema que aquí se investiga, el control policial sobre trapicheos, tráfico de sustancias, sobre consumos o sencillamente sobre personas, queda limitado. O incluso, tras la frontera, desaparece. Si no llega a darse un ámbito de impunidad, sí es cierto que la barrera fronteriza marca límites al control en muchas instancias y situaciones.

También la presión social, propia de poblaciones en que las personas y familias se conocen, se diluye en el anonimato y la distancia. Con la frontera por medio, esta

circunstancia se multiplica. Actitudes y comportamientos que una colectividad censura en su seno el sujeto puede desplegarlos en otra parte, donde con más facilidad encontrará que se hace la vista gorda por motivos comerciales o turísticos.

Por éstas y otras complejas circunstancias, gran cantidad de jóvenes (y de otras edades) se trasladan, para divertirse, y en su caso consumir sustancias, de un lado al otro de la frontera. Y viceversa. Es un fenómeno recíproco, aunque en uno u otro sentido no se dé en la misma medida. No dejan, en ello, de reproducir comportamientos de los adultos que hacen lo mismo para sus compras, sus visitas gastronómicas o para lo que sea.

Irún, con discotecas como Jennifer o *after hours* como La Seta, es un referente para amplios sectores juveniles del norte. Pero, una vez creado el ambiente, también atrae a jóvenes oriundos de Bilbao, de Bizkaia y de otros orígenes de la geografía vasca. Algo similar ocurre con el Young Play de Hernani o en general con toda la oferta de consumo, turismo y diversión que se reúne alrededor de Donostia.

Vienen grupos de jóvenes en el *Topo*, en automóviles, en autobuses organizados para la ocasión, y se reparten por estos escenarios de diversión, a menudo propicios por la facilidad de adquisición de distintas sustancias, el anonimato de los consumos y la discreción frente a la censura social u otros problemas.

La diversión se organiza alrededor de la música, de la abundancia de sustancias o incluso con la incorporación de ciertas formas de prostitución, que encuentran facilidades en la concurrencia de otros fenómenos transfronterizos: el turismo (de temporada, de fines de semana, el gastronómico...), el transporte (con la afluencia continua de camioneros y los servicios que les acompañan: hostelería...), o sencillamente la notable diferencia de precios en productos como el alcohol, el tabaco, la gasolina u otras compras, que generan ese flujo interminable de las localidades fronterizas.

Entre las diferencias de costumbres, en cuanto a diversión y consumo de sustancias, cabe destacar que la forma de consumir alcohol, en general, a uno u otro lado de la frontera, se guía por distintos hábitos y rituales. A diferencia del modelo de consumo de alcohol de la tradición francesa (dominante en el Departamento de Pirineos Atlánticos), individual y en casa, en la parte sur la bebida tiene un carácter más social, de rito colectivo, de cuadrilla, de relación y ambiente. Resulta por ello muy atractivo para quienes llegan del norte de la frontera, que encuentran en el sur unos estilos de diversión más colectivos o, por decirlo coloquialmente, con más «marcha».

3.4.1. Consumo masculino

A tenor de las afirmaciones de los técnicos entrevistados, este curioso fenómeno de diversión, cuantitativamente notable, es intrínsecamente masculino. Son los jóvenes varones los que en mayor medida se desplazan, organizan la diversión, trapichean y consumen.



Parte IV
Parte IV
Parte IV

Grupos de discusión

4.1. LAS DROGAS EN EL DISCURSO JUVENIL: SU VERTIENTE FEMENINA

El presente capítulo del estudio se refiere específicamente al análisis del discurso que, con respecto a las drogas en general, construyen las propias jóvenes de la Comunidad Vasca. Desde el diseño inicial de la investigación, ubicada en una escenificación estructural, se buscaba específicamente la reproducción alocutiva desde la vertiente del género femenino. La pretensión no era otra que hacer emerger a línea de flotación el generalmente soterrado doble eje –no siempre coherente– opinático-actitudinal, el constructo del ideario y su resultado en comportamiento de las propias chicas con respecto al uso y abuso de las sustancias psicoactivas. Se establece como límite el ámbito que el estudio delimita de partida: grupos de chicas, de edades comprendidas entre los quince y los veinticinco años, y pertenecientes a grupos que hemos denominado como «normalizados»; si bien, iniciadas en el consumo. Es decir, que se encuentran en los tránsitos de lo social, transeúntes de un estadio de socialización obligado a otro de libre elección, y que a pesar de su policonsumo (usualmente alcohol-hachís en fines de semana, ocasionalmente speed, éxtasis...; y cocaína en otras dimensiones), carecen de problemas adictivos derivados del uso de estos productos.

La primera cuestión que conviene reseñar, por tanto, es que estamos ante un discurso que aborda diversas sustancias (y de las opiniones y comportamientos relacionados con ellas) de un modo comprensivo. Este aspecto merece ser destacado porque, desde el punto de vista del análisis, cuanto se gana en extensión se pierde en detalle (no necesariamente en profundidad). Quiere ello decir que no se presenta aquí un informe sobre el alcohol, más el tabaco, más el hachís, etc., sino un estudio básico que aborda el análisis desde un discurso femenino «marco» sobre las drogas, en el seno del cual, y en relación siempre con el conjunto, puede aparecer definida cada sustancia. Entendemos que los discursos particulares sobre cada una de ellas han de guardar coherencia con ese marco general, pues lo que estudiamos es una estructura discursiva y, por tanto, lo que podríamos denominar la forma reguladora de las opiniones y de sus actitudes derivadas.

Este proceder analítico impone una doble vertiente limitativa a este discurrir indagatorio. El primero de ellos guarda relación con el discurso que se analiza en el

presente apartado del estudio. En efecto, lo que se desentraña aquí no es sino el análisis de un discurso social juvenil sobre las drogas, y construido exclusivamente desde la peculiaridad de lo femenino (si existiera como tal variante, aspecto este que pretende ser aislado en la investigación). Es un discurso sobre las drogas, a la vez que realizado desde las drogas; pero tan sólo desde aquellas drogas socializadas, incorporadas como elementos de pleno uso en la cultura juvenil.

Se aborda en este trabajo, por tanto, el discurso juvenil sobre las drogas, pero se renuncia explícitamente al conocimiento del «discurso interno» de aquellas sustancias que quedan fuera de las drogas sociales juveniles, el discurso de las drogas marginales o pertenecientes a determinadas subculturas juveniles, pues conscientemente no se ha tratado con sus usuarias (aunque a futuro puedan suponer un escenario de interés a investigar de manera complementaria al presente estudio). Es peculiar el caso de las llamadas drogas de síntesis (pastillas), que en el discurso social juvenil se muestran alojadas en espacios fronterizos, sustancias ubicadas en el límite de lo que sería la cultura juvenil semi-socializada de las drogas, en el umbral de la trasgresión de lo social a lo marginal. Y que con respecto a otras investigaciones precedentes realizadas por este equipo¹³⁷, las reubican cada vez más en el escenario de la negatividad, del no buscado por su asociación simbólica al desequilibrio (en cuanto a pérdida de conciencia, de las relaciones familiares y de cuadrilla, a la enfermedad mental, a la muerte simbólica y real del ser consciente).

El siguiente nivel limitativo deviene necesariamente del carácter básico de esta investigación. Si el análisis pormenorizado del discurso sobre cada una de las sustancias debiera proporcionar un resultado coherente con el del constructo del discurso general en el que se inscribe (precisamente éste que se estudia), es posible que, en sus aspectos particulares, pudiera arrojar nueva información sobre alguno de los puntos que aquí son considerados simplemente como parte de un todo genérico. Esta nueva información no habría de alterar, al menos en sus aspectos estructurales y como ya se ha referido, el marco que se postula a lo largo de estas páginas. No obstante, pudiera «redimensionar» alguno de los problemas que se mencionarán con posterioridad en el informe, y que aquí se abordan en su perspectiva general (como parte de una estructura que la contiene).

El alcohol continúa siendo la sustancia de uso y abuso más generalizada entre la juventud actual, en general, y entre las chicas en particular, pese a que a la luz de los resultados del estudio su consumo venga cada vez más asociado, en términos de paralelismo o de tangencialidad, al de los «porros» (de marihuana y/o hachís fundamentalmente).

¹³⁷ Vilches C., Peinado A. y García, P. *Alcohol y otras drogas en los jóvenes de Navarra (13 a 21 años)*, Plan Foral de Drogodependencias en Navarra (inédito).

Quizá el aspecto más relevante de esta investigación sea el cambio que parece detectarse en la posición juvenil femenina, aproximadamente a partir de los dieciocho años, ante la función que han venido cumpliendo las drogas entre el sector social más joven. En un marco significativamente anómico del consumo juvenil (aunque sería más apropiado señalarlo quizás como de adolescencia¹³⁸ porque es ésta la edad en la que se realiza un consumo convulsivo y desculturizado del alcohol), se detecta la incorporación de una normativización al uso de las drogas, a medida que aumenta la edad de las consumidoras y con ello la auto-experiencia frente a las propias sustancias consumidas. Aunque todavía no se llegue al sentido social que el uso del alcohol tiene en la cultura mediterránea, resulta un medio vehiculizador de la relación social, y no un fin en sí mismo, como ocurre en los escarceos iniciáticos habituales de la adolescencia, tan presente a partir de la década de los noventa.

Este fenómeno rupturista con la cultura adulta del alcohol se manifestaba principalmente en que: «se habían roto las normas tradicionales referidas a su uso, normas que implicaban tanto los límites, cuanto los momentos y los lugares, la relación de los distintos alcoholes con la comida o con situaciones sociales, las diferencias de consumo entre los sexos, tanto en las cantidades, cuanto en los tipos de bebidas, etc..., para instalarse en un ámbito que, sin perder la perspectiva de su uso social (como elemento mediador del gregarismo juvenil) mostraba a todas luces la precariedad de ese mismo vínculo social. El alcohol, que debía ser mediador de la relación (de acuerdo con el patrón cultural clásico), se había convertido de hecho en el único contenido de la misma. Lejos del modo convencional en que instituciones y medios de comunicación trataban el asunto del alcohol, como amenaza para el vínculo social, estos estudios revelaban su indiscutible carácter de síntoma. Síntoma de un vínculo social cada vez más debilitado, de una situación de fracaso social colectivo del que los jóvenes no serían sino sus más visibles víctimas»¹³⁹.

¹³⁸ «La condición ambigua de quienes se hallan en una situación de liminal, las dificultades o la imposibilidad de clasificarlos con claridad –puesto que *no son nada*, pura posibilidad, seres a medio camino entre lugares sociales–, es lo que hace que se les perciba con mucha frecuencia como fuentes de inquietud y de peligro.(...) El transeúnte ritual es un peligro porque él mismo *está en peligro*. Previsible resulta entonces que se le apliquen todos aquellos mecanismos sociales que protegen a una comunidad estructurada contra la contradicción, ya que encarna a un personaje conceptual cuya característica principal es la *fronteridad*. (...) El transeúnte ritual es ideal para pensar «desde dentro» el orden y el desorden sociales. Es para ello que se le obliga a devenir un *monstruo*, es decir alguien o algo que *no puede ser*, y que por tanto tampoco *debe ser*». El sentido *monstruo* lo emplea el autor como: «*anomalías inclasificables, descoyuntamientos de lo considerado normal, personajes que muestran hasta qué punto son intercambiables los estados de anomia y de liminalidad*». Delgado, Manuel (1999), *el animal público*, Barcelona, Anagrama.

¹³⁹ Vilches C., Peinado A. y García, P., *op. cit.*

El presente estudio consolida una línea de cambio desde la anomia de finales del siglo pasado, que ya quedaba esbozado en el mencionado estudio realizado en la Comunidad de Navarra, hacia la construcción de una cierta cultura juvenil de las drogas. Construcción normativa que aflora progresivamente entre las jóvenes que han superado la convulsión de la adolescencia y van controlando la ansiedad por la ubicación de sus cuerpos en el espacio público de lo adulto –pese a ser conscientes de que pasará todavía un tiempo hasta que la generación adulta les deje ubicarse con plenitud en los escenarios y horarios de la madurez–¹⁴⁰. Esta cultura espontánea se ha ido forjando de manera autónoma, más desde lo experimental que de lo racional, y se ha elaborado al margen (fuera de) de las instituciones e, incluso, en contra del discurso formal propugnado por los agentes de socialización (padres y madres, docentes y los media en especial). No se puede, sin embargo, afirmar que no siga habiendo algunos problemas con los límites, actualmente, en el consumo juvenil de sustancias como el alcohol e incluso la marihuana o el hachís, y que posteriormente se abordará, a pesar de que el discurso marco que constituye el objeto del presente análisis indique que asistimos a una reorganización del campo de consumo de estas sustancias, que muestra una estabilización de sus pautas, a la par que una relación con los límites relativamente bien definida.

No se puede avanzar más en esta cuestión de las fronteras que definen el juego de inclusión y exclusión. Avanzar en esta línea analítica requiere plantearse la necesidad de una investigación específica de las liminalidades¹⁴¹.

¹⁴⁰ La ocupación de la escena pública, sea este rural o urbano, obedece a una división espacial en la que se muestra la propia dominación social del poder adulto frente a las generaciones más jóvenes, que impone edades para acceder a bares o salas de baile, o a consumir determinadas sustancias, y que de su no aceptación deviene el tránsito a lo fronterizo. Esta cuestión aparece claramente definida en el discurso de las chicas objeto de estudio, y se analiza en el apartado contiguo. Manuel Delgado, en su *Animal público*, apunta además: «No es casual que a los inmigrantes y a los adolescentes se les aplique como denominación un participio activo o de presente, precisamente para subrayar la condena a que se les somete a permanecer constantemente en tránsito, moviéndose en estados, sin derecho al reposo. El adolescente está *adolesciendo*, es decir, creciendo, haciéndose mayor. No es nada, ni niño ni adulto. Todo lo que a él se refiere –sus obligaciones y privilegios– es contradictorio, lo que le convierte en reservorio poco menos que institucionalizado de todo tipo de ansiedades que le convierten en un «rebelde sin causa» forzoso. Su situación personal es pura esquizofrenia...» Pero a la vez, sería importante señalar otra similitud del concepto adolescente, en cuanto remite a la idea de que *adolesce*, es carente, de arquitectura psicológica para hacer frente al complejo mundo que se le presenta, en particular del consumo en todas sus variantes, donde necesariamente se incluye el de sustancias tóxicas.

¹⁴¹ No resta sino concluir, pues, con una idea de M. Delgado: «el extranjero, el outsider, el artista, el enamorado o el adolescente –e, imitándolos, el antropólogo de lo inestable– son lo que parecen a primera vista: marginales forzosos o voluntarios. «Margen» quiere decir aquí «umbral». (...) El marginal se mueve entre dos luces, el alba o en el crepúsculo, anunciando una configuración futura o señalando el estallido de una estructura.». Delgado, M., op. cit.

El discurso femenino, que se ha liberado de los tintes políticos y éticos de antaño, se ha ubicado estrictamente en lo social, construido desde el referente de la sociedad civil. A diferencia de otros estudios, a partir de los grupos de edades nos encontramos con un discurso transversalmente bien construido, incluso entre las chicas de menor edad, fundamentado en una idea de necesidad de comenzar a operar controles en el consumo, controles que ellas sí son conscientes de instalar, que desde su entender señalan fronteras importantes frente al consumo de los chicos, más descontrolado y dilatado en todos los pares de edad. Ello supone dejar atrás comportamientos convulsivos de consumo, mucha cantidad en poco tiempo, que obedecen a las situaciones de ansiedad propiciadas por la adolescencia. El nivel de consumo tiende a remitir en la medida que aumenta la edad de las chicas, y se asientan relaciones de pareja de mayor compromiso.

Como primera aproximación conclusiva, se puede establecer que existe una cultura juvenil propia y diferenciada sobre las drogas (concepto que tiene una extensión mayor que en la generación de sus padres y madres), y que desde la perspectiva de género tiene variantes discursivas que merecen ser relatadas.

4.2. LA ESCENA PÚBLICA COMO ÁMBITO DEL CONSUMO

No es cuestión baladí, por su trascendencia a la hora de encaminar el sentido del discurso grupal, la manera en la que se provoca a los sujetos que participan en las discusiones de la investigación (en los términos de provocación que señala en su obra Jesús Ibáñez). En el presente estudio y en su primer grupo se abordó el debate desde el empleo del tiempo libre, con la presunción de que ello debiera llevar, en su lógico entramado alocutivo, al objeto central de la investigación: *las drogas en su perspectiva de género*. Y así resultó. Por ello, no se varió la estrategia iniciática en las sucesivas sesiones grupales.

Los primeros escauceos del habla grupal llevaron a sentar, en todas las dinámicas y de manera espontánea, la división entre: lo rutinario, *ordinario* porque les imprime orden, –y cuya escenificación se lleva a término principalmente en el hogar, el colegio o el trabajo–, y lo *extraordinario*, que impone otro (extra)orden o más propiamente debiera decirse un cierto desorden, reinterpretable en términos de la «fiesta»¹⁴², como gustan de denominar ellas en todas las sesiones.

¹⁴² Aquí el concepto remite según el habla de las propias chicas, a una idea de diversión sin límite, fundamentada en: hablar, juntarse con los amigos y amigas en un espacio público, bares generalmente, beber y fumar sea tabaco y/o porros, comunicarse –en menor grado conforme avanza la jornada–, o en entablar relaciones de flirteo cuando no existe una relación de pareja.

El espacio discursivo dedicado a lo ordinario resulta minimizado en la inmensidad de lo extraordinario. Ni tan siquiera el habla se detiene en detalles para citar otras actividades que les susciten tanto interés como la fiesta. Existe una necesidad casi fóbica por salir de casa, por dejar detrás el espacio de la rutina y del control de los progenitores; de estar dormida o ausente; de no hacer nada.

El relato de la ocupación del tiempo libre en actividades como el cine, el más nombrado y al que hay que optar en antagonismo a la «farra», o el deporte, lectura u otro tipo de actividades, queda prácticamente borrado por el entusiasmo que suscita la rememoración del salir de fiesta. Este relato de lo festivo siempre aparece tamizado por el uso y abuso de las drogas, como se ha señalado en mayor medida alcohol y marihuana/hachís.

«—Yo suelo aprovecharlo sobre todo para lo que has dicho; para dormir más, si se puede y si no hay que estudiar; y también no parar por casa; parar lo menos posible en casa; lo que te dejen, vamos. Y eso, salir; salir y hablar. Quedar con gente que no ves entre semana porque te pasas toda la semana estudiando y, entonces, estar con las amigas y conocer más gente.

—Y no hacer nada; a mí me gusta no hacer nada; ni deporte, ni leer, ni nada. Me gusta estar con mis amigas tomando un café por ahí y volver cuando sea a casa; o no hacer nada en casa».

G.D.2

«—Antes igual ibas más al cine o así, pero... igual tampoco hay mucho dinero; el dinero que tienes te lo gastas en salir.

—El cine o la farra.

—La paga prefieres gastártela en bebida y no ir al cine porque prefiero salir un sábado a la noche que ir el domingo al cine. El domingo vas a un bar a fumar y ya está».

G.D.3

Existe otro elemento limitativo, como es el dinero, que no permite, al menos a la mayoría, dedicar el fin de semana a otras actividades como el cine de manera continuada¹⁴³. Quienes trabajan presentan mayores opciones de diversificar el empleo del ocio, también porque las responsabilidades laborales les obligan a una contención programada de la fiesta y del consumo de drogas. Ante la necesidad de te-

¹⁴³ No podemos dejar de señalar el influjo que las nuevas tecnologías de la comunicación tienen sobre la distribución de la tradicional «paga» de la que disfrutaban las chicas que no trabajan. El móvil y su elevado costo determina también las posibilidades de otros gastos en el espacio del ocio, al menos en las situaciones en que este consumo no es abonado por padres y madres al margen de la asignación semanal.

ner que optar, el ambiente festivo de calles y bares, en la mayoría de las ocasiones, impone su atracción.

En el propio discurrir del habla, el espacio de la calle aparece zonificado en una especialización en la que como elementos diferenciadores convergen entre otros: la edad, el estilo de vida, los horarios, la tipología de los locales (su ambiente: «lasai, disco, timba, pachanga, gay...»), las propias modas, los espacios de la ciudad o la periferia (barrios o zonas tipificadas), las músicas, o incluso el precio de las consumiciones y la existencia de una entrada para acceder a determinados locales. Esto suscita una cierta relación ambivalente (amor-odio) con determinados escenarios de la ciudad y sus establecimientos.

«—En Illumbe hay diferentes bares y es música más pachanguera, para salir en plan, no sé... A mí me gusta más para salir en plan de fiesta y así y hay gente de todo tipo; hay gente de nuestra edad, gente mayor, viejos también; hay un poco de todo, gente un poco rara también».

Luego los sábados en Bataplán, es más gente de, no sé... Normalmente gente que solemos ver poco... No sé, gente más conocida de vista, para mí al menos, y la música también es diferente, más dance y así. Es otro rollo.

Y luego en el Soma hay un ambiente como de porreros, de relax, no sé.

«—El Young Play es un plan más timba, música... No sé cómo decirlo: timba.

—Bacalao».

G.D.3

«—Yo creo que hay una zona que es como para emborracharse y luego, cuando ya están borrachos, pues a bailar (...)

—Sí; algo más barato.

—Es que Bilbao la Vieja se ha puesto de moda y ahora está carísimo. Antes era el barrio de los yonkis y todo eso, pero ahora han abierto garitos en plan gays y eso ha atraído muchísimo dinero. Entonces una caña te cobran tres euros o así.

—Y la entrada.

—Sin embargo, te vas a Iturribide, que son bares muy cerdos, o sea, muy sucios, y le ves al camarero y dices ¡jodé! (...) todo muy barato. Entonces ahí sí que puedes».

G.D.1

En lo que se refiere al nivel más básico de la diferencia en los tres territorios históricos estudiados se establece una nota básica: el centro de la ciudad, el denominado Casco Viejo, que mantiene elementos de la hostelería tradicional, si bien

se reconoce que contiene también locales atractivos para la juventud, algunos por sus precios más asequibles. También existe acuerdo en que son espacios de la diversidad, compartidos por estilos de vida y edades divergentes, aunque para algunas dominen ciertos grupos sociales.

En lo referido a los grupos juveniles y sin distinción de género, existiría una cierta segregación en el espacio de lo urbano: así los «borrokas» preferirían los espacios centrales de cada ciudad —el Casco Viejo—; los «pijos» buscarían zonas de moda o ambiente selecto, básicamente, y los «bacalas» ocuparían las discotecas, generalmente del extrarradio (de acceso más limitado, por los horarios, la dependencia del grupo para el traslado, no siempre de la cuadrilla, y el riesgo añadido de desplazarse en coche).

Las discotecas estarían más determinadas, al margen de por la música, por la abundancia y los consumos de drogas de síntesis, un ambiente que no facilita las actitudes relacionales y sí más individualistas. Además se habla de actitudes agresivas, sobre todo en los chicos, en un espacio cada vez más desconocido por la afluencia de ruterros de discoteca, que vienen incluso de otras comunidades. Ello no impide que se pueda, ocasionalmente, transgredir los espacios típicos de cada estilo juvenil, y aventurarse en los terrenos de la incertidumbre.

«—Le miras un poco y ya te dice: ¡qué miras! Y es gente que no es de aquí, porque en el Play hay gente de cualquier parte. Antes, por ejemplo, había gente de San Sebastián y así, que conocías más o menos a todo el mundo, pero es que ahora no conoces a casi nadie. La gente viene de Pamplona, de... Mogollón de gente de Pamplona viene en coche y todo.

—Timba más, pero eso también. Ya es más degenerado el ambiente.

—Que se mueve más drogas, más...

—Es que depende también. Lo que te gusta hacer a ti y lo que consumes tú».

G.D.3

«—No sé, yo una vez he estado en la Columbus, y no me ha gustado nada. Era todo pastilleros, así, chuterros, y la música y todo... No sé, mal rollo, peleas... No hay un ambiente majo para estar. El sitio está bien porque es muy grande, pero el ambiente no».

G.D.1

«—Yo sí que conozco bastante gente que hace eso. Coge los coches el viernes, se van a una macro discoteca que están hasta las 9 de la mañana, duermen, o no duermen, y se vuelven. O sea, se pegan toda la noche en la discoteca, solamente».

G.D.2

Luego existe una cierta especialización por áreas de las capitales que presentan una oferta más variada y generalmente diferenciada por su atractivo en función del ambiente musical que consumen.

Las chicas que viven en los pueblos de la periferia prefieren mantener a diario sus redes sociales y salir por los establecimientos locales, y acuden a la capital los días en que les mueve la idea de la «fiesta», generalmente sabática. Esto lo explican en términos de escapar del mayor control social existente en las pequeñas poblaciones.

«—Yo, es que es eso; me quedo en mi pueblo y cuando ya es fiesta, que quiero fiesta, me voy a Bilbo o lo que sea. Pero si no, no me muevo. No me apetece.

—Por aquí se estila bastante eso; o sea, el viernes todo el mundo se queda en su zona; y luego el sábado se mueve a Bilbo, al Casco Viejo.

—Yo también me he dado cuenta de que cada vez, vas al Casco Viejo, y son más jóvenes».

G.D.1

«—Unos son los pijos y otros son borrokas, el tema político; pero es una tontería, porque yo ando en lo Viejo y puedo estar así.

—Pero te encuentras más tipo de gente borroka en lo Viejo que por ejemplo en Bataplán, la Rotonda...».

G.D.3

La perspectiva de verse abocado a la intemperie de la calle resulta especialmente denostada, dada la climatología del territorio. De ahí que se marquen diferencias significativas entre las cuadrillas que disponen de locales para preparar sus actividades festivas, aunque luego accedan en segunda instancia a los bares, y quienes carecen de estos locales o lonjas. Estas últimas se ven obligadas a iniciar la juerga en espacios más o menos escondidos de la ciudad donde, en mayor grado las más jóvenes, preparan sus «litros», que no el renombrado *Botellón* mediático de otras comunidades de clima más suave.

Algunas comienzan la ronda festiva en determinados bares que sí permiten esta práctica grupal a precios y calidades diferenciadas. Lo pecuniario limita la elección de los espacios y de las sustancias de ingesta para la diversión. El bote de cuadrilla ayuda a socializar los gastos del alcohol e igualar las posibilidades de su consumición al margen de las diferencias de «paga».

«—Es que si tienes local puedes estar en él, con tus amigas y haciendo lo que quieras; pero si no tienes nada, tienes que ir ahí; o buscando; en los bares más que nada.

G.D.3

«—Quedamos a eso de las diez o así, e incluso a veces antes, y nos juntamos en los bares, en el Cantabria y así, a echar kinitos. Y echamos kinitos al principio de la noche, y luego ya pues...

—Gastas menos, te sale más barato.

—En plan mucha bebida y muy mala.

—Y aparte que también solemos poner el bote. Al principio decimos tanto, y ponemos».

G.D.2

Las fiestas en casa están condicionadas a la ausencia de familiares, generalmente sin el conocimiento de padres y madres, y en edades más avanzadas cuando en la cuadrilla participan jóvenes que se alojan en pisos de estudiantes. En este tema se destapa la fantasía juvenil, convertida en leyenda urbana, al relatar el alcance trasgresor de algunas fiestas juveniles en el escenario doméstico. Ello se muestra con especial detalle en el grupo de discusión de las más jóvenes.

Interesa señalar que en estos pasajes temáticos del discurso femenino emerge el control que sobre este tipo de reuniones se imponen a sí mismas las chicas (en lo referido a selección de personas, consumos y actitudes). Se procura circunscribir las reuniones domésticas a la cuadrilla habitual, o en la mayoría de ocasiones al más estrecho círculo de confianza, generalmente sólo las amigas, lo que da una mayor seguridad respecto a la previsión de su comportamiento.

«—En casas también. En casas, cuando se quedan libres, cuando los padres no están, que depende de la suerte que tengas; yo por ejemplo tengo suerte y me suelen dejar bastante sola».

G.D.2

«—Pero no le digo a uno de la zona: estoy sola en casa, vente con tus amigos... Es que me queman la casa. Si son de tu cuadrilla y les conoces como a tus amigas, pues claro; porque ya les consideras amigos de confianza. Yo, por ejemplo, que ando con una cuadrilla sólo de chicas, ¿invitar a unos amigos? ¡Pues no!».

G.D.3

La configuración diacrónica de la fiesta se somete a un efecto ascendente-descendente que oscila en el transcurso del fin de semana. El viernes es el ascenso; el sábado, día esencial de la fiesta (culmen); y el domingo ya se organiza la jornada desde la previsión del reinicio de las rutinas de lo ordinario (bajada). La contención de los días laborables lleva a la explosión evasiva en los días libres, cuestión de la que nos ocupamos en el siguiente epígrafe.

El consumo de sustancias viene asociado significativamente a diversos factores: la edad, mayor consumo convulsivo de alcohol en los rituales iniciáticos de la adoles-

cencia y en la búsqueda de la desinhibición para la comunicación, los porros, que propician momentos de mayor sensibilidad o relajación, las pastillas en los escenarios de discoteca... y las drogas de mayor intensidad en circunstancias muy señaladas. En cualquier caso, al menos entre el género femenino, se asocia a consumos de fin de semana, más notable en el caso del alcohol, procurándose el control disuasorio de su uso de manera continuada, aunque en el caso del fumar porros su generalización esté llegando, en mayor medida entre las más jóvenes, al ámbito de lo cotidiano. Estas cuestiones se abordan en el apartado dedicado a las pautas del consumo.

4.3. LA FIESTA COMO EJERCICIO TERAPÉUTICO

El fin de semana se convierte en el tiempo de la fiesta. Aquí lo festivo remite a una idea de *ruptura*: con el ritmo cotidiano, con el espacio y con la rutina diaria. La semana genera en las chicas un cierto estrés, que lo explican desde la idea central de la «responsabilidad» a la que se ven sometidas en el entorno familiar, escolar o laboral. Responsabilidad, en cualquier caso, siempre mayor que sus homólogos masculinos. Pese al avance de la coeducación, como referencia igualitarista, y a que se reconozcan progresos en el terreno de las mentalidades, en los grupos se dice no obstante que no se suceden al mismo ritmo los cambios previsibles en los comportamientos de los actores sociales.

La sociedad en general, y los padres y madres en particular, discriminan en términos positivos a los chicos. Ellas se sienten más controladas y cargadas de esa mayor responsabilidad subjetiva de la que hemos hablado. De ahí que, en el anonimato que se establece en los espacios lúdicos de lo público, se sientan más desinhibidas; aunque no pierdan esa parte de responsabilidad impuesta en el proceso de socialización a su estatus de género (construida en términos de autocontrol).

Siempre desde la reinterpretación del discurso de las chicas participantes en las distintas dinámicas grupales, no deja de ser llamativo el efecto de ola que imprimen al fin de semana. Tras la calma en el mar de la rutina, el día de venus comienza la galerna que provoca el oleaje, cuya cresta de ola más alta se alcanza en el sabatario¹⁴⁴ para llegar, en la quietud del domingo, al final del viaje en la playa, en un oscilar de resaca. Al final del séptimo día se retoma, tras la agitación, la idea de reposo, ya que al día siguiente, señalado bajo el influjo de la luna, retorna la rutina de una nueva semana.

El alcohol facilita esta catarsis desinhibidora que opera en la noche del sábado, que ayuda a la comunicación y a una cierta pérdida de los controles que se susten-

¹⁴⁴ «Se aplica a los que hacen del sábado el día semanal de fiesta.» M. Moliner (1994), Diccionario del uso del español, Madrid, Gredos.

tan en las relaciones y circunstancias de la vida cotidiana, excesivamente sujetos a un comportamiento pautado («*dar una imagen*», dicen las jóvenes) derivado de los estatus y los roles.

«—Sí, yo creo que te olvidas un poco de todo; los sábados por la noche, yo por lo menos, cuando salgo es cuando, bueno, lo digo directamente, a mí me gusta beber, medio emborracharme y estar a mi aire. Se me olvida absolutamente todo, y pasas. Eres como... No otra, pero sí un poco el cambiar el chip y, pues eso, saber que en ese momento tienes responsabilidades pero son responsabilidades distintas. No es como entre semana, que la gente depende más de ti, o tienes que dar una imagen; en ese momento es cuando puedes desahogarte y hacer lo que te salga un poquito de...

Luego, no sé, los bares también, salir por sitios que puedas bailar. A mí me encanta conocer a gente, ponerme a hablar con todo el mundo, aunque no le conozca y presentarme por ahí. Aunque esté muy agobiada, es el momento en que digo: bueno, ya está, ¡hasta aquí! Me olvido de todo lo demás. Y ya el domingo por la noche, cuando llega otra vez, te viene a la cabeza que vuelve la semana, y entonces ya te centras otra vez.

—Te programas el despertador y ...».

G.D.2

La ruptura con las rutinas también se manifiesta en el juego de conocer personas distintas, de otros ambientes que no sean el colegio o el espacio laboral. En ello indudablemente colabora el uso de la droga más socializada, el alcohol. El ocio aparece como el espacio mitificado de la libertad juvenil, en oposición a la sujeción que impone el estudio o el trabajo. Así, el alcohol adquiere un carácter paradigmático, catalizador simbólico, en el sentido de que vincula la separación de los espacios de la rutina (*semana*) y los de la libertad de lo espontáneo o lo desconocido (*fin de semana*). Opera como ruptura al señalar la línea discontinua entre el tempo de la programación y el de la desprogramación.

Si el fin de semana actúa como válvula de escape del estrés semanal, si la intensidad relacional centra la actividad del sábado, y ésta aparece mediatizada por el consumo dominante del alcohol, se corre el riesgo de que el vínculo social se agote antes del ritual de la ingesta de alcohol. Máxime cuando no existe placer, ni catadura organoléptica de las bebidas consumidas, sino deseo de conseguir un estado que posibilite en mayor grado el vínculo social, sobre todo fuera de la cuadrilla de pertenencia. No hay un disfrute placentero en el acto(s) de beber, en sí mismo, sino la búsqueda rápida de un cierto efecto de catarsis¹⁴⁵. De ahí que la calidad del producto

¹⁴⁵ Entendida aquí en el sentido que le otorga la Psiquiatría: *eliminación de recuerdos que perturban el estado psíquico*.

no constituya valor a la hora del consumo; sí en cambio se valora la graduación alcohólica o el menor precio de la bebida.

Cuanto menor es la edad de los individuos, el espacio temporal para alcanzar ese «clímax» debe ser menor (por los horarios que imponen padres y madres). Pero también lo es la cantidad económica que posibilite el tránsito.

«—Y luego, claro, también cuando empezaba, yo a las once tenía que estar en casa...

—Ahora es más eso, quedar igual en casa de alguien y tal vez cenar; quedar antes de cenar y tomar algo y luego... o sea más de lasai y luego cuando te vas de fiesta, salir con eso resuelto... Pero ir de litros, íbamos a Eroski y nos comprábamos dos botellas de kalimotxo, o sea, dos botellas de Coca Cola y vino; ahora ya no».

G.D.1

«—Es que en Arco también la bebida es más barata; es garrafón, se llama de garrafón; pero, no sé, cuesta dos o tres eurillos, o algo así ¿no?

—Vodka; es de dos litros la botella.

—Es una marca peor, pero bueno...

—El hecho de ir de litros es un plan que une bastante a los grupos. Generalmente si haces un sábado litros, vas a los bajos y está lleno de gente, grupos y grupos de gente haciendo litros. Y, quieras que no, estás borracho y te pones a hablar con los de al lado y terminas hablando con todo el mundo».

G.D.3

El debate grupal no entra en discusiones sobre el placer subjetivo de beber o la satisfacción que el acto provoca. Antes bien, el argumento central desde el que se construye el habla es el *deseo de comunicación*, y el alcohol, sublimado, es el medio (en las cuadrillas, «beber es sagrado», se dice en una de las sesiones).

Incluso se reconoce que, en un estado general de consumo, quien no consume queda desvinculado del ambiente dominante, y a veces hay que beber para estar a tono con el grupo. En el caso del alcohol y los porros se reconoce abiertamente la incidencia de la cuadrilla, incluso ocasionalmente en la cocaína (droga de frontera). En otras drogas más fuertes la incitación colectiva resulta más cuestionada.

El influjo del grupo de pares hacia el consumo sería más fuerte entre las cuadrillas de chicos, lo que incitaría además en mayor grado la carga negativa de masculinidad, siempre según el entender de las jóvenes participantes. En las cuadrillas mixtas pudiera darse un mayor equilibrio, a partir de las diferentes posturas que postulen las mujeres. También se dice que algunas chicas pudieran seguir esta estela de consumo por entrar en la órbita de los chicos que las atraen. En cualquier caso,

en términos comparativos, la personalidad de los chicos sería más maleable e influenciable por el entorno grupal.

«—¿Tenéis alguna amiga en vuestra cuadrilla que no beba?

—No (varias).

—Es que beber es sagrado, yo creo.

—Según el grupo de amigas que tengas. Si tienes unas amigas que consumen alcohol y porros, generalmente haces eso. Y si tienes un grupo de amigas que les va más el tema de meterse rayitas o tal, pues bueno, lo haces porque ves que tus amigas lo hacen. Y lo haces.

—Nadie me va a incitar. Porque mis amigos imagínate que tomen ketamina, o se pinchen la vena, a mí es que no me va a incitar».

G.D.3

«Pues los chicos, yo creo, se dejan influenciar por la apariencia, más que nada; las chicas no, las chicas somos más independientes también. Cada una es ella; los chicos están muy, muy metidos en su grupo y dependen de cómo les ven los demás.

—Sí, cuadrillas. Siempre se dice también que en sus conversaciones son como más farrucos; más... pues eso, se incitan entre ellos.

—Las chicas, muchas veces también, empiezan todo eso por aparentar. O sea, en cuanto por ejemplo al tema de ligoteo, las que estamos ahí igual más detrás de ellos, entonces muchas chicas también, pues saben que igual el chico se mete, o anda en cosas de ésas, entonces ella se empieza a meter también, simplemente por el hecho de acercarse a él».

G.D.2

Con la edad se aprecian determinados cambios en el uso de los productos. Se rompe progresivamente la obligación de beber del grupo, o de salir todos los sábados a «emborracharse». Aparecen más matices. Se va asentando la idea de controlar las situaciones en función del propio deseo, de imponer la subjetividad a la presión de la cuadrilla.

El hecho de entablar relaciones de pareja supone un segundo factor junto con el que impone la edad, que activa en mayor medida esta idea de moderación en los consumos entre las chicas.

La incorporación al escenario laboral imprime, a su vez, un nuevo nivel de obligaciones y responsabilidades. La fiesta ahora se organiza en la previsión de los ritmos laborales. En la medida en que las jóvenes tienen que administrar el dinero que ellas ganan (*sueldo*), el matiz del elevado coste crematístico de la «fiesta» hace acto

de presencia, a diferencia del esquema inicial, cuando la diversión se costeaba con el peculio de padres y madres (*paga*).

«—Igual cuando eres más joven vas a emborracharte directamente. Ahora mismo no. O sea, al final acabas emborrachándote, pero no porque vayas a buscarlo; o sea, estás ahí, poco a poco, y bueno...»

G.D.2

«—Ya no tenemos esa cosa de fiestón a saco.

—Había que hacerlo, o sea por obligación. Ahora ya puedes elegir. Estás más así, hablando, sigues tomando tragos, hasta que llega un momento en que dices 'vale'; a casa no me voy, así que me voy de fiesta, pero es más natural, yo creo; antes era más obligatorio.

—También están las responsabilidades. Yo, por ejemplo, he estado trabajando los fines de semana, y si me pillaba una borrachera hasta las seis, el día siguiente a las 12 tenía que estar trabajando. Y entonces ya no es lo mismo.

—Yo creo que si te echas novio, te tranquilizas bastante».

G.D.1

En el hilo discursivo se plantea una reflexión comparativa en torno a los comportamientos frente a las drogas en general, y el alcohol y los porros en particular, respecto a los chicos. Transversalmente opera la idea de la temprana madurez de las jóvenes, frente al más tardío proceso de superación de la adolescencia y los comportamientos infantiles en los chicos. En el aspecto de los consumos de las drogas más ilegales sucedería igual: cuando los chicos pasan por los rituales de inicio, las chicas les llevan una cierta ventaja. Esto hace que cuando ellas comiencen a dejar el abuso, para reubicarse en un uso más racional de las drogas, ellos, en un proceso más lento de madurez, prosigan, incluso más allá de la edad en la que las chicas comienzan a ver en el consumo una reproducción rutinaria de la fiesta.

«—Llevan una evolución a peor.

—Yo, a chicos de mi cuadrilla, o que conozco, les veo más desmadrados ahora que antes.

—Las chicas nos desmadraron antes que los chicos. Con 15 años, casi todas las tías, algunas, las lían; y los chicos normalmente la mayoría no; todavía son, no sé si más niños o no; pero la lían más tarde. Entonces... claro, nosotras ya llevas desde los 15 hasta los veintitantos líándola. Entonces, como que ya empiezas a cansarte; bueno, a cansarte no, pero más a elegir cuándo hacerlo; pero los chicos empiezan más tarde».

G.D.1

Existe en todo el discurso femenino una idea que resume la propia visión que ellas tienen como mujeres, en oposición a la que en su entender representan los hombres: la de mayor control sobre todas sus actividades, y la libertad de elección que ello les da, especialmente significada en el contexto de las relaciones interpersonales en general y en las sexuales en particular. Esta cuestión de la sexualidad se abordará en mayor detalle en un posterior apartado del informe.

Si bien se advierte del peligro de que las relaciones interpersonales estuvieran mediatizadas por el alcohol, y pudieran agotarse en el vínculo que impone pese a que refuerza el nexo de unión grupal, en el caso de las chicas internamente operan otros lazos de mayor calado que sustentan sus relaciones de confianza en el grupo de amigas (y sólo en un segundo plano, más ocasionalmente, con los amigos). Aquí las drogas ayudan a ampliar el espacio relacional fuera de la cuadrilla, y al consumirse fundamentalmente en fin de semana (en el caso del alcohol, no así en el de los porros), durante el resto de días la unión de las cuadrillas se sustenta en otro tipo de lazos. También el abandono de la adolescencia marca otras improntas en la selección de las amistades.

«—Yo creo que en la adolescencia sí que alternas un poco más con chicos y luego vuelves a tus amigos del principio, que igual es algún chico también.

—Normalmente entre semana siempre suelo quedar con mis amigas; o me voy a casa de una, o quedamos a tomar un café o lo que sea; y luego ya el fin de semana es cuando más nos juntamos todos.

—Yo creo que es diferente, las conversaciones, cuando sales con chicas o cuando sales con chicos. Igual en tu caso no, porque salís desde pequeños, pero...».

G.D.1

«—Yo creo que lo del grupillo de amigas, el contarte ahí, o juntarte, «qué has hecho entre semana, no sé qué»... Y no cerramos las puertas a que no entre ningún chico, sin más; yo creo que es una cosa que los chicos tienen su cuadrilla, las chicas su cuadrilla y luego no quiere decir que no te juntes los unos con los otros, pero yo creo que sí que generalmente andamos el grupo de chicas, el grupo de chicos, y luego ya...».

G.D.2

Los viernes y los domingos constituyen el refugio en el entorno de los amigos próximos, y queda espacio para relaciones más intimistas y sosegadas. Estos momentos están determinados en mayor grado por la relación de la cuadrilla de chicas. Incluso el primer tiempo de la noche de fiesta es femenino. Las amigas quedan en las casas para hablar de lo acontecido en la semana, de las experiencias más intimistas. Posteriormente transitan a los lugares de encuentro para la fiesta, y comenzar el ritual del inicio de la noche del sábado, hacer los litros o la ronda de tragos de los

«kinitos». Luego en el exterior es el momento de juntarse con los «otros», donde la búsqueda de chicos, generalmente no de la cuadrilla, es más intensa, facilitada por la pérdida de prejuicios que el consumo de drogas posibilita.

«—Yo, la cuadrilla que tengo, la que no es de universidad, la de antes, la de siempre digamos, somos todas chicas. Luego sí que nos juntamos; igual tienes buenos amigos chicos que sí que te juntas, porque te los encuentras y quedas, pero en sí... O igual quedas a alguna hora con ellos para tomar algo o lo que sea, pero en sí en nuestra cuadrilla sí que somos chicas todas.

—Quedas con el grupo de amigas, las de siempre, y luego ya sí que te juntas, pues eso, con gente nueva que hayas conocido en la misma noche, o con las cuadrillas de los novios».

G.D.2

Se puede establecer, del habla vertida en las sesiones, que hay dos momentos grupales diferenciados en la noche de la fiesta: el privado, prioritariamente femenino y que refuerza la pertenencia al grupo de amigas, «*nosotras*» (espacio del intragrupo); y el público, escenificado por chicas y chicos, donde la cuadrilla se constituye en un puente hacia el exterior, al extragrupo, donde la relación se establece fuera de, en el escenario de «*ellos*».

4.4. LOS INICIOS

Existe acuerdo general en torno a los grupos en el sentido de que el inicio a los consumos se da en el interior de las cuadrillas y que pasa por una historia secuencial de productos de consumo, donde el alcohol opera como producto iniciático. Lo que, entiéndase, no lleva a una cronología de consumo de las diferentes drogas. Todas las sustancias son accesibles, porque están en los diferentes escenarios: rural y urbano, escolar y laboral, adulto y juvenil, bares y discotecas, en lo público y privado... Lógicamente, en mayor accesibilidad se encuentran el alcohol (ubicado en el espacio de las drogas permitidas socialmente), los porros, y en los últimos tiempos la cocaína (rayas).

No hay elementos moralistas en el discurso de las jóvenes sobre las sustancias y su uso, sino el reclamo al «sentido común» para ubicar los límites entre el control y la dependencia.

«—Porros, yo creo que eso ya se ve en todos los lados. Es como el tabaco; vamos, es una pasada, lo más normal. Nunca te vas a extrañar por... Supongo que es en todos los sitios así; no te vas a extrañar por entrar en un bar y ver que están fumando petas.

—Los porros sí. Otras cosas ya la gente se las guarda más. Por ejemplo, en pueblos más pequeños todo el mundo sabe quién se mete rayas y quién no, aquí, en Euskadi. En el pueblo de mis padres, allí todo el mundo lo sabe, y a la gente no le importa que se sepa; como a mí si fumo porros me da igual que mi vecino lo sepa, si no se lo dice a mis padres, claro.

—En los institutos incluso se ha... Mi madre, por ejemplo, es profesora de Universidad y dice que la gente va totalmente emporrada a clase. O sea, que... Y ella les ve antes de entrar a clase fumándose un porro, y eso es así».

G.D.2

En el discurso juvenil se percibe una vertiente crítica a la permisibilidad social existente en el tema. Crítica al mundo adulto que cierra los ojos ante un sistema que es incapaz de responder a la situación de elevados consumos juveniles y que además mira hacia otro lado. Siendo ésta cuestión de significada presencia social, no se aborda en las conversaciones con padres y madres; ni tan siquiera en los hogares de las más jóvenes que cuentan con progenitores de menor edad, y por tanto, más próximos al entorno social de sus hijas.

En algunos hogares sí se aprecia un incipiente cambio de actitudes con respecto a los porros, cuando en la familia fuman o han fumado estas sustancias. Se mantiene la mayor tolerancia tradicional con el alcohol, ya que de manera generalizada padres y madres beben.

«—Es que a mí mi padre me ve, o mi madre, con un porro, y aparte de que me mata, sería la mayor decepción de su vida.

—Pero porros no; y me ha pillado con una china, pero le dije que era de una amiga y ya está... No se imagina, o no se quiere hacer a la idea, no sé.

—De vez en cuando se fuma un porrillo. Pero no sólo una, tengo varias amigas que fuman en casa, o que le dice su padre; «oye por favor, vete a tal sitio y cógeme 10 eurillos».

—En mi casa son jóvenes; suelen salir algún sábado y ven lo que hay; y al revés, o sea, me tienen mucho más controlada. Han visto a jóvenes meterse rayas, cuando salen por ahí, y yo preferiría que fueran más mayores, que no salgan y no sepan lo que hay. Lo ven peor, pero no saben».

G.D.3

La versión de consumos precoces que ofrecen las participantes en los grupos de discusión revela que se han adelantado las edades de inicio en el consumo, sobre todo del alcohol. Literalmente, las entrevistadas revelan una experiencia, especialmente las más jóvenes, en el que distinguen su actual modelo de consumo, porque les gusta o les apetece divertirse, en contraste con los iniciales consumos compulsivos, de beber

hasta el límite en el menor tiempo posible. Ello revela que los inicios en el consumo de alcohol son previos, anteriores a estas edades.

El inicio temprano, en torno a los doce años, asombra a las propias jóvenes del grupo de Gasteiz: «*En la Kutxi a las nueve, ves gente entre doce y quince años... Yo con doce años estaba en casa... ¿Ves normal que estén preparando el disfraz para salir en carnavales con doce años?*». Achacan la responsabilidad a padres y madres que no imponen controles y que, por compensar su ausencia en el hogar, entregan a sus hijos e hijas adolescentes notables sumas económicas desde la niñez. También, al entrar antes en el consumo de porros, dominan en mayor medida las artes del «trapicheo».

El cambio en el sistema educativo supone un factor activador del consumo y de la carencia de referentes. El viejo modelo docente, de elevado control normativo y de carácter autoritario, habría dejado paso a otro de excesiva permisividad, que precipita a niños y niñas a una situación de anomia. El hecho de que la ley educativa ubique a los niños y niñas de doce años fuera del marco de la escuela y de su entorno próximo, para colocarlos en institutos en convivencia con jóvenes de edades que les superan hasta en seis años de diferencia, incidiría negativamente en su proceso de madurez y aprendizaje y activaría peligrosas actitudes de imitación espontánea.

«—Tu vas a una ikastola o a un colegio, me da igual, a donde los txikis, y ves que la educación que se está dando, de antes que eran hiper-autoritarios y era «esto es así», y el niño no podía opinar para nada, a ahora que se está permitiendo demasiado y es un poco con todo. Tú ves que un niño de cinco años está insultando al profesor.

—Como ahora, cada vez más trabajan la madre y el padre, no sé cómo decirlo, y para compensar ese rato que no están con sus hijos, o ese tiempo que no les dedican, les permiten muchas cosas y tienen muchas carencias».

G.D.2

«—También pelas. Yo fumaba petas, pero para empezar es que a mí no me daba para fumarme un peta, o sea, para tener dinero toda la semana. Y vas al instituto ahora y tienen todos los días, cualquier cuadrilla. Ahora la peña tiene pelas; ¿de dónde? Ni idea, pero...

—Los padres dan demasiada libertad y demasiado dinero, yo creo.

—Y ahora veo a mi prima, que tiene 14 años, y dice: el otro día cogieron speed.»

G.D.1

Se inician con el alcohol y posteriormente con los porros, donde una mayoría de los iniciados se instala para no pasar a otras sustancias. Ahí aparece un cierto miedo o prevención ante el riesgo de la dependencia. Si hace unos años el alcohol

era la sustancia más socializada, en el entender de las jóvenes, los porros habrían alcanzado una gran extensión de consumo, en paralelo al aumento del grado de permisibilidad social asumido. Ambas sustancias, como hemos comentado antes, pertenecen al espacio del vínculo y su uso en grupo se limita a los fines de semana (como la cultura anglosajona del alcohol).

Existe un claro acuerdo en que el alcohol, y en menor grado los porros, se puede controlar, y de hecho se controla con la edad, al salir menos. Se da una menor necesidad de sus consumos, que se vuelven más esporádicos y abandonan el espacio del uso compulsivo para ubicarse en el del goce hedonista.

El inicio se fundamentaría en la curiosidad, y se rechaza en general la existencia de un entorno problemático, o un tipo de personalidad acomplejada como catalizadora al principio, o un mayor riesgo para llegar a la adicción en estas personas. Una mayor calidad de la información, minuciosa, accesible, detallada en las sustancias y sus efectos, así como los indicadores de su calidad y dosis, ayudaría a la prevención del uso y abuso y de los riesgos implícitos.

«—Con la gente que no fuma igual te distancias un poco más, pero con la gente que fuma, cuando vas fuera o así, preguntas a alguien «¿tienes papel?», o haces amigos o no sé... «¡Ah, tu también fumas!», o no sé.

—Y luego el Soma es un ambiente como de porreros, de relax, no sé.

—Yo conozco a mucha gente que se droga los fines de semana y no se droga entre semana.

—A mí tampoco me motiva meterme una raya un día a las ocho de la mañana.

—Igual es porque tú no tienes esa adicción, pero es más fácil hacerte adicta a eso que hacerte adicta al alcohol».

G.D.3

En el caso de los porros la propia sustancia crea sus vínculos y genera ciertas subcuadrillas de consumidores de esta sustancia. También tiene sus propios ritos de consumo, sus espacios y momentos, incluso estados anímicos ideales para su consumo. Sobre la mezcla con alcohol y su carácter relajante también se articulan descriptivos en el habla grupal. A la vez se vislumbra un mayor uso en los espacios de lo cotidiano, más presente en el grupo de menor edad, incluso en el ámbito escolar, aunque ello suscite la reflexión de si se está perdiendo el control sobre las drogas, y si por ello existe *riesgo* de entrar en la *dependencia*¹⁴⁶. En el grupo de las más jóvenes se habla de plantearse un control sobre el empleo individual de los

¹⁴⁶ La noción de dependencia parte de su conceptualización en términos psicoanalíticos, que entiende que el sujeto psíquico es quien entra en relación de supeditación con las drogas.

porros, fumar en clase o en casa para dormir, por entrar en la liminalidad de la autotolerancia.

«—En clase nos hemos propuesto dejarlo; porque luego llegamos a clase, a mí me sacaron a la pizarra, estuve una hora y no tengo ni idea de mate, y lo pasé mal. Y dije: bua, yo no vuelvo a fumar ahí...

—Nosotras, en clase también, vamos al baño, pero vuelves en cinco minutos; entonces ya te sube el morao, pero increíble.

—Yo lo paso fatal, estás en clase y te da la sensación de que la tía te está mirando a la cara y te empiezas a poner blanca; la de al lado se empieza a partir el culo».

G.D.3

—Miedo también es a los efectos, o sea al hecho de que te pueda enganchar. Porque yo decía con el alcohol: no, no, no. Lo probé y dije «¡va; sólo esta vez!»; y los cojones...».

G.D.1

La *adicción*, en este discurso, se remite al espacio de las otras drogas, en especial a las pastillas y los alucinógenos, que alterarían el control sobre el deseo y del propio cuerpo, para penetrar en la afectación del sistema nervioso. No habría riesgo en probar. El peligro está en el uso continuado de las sustancias.

La heroína resulta ser la sustancia que mantiene los elementos tabú de las drogas, del riesgo físico y psíquico de la dependencia y la adicción (el heroinómano resulta ser el símbolo más perverso de la drogadicción), y de los referentes asociados a la representación de la muerte.

4.5. LAS FRONTERAS RESPECTO A LAS DROGAS

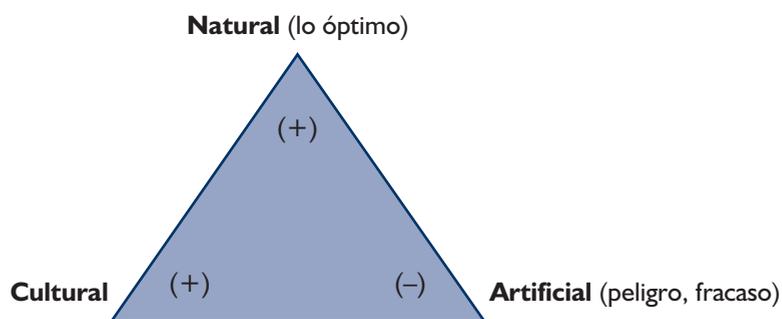
No hay intento analítico, más o menos exitoso (y, por supuesto, no consciente), de formular una red de relaciones entre las distintas drogas y sus usos, que las vincule con su carácter cultural y su naturaleza como sustancias. Este esquema inconsciente, que se acomoda plenamente a la matriz conceptual denominada *triángulo sémico* (desarrollado por Francisco Pereña), puede definirse como una maquinaria de generación de discursos. Según él, todo discurso viene a repetir, bajo sus diferentes manifestaciones concretas, una misma estructura mítica que es también moral. Es un modo de codificar lo humano a través de un estatuto reconocible, distinto de la naturaleza, pero tomando siempre a ésta como su origen.

Lo natural es lo óptimo; lo cultural entra en su espacio; y lo artificioso se degrada a través de los conceptos de «puro químico» o similares. En ese cuadro opera el

fracaso de lo humano cuando se aparta de su ser cultural (que exige el vínculo con lo natural).

Todo discurso sería, en el fondo, mítico. Repetiría esta estructura en cada una de sus manifestaciones culturales, disponiendo simbólicamente qué es cultural, qué natural, qué artificio o fracaso. Todo ello, naturalmente, trabaja de diferente modo para cada época y cultura, pero repite siempre la misma estructura. Toda manifestación cultural, incluyendo aquí la ciencia misma, no sería sino exigencias del sentido, de un sentido que, en palabras de Kolakowski¹⁴⁷, pondría en juego determinadas construcciones que nos permitirían «conectar teleológicamente los componentes cambiantes y condicionados de la experiencia, relacionándolos a realidades incondicionadas (tales como 'ser', 'verdad', 'valor')»¹⁴⁸.

Figura I: Triángulo sémico (Francisco Pereña)



Una operación de esta naturaleza se trasluce en el discurso de las jóvenes de la Comunidad Vasca que analizamos. Inconscientemente, trataría de conectar las drogas culturales y las susceptibles de culturalización, en relación con su carácter natural como sustancias. Habría, por el contrario, otras drogas, artificiales (de manipulación química), de difícil culturalización, que quedarían en nuestras sociedades como fenómenos urbanos marginales (en el terreno del artificio, del fracaso de lo cultural).

El problema es siempre qué mediaciones encontramos (esto es, qué mediaciones se dan en el discurso), para adscribir una determinada sustancia al polo del artificio. El triángulo sémico, como matriz que es, no incluye mediaciones predeterminadas. Estas son siempre históricas y culturales. Cambiantes, por tanto.

«—Y poco a poco los porros también son bien vistos. Cada vez, cuanto más normal es el consumo, mejor visto está. Al principio, de los porros, o de alguien

¹⁴⁷ Kolakowski (1999), *La presencia del mito*, Madrid, Cátedra.

¹⁴⁸ Vilches C., Peinado A. y García, P. *Alcohol y otras drogas en los jóvenes de Navarra (13 a 21 años)*, Plan Foral de Drogodependencias en Navarra (inédito).

que bebía mucho o lo que sea, se decía: «jóé, alcohólico, qué mal». La sociedad lo tenía un poco así, y ahora, beber, todo el mundo bebe; fumar...

—Los petas estaban peor vistos, y ahora...».

G.D. I

En nuestras sociedades la cocaína podría ser una droga cultural. Hay espacio para ello en la organización discursiva que analizamos (por ejemplo, a través de ciertas referencias a consumos juveniles de esta sustancia vinculados a ocasiones excepcionales: Navidad, Fiestas locales, etc.). Pero no podría serlo la heroína, que a su carácter de sustancia de laboratorio, añade su potencial destructor de la vida, que se relaciona con la degradación personal y la muerte en última instancia. Nada que suponga la muerte puede ser colocado del lado de una organización cultural (salvo que aquella fuera fuente de vida, lo que no es el caso. Aquí reencontramos el carácter decisivo de las mediaciones).

Y precisamente porque de mediaciones se trata, el triángulo sémico no se estructura completamente, en lo que a sus contenidos se refiere, en el discurso juvenil sobre las drogas. Lo impide la ambigüedad entre *uso* y *sustancia*. En efecto, hay sustancias cuyo riesgo físico y moral depende de las condiciones de su uso, de su frecuencia, de su cuantía. Hay otras cuyo riesgo estaría vinculado a la naturaleza misma de la sustancia. No dependería, o no dependería tanto, de las condiciones de uso. Pero decimos que aquí hay ambigüedad, pues el límite entre lo uno y lo otro no está perfectamente definido. Y ese límite sería a la vez exterior y subjetivo. De que se sobrepase uno u otro dependería caer o no en la dependencia. Vemos aquí, de nuevo, que indagar en esa imprecisión de la diferencia entre sustancia y uso requeriría estudios específicos para cada una de las distintas sustancias, o para conjuntos coherentes de ellas. Retengamos, sin embargo, que en términos generales, esa imprecisión parece estar en el corazón mismo del discurso, que representa, dicho de otro modo, una zona oscura, poco asentada, del mismo.

El límite se juega en el terreno de las cantidades. El exceso en el consumo de determinadas sustancias significa traspasar un límite exterior. Uno puede excederse en un momento determinado en el consumo de tabaco, alcohol, incluso hachís o marihuana... Pero este exceso sería recuperable. Toda sustancia tomada en exceso y de manera reiterada sería negativa, dañina en el orden físico. El problema es que aquí no hay cantidades precisas.

De continuo, sin embargo, se reconoce que las dosis o cantidades de sustancia tienden a aumentarse con el hábito, ya que para «*pillar el punto*» se hace necesario aumentar la dosificación. En el control de las medidas las mujeres tendrían, frente a la mayor carencia en los hombres, la posibilidad de decir «no».

«—Lo que pasa que hay gente que se mete siempre, que ahora se van de discoteca y se colocan. Ésos se meten siempre, o sea, cada fin de semana. Y en cambio yo tengo en mi cuadrilla gente que igual en Nochevieja se mete, o en San Fermín, tal vez en fechas señaladas, y eso tampoco me sorprende; lo veo natural».

G.D.1

«—Aparte que ahora tienes que beber el doble para que te suba. Al menos a mí me pasa, que yo ahora tengo que beber un montón más para estar de borrachera.

—Las reacciones, al fin y al cabo, son peores con el alcohol, y yo pienso que nosotras en cualquier momento, podemos decir: no bebo; y ya está».

G.D.3

La cultura juvenil de las drogas ha ampliado sus fronteras. En investigaciones precedentes los sujetos señalaban sus límites en el porro. Hoy este horizonte se encuentra fronterizo en la cocaína, y se admite su uso en términos de ocasión señalada, aunque se reconoce que hay que poseer una cierta experiencia previa con el alcohol y los porros, y tener «una cabeza bien amueblada».

«—Hace dos años, pues con 20 años, dije: por qué no; yo creo que ya tengo la cabeza lo suficientemente amueblada como para decir: lo voy a probar y sólo voy a probar para verlo. Y luego alguna vez lo he consumido pero, lo que te digo, en ocasiones puntuales.

Yo para salir habitualmente prefiero el alcohol, por encima de todo, pero porque, lo que te digo, al día siguiente estoy muchísimo mejor que si me meto rayas».

G.D.1

«—El alcohol, por ejemplo, te compras la botella y ves lo que es, pero igual alguien te pasa algo y puede llevar cualquier cosa».

G.D.2

El uso del alcohol permite una experiencia más controlada y continuada, en las cantidades, los efectos eufóricos en la fiesta, y las consecuencias posteriores de la resaca. De ahí el discurso apologético desde el que se fetichiza, facilitado por su condición de droga legal, y ubicado en la triangulación sémica en el espacio de lo cultural. El alcohol está controlado por la Administración, y por tanto se garantiza la calidad del producto, si bien el precio también determina su calidad.

4.5.1. La marihuana

La marihuana, ubicada en la vertiente sémica de lo natural por excelencia, ha experimentado un desarrollo en términos de cultura, de modo que se ha semantizado

y valorado a partir de la cada vez mayor extensión de su cultivo entre la población. Existe un mayor dominio sobre la sustancia, facilitado por los medios técnicos que posibilitan su desarrollo y recolección en el propio hogar. Esta actividad introduce en el habla de las chicas una diferenciación significativa que requiere consideración.

La producción de marihuana se plantea como actividad masculina; también el comercio y distribución (de todas las sustancias en general). A las chicas les interesa su accesibilidad actual y el referente de garantía natural que da este sistema de producción entre el círculo de amistades. Máxime cuando hay un miedo, no tanto a las drogas como sustancias tóxicas que se reconoce que lo son, sino a la manipulación (el polo de lo artificial en el triángulo sémico) que sufren en el proceso, desde su elaboración hasta el punto de distribución. Y siempre depende de la confianza que tengas en la persona que finalmente te las pasa. Este miedo se acentúa ante la heroína, la cocaína, los alucinógenos y toda suerte de productos en formato de pastillas.

—Depende de quien te la pase; porque hay muchos problemas con la calidad de lo que circula. Tienes que saber quién... o sea, tiene que haber confianza, porque...».

G.D.2

—Y si no, la marihuana; si los tíos tienen marihuana es como si tienen novia.

—«Porque voy a ver a las niñas»..., te dice. Pero, tío, que estás hablando de unas plantas... Y a darles masajes, y a cantarlas y...

—Que son tontos.

—Fumar; evidentemente alguien la tiene que plantar... Pero, no sé, estar una hora y media hablando de cómo van las marihuanas, pues... Cinco minutos está bien, pero luego lo importante es catarla; creo yo».

G.D.1

El cultivo de marihuana establece una relación especial entre el chico y la planta, cercana, en el entender de las chicas, a una cierta erótica del deseo (ya que la planta pertenece al ámbito de lo femenino). En el chico hay mucho de exceso: en el consumo, en el tiempo que les ocupa el relato sobre las drogas y sus efectos, en los cuidados a las plantas... Cuando las chicas deciden cultivarla, lo hacen en términos de unidades, no de plantación (lo necesario para su consumo). Según el relato de las chicas, el ideario de las drogas estaría reiteradamente presente en el habla masculina (exceso de presencia).

Por contra, las chicas traslucen en su discurso sobre las drogas una vertiente estricta y pragmática, sin retórica («si voy a pillar, pilló... No me hago amiga suya (del que pasa); y los tíos son más dados a ...»). Aunque para la adquisición de marihuana y

hachís generalmente se recurra a personas conocidas del entorno cotidiano, chicos en la mayoría de las ocasiones.

4.5.2. Las pastillas

Las «pastillas» se ubican en el espacio de lo artificial, de lo no deseado. Se han ido escorando a lo negativo, desde una cierta posición fronteriza entre lo cultural y lo artificial durante los años noventa. En el grupo de discusión se rechazan por los efectos que proyectan contra una parte del vínculo social y su carácter comunicativo. Se asocian a una territorialidad: la de las discotecas y su peculiar ambiente (estético y musical). Su consumo activa comportamientos agresivos, más acordes al modelo tradicional de lo masculino. Se constituye en una trasgresión de lo social que les aboca, a ellas, a un imaginario de marginalidad. Incluso su uso cotidiano, en el decir grupal, conlleva la pérdida del estado de control subjetivo, a la enfermedad psíquica materializada en procesos de esquizofrenia. El discurso se construye aquí en términos de miedo¹⁴⁹ al riesgo que su uso puede acarrear. A la pérdida del control subjetivo que tanto preocupa a las chicas al colocarse, con algunas sustancias, en el umbral de la exclusión social.

«—La música y la droga les hace ser un poco más agresivos; porque, si no, no es lógico que sean los que más peleas tienen y...

—Es que una discoteca tampoco se presta a que te comuniques mucho con la gente. Ya de por sí el sitio... O sea, que tampoco es la droga; la música a tope y...

—Yo antes tenía unas amigas que empezaron a salir de discotecas y eso... Y ya no hablan conmigo. O sea, igual las veo de vez en cuando, quedo con ellas y tal, pero ellas ya se han buscado su ambiente de pastillas, de no sé qué, de no sé cuántos, porque veían que nosotros no lo hacíamos».

G.D.I

El discurso de rechazo (por lo que de marginación y de muerte simbólica representa) se construye a través de la valoración de experiencias próximas, incluso en amigas de la propia cuadrilla. Las pastillas no cumplen el papel de activar la comunicación otorgado a las drogas en la cultura juvenil, o la génesis de experiencias gratas en el ámbito de la cuadrilla o de las relaciones de pareja (idea del goce). Su carácter de manipulación química refuerza este distanciamiento de lo deseado (natural).

Se sitúan, en el discurso intergrupal, plenamente separadas de las sustancias normalizadas.

¹⁴⁹ «Sentimiento de angustia ante la proximidad de algún daño real o imaginario». J. Casares (1990), *Diccionario Ideológico de la lengua española*, Barcelona, G. Gili.

«—Cuando salió el boom de las pastillas, yo es que, ya he dicho antes, cuando estoy en Zamudio, la gente que está con mi amiga, es que está... Toda la gente que se había metido pastillas, cuando salieron, bueno, cuando salieron no, al principio, y que ahora se está viendo que esa gente se le está yendo la olla...

—Te estás metiendo algo químico.

—Sí, sí. Normalmente la gente con las pastillas es insoportable; y si encima de pastillas es con rayas, que se le va la mandíbula, no le entiendes nada...

—También hago mucha diferencia entre las pastillas, tripis y todas esas cosas; igual la farlopa y el speed y luego igual también, la cocaína y el speed también son malísimas, y hoy en día están mucho más adulteradas que hace años, pues sí, pero creo que son bastantes tipos diferentes de drogas. Creo que hay que tener mucho cuidado.

—Depende qué cosas no probaría. Pero eso, dije: ¡bah, lo pruebo! Como he probado el speed o la cocaína, pero yo que sé, luego he visto que mis amigas, una de ellas está fatal, y es por las pastillas; y qué va, digo no; y cuando fui a verle, que veía a la gente que se ha comido pastillas y cómo está, están todos de la olla, con unas paranoias y unas movidas; y dices joder...».

G.D. I

En todo caso, el límite de la trasgresión, rehusado en todos los grupos, incluso en términos de prueba, se encuentra en la heroína. El rechazo tiene que ver con los efectos, pero también con la relación con el propio cuerpo. Las vías bucal y nasal como medio de ingerir las sustancias presenta, por este orden, mayor tolerancia; en lo que respecta a la vía intravenosa ésta suscita una repulsa manifiesta (fobia a pincharse).

4.5.3. Cocaína

La cocaína y el speed, de mejor referencia que las pastillas, ocuparían un espacio de frontera entre lo cultural y lo artificial. La manipulación a que están sometidas estas sustancias las aleja de la dimensión de lo cultural. Pero reciben menos reticencias por ser más naturales que otras drogas del carácter de lo «fuerte», siempre y cuando su uso sea controlado y con carácter de ocasionalidad.

«—No, yo no estoy hablando tampoco de meterte una raya, porque si te metes una raya igual estás tan normal. Pero si ya te metes más...

—Pero ya de pastillas...

—Sí; una pastilla, y mongolito para toda su vida. Y ves eso y dices... Yo no conozco a nadie que se haya quedado mongolito por beber alcohol.

—Yo creo que con coca, o sea, no le daría tanta importancia como a una pastilla.

—Ya; también.

—Una raya antes de una pastilla».

G.D.3

«—Con el tema de las pastillas, empieza porque has bebido, o sea, llevas bebiendo mucho tiempo, y llega un momento en que con el alcohol no tienes un punto de diversión total. Entonces lo que buscas es un punto más, una escala más, y ¿qué haces? Llegas a ese punto de consumo».

G.D.2

El discurso de los grupos remite a una idea de generalización del consumo de la cocaína, tanto en los espacios selectos a los que estaba ligada inicialmente (profesionales y clases acomodadas), como en el resto de escenarios. Se habla en concreto de una presencia notable en el ámbito rural. A su uso combinado con otras sustancias como el alcohol, menos atrayente con las pastillas por el descontrol que provoca. En el entorno de las chicas se le ubica más para su consumo en días señalados. Son conscientes de que esa trasgresión de los tiempos de uso favorece la posibilidad de una adicción.

4.5.4. LSD

Los productos que activan la pérdida de la conciencia plantean serias dudas para su ubicación en el triángulo sémico. En principio el discurso se torna preventivo, tamizado de miedo a su consumo. Tal es el caso de los productos alucinógenos, sea el LSD o los monguis —más cercanos al espacio de lo natural y a su control en el propio medio de la naturaleza—, pero con una elevada posibilidad de riesgo por no poder ser controlada ni la dosis necesaria ni su composición, lo que abre la especulación del no retorno. Este aspecto se reitera en relatos que adquieren una cierta proximidad al formato fantasioso de las leyendas urbanas. Existe un acuerdo en la idea de la importancia del espacio y de un cierto ritual: escenario próximo, amigos de confianza, estado anímico de euforia predispuesta. Si no, el mal viaje se cierne sobre el imaginario grupal. Aquí aparece también la distancia y desconfianza que suscita lo químico.

El habla juvenil se separa del carácter mítico y místico que el LSD (ácidos y tripis) jugó para la generación de la década de los sesenta. En la actualidad estaría desubicada de referentes estéticos, ideológicos e incluso de estilos musicales como antaño. Es su propio carácter de alucinógeno el que le otorga su identidad diferenciada.

«—Yo no; depende. Como te toque uno malo, mira, la has cagado.

—No, no diría que no; ahora mismo igual sí te diría que no, pero igual un día, en una situación perfecta, diría guay, por probar... Pero es que también me han

metido mucho acojono porque me han dicho que tienes que estar en un sitio cerrado, porque te entran paranoias...».

G.D.3

«—Los monguis yo los apartaría porque, no sé, las cosas químicas es diferente de algo relativamente natural, como son los monguis; yo eso lo apartaría. Hombre, sí que también el efecto es parecido, pero es diferente meterte algo químico que han elaborado vete a saber dónde, que comerte un hongo...».

G.D.2

«—Sé cómo reaccionas con ese tipo de drogas y sé que voy a estar con la «¡ah tía, por qué te has comido esto!» Y me va a sentar mal, y me voy a comer la cabeza.

—Se les va, yo he visto gente de mi pueblo que está... Hay un montón de tarados, peña que se ha quedado más pillada... Que si los tripis, que si...».

G.D.1

La necesidad de controlar las situaciones, el dominio de la racionalidad frente a lo imprevisible de las drogas que provocan un estado de alucinación, previene en mayor grado a las mujeres que a los hombres en su uso («me voy a comer la cabeza»). Éstos presentan menores prejuicios a moverse en abstracto y a la crítica de su entorno relacional.

Finalmente en el discurso conversacional de los grupos de discusión se hace referencia a otras sustancias de menor incidencia, pero que se encuentran en la periferia del consumo emergente.

«—A mí alguna vez que he hecho lo del cloretilo me pasaba que la voz, nos estábamos riendo y la voz de la otra me parecía súper rara; la oía como... Eso son sólo unos segundos.

—Qué va. Como lo de la salvia

—Se pone en la pipa, pero con eso ya te vuelves subnormal perdida.

—Dura unos minutos o así.

—Pones la pipa y le das a la pipa, le das un tiro y de repente te pones... O sea, yo he visto hacer a unos chicos delante nuestra y de repente el tío empezar a hablar que no sabe ni pronunciar palabra. Se le caía la baba. Sólo son cinco minutos y es increíble. Verlo, te echas unas risas...».

G.D.3

«—Le llaman la droga del amor porque estás como más en plan ahí, no con tu pareja sólo, con amigos, con gente que tengas confianza.

—Es que no sé exactamente la droga que es, o sea me lo dijo pero no me acuerdo del nombre. Y eso que necesitabas estar ahí con mantas y no sé qué y hablando súper a gusto; y la gente más dispuesta: un cigarro, toma, no sé qué. A mí me hacía mogollón de gracia; y que necesitaban, que prepararon mogollón de zumos».

G.D.I

Así, se habla de la ketamina como sustancia de efecto sedante (dado su uso anestésico en la veterinaria) presente en la cultura de las drogas, aunque escasamente consumida. Se refieren a ella en términos de droga salvaje. También la aspiración de «cloretilo», que provoca un efecto inmediato de pérdida de los sentidos. O la «salvia» fumada en pipa, que pese al desconocimiento existente, se dice que es una hierba, y posibilita pasajes de abandono del consciente. En el relato grupal se habla de una supuesta «droga del amor» que facilita relaciones más intimistas y generadora de sentimientos afectivos.

4.6. A LA DIFERENCIA POR LO FEMENINO

Si, como venimos relatando, en el pensar y actuar con respecto a las drogas existe una vertiente claramente femenina, no resulta menos cierto que deriva de la permanencia de una mentalidad androcéntrica tradicional en tránsito hacia una modernidad que parece difusa y distante, al menos en el plano igualitario de lo social. Una modernidad de la que, si se separan los elementos de la cultura tecnológica, sobredimensionados, se descubre un tránsito anómico que oscila entre el denostado autoritarismo precedente y una permisividad sin referente normativo. La coeducación, pese a suponer avances significativos, no ha removido el necesario cambio de las actitudes más perversas de la cultura tradicional de lo masculino. Se hace necesario desplegar una cultura educativa igualitaria, lo que no significa borrar las identidades de género. La coeducación, en muchos centros educativos, se limita a un juntar en el aula a chicos y chicas; de ahí la permanencia genérica de roles en los grupos de pares.

Sirvan como pequeña muestra los relatos que se han transcrito en torno al ritual de inicio al consumo del alcohol en la «fiesta». Siempre se establecen relaciones de confidencialidad entre las chicas en una escena reducida a las amigas de más confianza, para luego, en un segundo momento, aflorar al espacio común de ambos géneros. Lo privado remite a una mayor intensidad femenina; lo público resulta el espacio de la intermediación y el encuentro.

En el discurso de las chicas¹⁵⁰ aquí estudiadas hay mucho de cautela, de contención en cuanto a prever las consecuencias de sus actos, a un pensar estructurado desde lo racional –quizás en exceso–. En esta línea, y pese a mantener la conciencia incluso en los momentos de inconsciencia, la fiesta tiene ese carácter terapéutico del que hemos hablado, porque les libera de la responsabilidad que la sociedad les imprime por su condición de género. En el entender de las chicas, los chicos caminarían por la escena vital con menor presión, al menos en el espacio de lo juvenil. Por ello, su capacidad para desinhibirse sería mayor en general y en sus actitudes ante las drogas en particular.

Si bien las mujeres se imponen unos ciertos límites a los consumos, no parece que actúen, como se señala en estudios precedentes, en el sentido de señalar límites a los miembros masculinos de la cuadrilla. Pese a que cada vez en mayor medida se unifiquen, tanto en la cantidad como en las sustancias, los consumos de drogas normalizadas en ambos sexos, existe –como venimos señalando de forma reiterada– un cierto matiz que los diferencia, y ello está sin duda en el autocontrol de la liminalidad. Diferencia de consumo que se aúna en las edades de inicio por su carácter convulsivo, para discernirse progresivamente en términos de subjetivación en la medida que aumenta la edad y la implicación laboral y/o afectiva de las jóvenes. En el acto de beber se sientan diferencias manifiestas en función del género. Las chicas se refieren a éstos en conceptos de que no paladean la bebida; «la tragan»; ingieren sin el efecto previo de cata que el alcohol requiere. No hay goce en la acción, seguramente por la falta de aprendizaje en la cultura mediterránea del beber. Solo búsqueda de una reacción.

«—Hay algunos que siguen ahí... hasta las 7, las 8, con unas mangas. Como cuando éramos más pequeños; y yo sin embargo ya hay una hora que me voy».

G.D.1

«—Tienen doble aguante y tragan pero... Conocemos un grupo de chicos que beben ginebra, ginebra para hacer litros; es que además se beben igual media botella cada uno tranquilamente. Van luego bebiendo vodka a palo seco; yo flipando, tía».

G.D.3

En el ámbito público de lo festivo y relacional las chicas se mueven con mayor soltura, conscientes de su dominio escénico y de su mayor listeza. El habla de lo fe-

¹⁵⁰ No se olvide que aquí nos referimos a los grupos sociales de chicas que hemos denominado, en el diseño de la investigación, como «normalizadas», y que el análisis del discurso remite exclusivamente a los grupos objeto del presente trabajo. Es posible que una investigación cualitativa que tenga por objeto otros estratos de lo femenino mostrase actitudes discordantes con lo aquí expuesto; por ejemplo los grupos de chicas consumidoras activas de sustancias con mayor capacidad adictiva.

menino está tamizado de autoestima, de mayores habilidades en el juego de lo relacional, de manipulación de lo masculino, aunque son conscientes de que en ello se adquiera un cierto nivel de riesgo; más presente cuando se juega fuera del entorno de la cuadrilla. Y aquí en el juego que se establece, en el flirteo de la noche entre los géneros (porque hay erotismo y deseo libidinoso) se traslucen con mayor intensidad los estatus y sus roles derivados. Hay un constante actuar dentro y fuera de la cuadrilla, en un refuerzo de la posición propia en el grupo a través de la relación exhibicionista con los «otros y otras», que en el caso de las chicas siempre resulta más exitosa, aunque provoque los comportamientos más protectores (proteccionistas) en el género masculino: síndrome de pastor de un rebaño de hembras.

Cuando se establecen relaciones afectivas de pareja, suceden dos cuestiones. La primera tiene que ver con que en general las chicas se ven alejadas de sus cuadrillas, para compartir la relación personal y en ocasiones la cuadrilla del novio («se dejan raptar»). Un segundo matiz del habla grupal defiende la idea de que los hombres, celosos en su mayoría, tienden una red que envuelve a la chica y que le limita en su capacidad de movimiento, al margen de que los novios siempre están en una actitud defensiva.

«—Bueno, tienes novio y te digo que, el primer mes no, pero a los dos meses tu amiga está desaparecida.

—También depende de la persona. A mí, aunque tenga novio, no me gusta dejar de estar con mis amigas. Hay gente que, que sí, que...

—En mi cuadrilla hay algunas que desaparecen.

—Se han dejado raptar...

—Si tienes novio te condiciona al no poder hacer tonterías un sábado. Yo por ejemplo, tengo novio y es súper celoso, y a la mínima que vea que un chico me viene a decir algo, ya, le miro y está con una cara de perro increíble.

—Pero en el fondo le encantará que vayan a hablarte, como «va donde mi novia».

—Me pongo mini falda y ya se pone tonto porque dice que los demás me están mirando.

—Pero eso ya es que es un posesivo, sin más.

—Yo antes cuando no tenía novio y salía, la relación con los chicos que podía conocer en la noche era tontear.

—No quería decir que te ibas a liar con ellos, sólo que estas tonteando, punto.

—Y ahora es que estoy con mi novio y hay veces que me aburro porque, digo, quiero ir a hacer el bobo por ahí, y no puedo.

—Y si lo haces se cabrea contigo para una semana y dices: pues no».

G.D.3

En este espacio dominado por el modelo de comportamiento masculino, incluida la caballeridad de invitar a las doncellas, las chicas confiesan que en aras de su pragmatismo se dejan llevar en lo que les resulta beneficioso. El hecho de no pagar algunas consumiciones, aunque suponga tener que jugar un papel de escucha desinteresada en ocasiones, o pese a no tener edad poder acceder a locales sin abonar la entrada, constituyen «ventajas» del género.

A pesar de que se reitere en las conversaciones de los grupos la idea de que los tiempos están cambiando, el cambio no parece tan de fondo, al menos en el relato que nos ocupa.

«—La iniciativa no.

—Eso ha cambiado bastante; pero a la hora de invitar sí, ellos te invitan.

—Nosotras somos más listas.

—¿CÓMO ES ESTO DE QUE SOIS MÁS LISTAS?

—Está claro que nos aprovechamos de la situación, y ellos como están borrachos y se dejan, pues aprovechas, sin más. Si te invita un chico a una copa, a cambio de algo va a ser, porque, «qué amiga eres, qué bien me caes»; no; es porque hay algo detrás, entonces... Tu bebes la copa y luego dices: venga, nos vemos».

G.D.3

Las chicas habrían tomado la iniciativa, aunque hagan uso de ella cuando les convenga. Hay un juego de signos que opera a través de un significante que funciona más allá de la comunicación verbal. Que señala cuándo hay deseo o se responde a una incitación con un gesto de negación de éste. En suma, *lenguaje* en su sentido más holístico.

«—Yo por lo menos, sin decir nada, antes igual te venía y, «oye, ¿quieres algo?». Ahora ya no, ahora ya sabemos, y sin decir nada igual vas, te lanzas y ya está; sin decir nada, no hace falta, no sé.

—Eso un amigo, aparte de tu novio que pueda ser tu amigo, pero un chaval así, que vaya de duro, es que no.

—Que se queda en eso; no hay nada más.

—Yo creo que solo buscan sexo para pasárselo bien y punto.

—Y si tú quieres eso pues eso, y si no...

—Sí; es que puede que un día te apetezca, y entonces vas a eso y sabes que sólo tienes eso.

—Eso pasa generalmente cuando estás borracha».

G.D.3

Respecto al modelo de lo masculino se dan dos momentos: uno de primera atracción del modelo de chico fuerte y duro, al que se le puede utilizar para determinados momentos, incluso para el sexo de una noche, y un segundo momento como pareja. En este último, el grupo reflexiona y apuesta por un modelo de hombre relacionado con el concepto amigo, más ligado a la parte emotiva.

El abuso del alcohol facilita los contactos sexuales con personas de manera imprevista, aunque inicialmente no hubiera deseo. Las chicas se muestran conformes con la idea de que con el alcohol se activa el deseo sexual (en ambos por igual) y el estado de desinhibición facilita la disposición a los contactos. También se reconoce que las chicas están cambiando y toman la iniciativa, pero el «sí o el no» siempre está en sus manos. Los chicos para el sexo siempre responden en afirmativo. Incluso algunas chicas creen que el cambios de comportamientos respecto a lo femenino ha liberado un mayor deseo sexual en las jóvenes, que antes no afloraba por estar reprimido.

Excepto en casos de notable borrachera, el autocontrol femenino opera; otra cuestión más complicada resulta poder controlar al otro.

«—El estar borracha facilita.

—Yo creo que te apetece más cuando estás borracha.

—Cómo, controlamos en qué sentido

—Bueno, también, según la borrachera que lleses.

—A tí te puedes igual controlar, pero igual al otro no.

—Las chicas tenemos la opción de decir «sí» o «no», y ellos sólo es «sí»

—Ya sabes qué quiere.

—Y eso es un hecho.

—Y él es el que depende de tí, o sea si tú...

—Si tú no quieres, hasta luego.

—Es que él, no es que no quiera, es que no...

—Pero igual lo has visto y no pensabas irte con él; pero has bebido y te vas. Eso también suele pasar».

G.D.3

«—Tenemos más fuerza de voluntad también que los chicos.

—Somos más valientes.

—Yo creo que admitimos también más nuestros errores. Somos más humildes en ese aspecto, yo creo que sí.

—Creo que siempre hemos tenido más responsabilidades que los chicos, que siempre se nos han asignado más, entonces estamos más acostumbradas a tener más responsabilidades. Yo tenía mis responsabilidades, tenía mis cosas que hacía en casa, ayudaba, si había que hacer, no las compras o las cosas de casa, pero en todo siempre, no sé, yo veía que ellos se preocupaban de coger la bici, se iban al estadio, a Mendizorroza, se pasaban ahí el día, el bocadillo que se lo hacía la madre y se comía allá el bocata, jugaba al tenis un poco y vuelta a casa. Y yo, pues igual llegaba a las cinco de la tarde a la piscina y hasta entonces había estado preocupándome de otras cosas.

—Ya tienes una costumbre, desde antes ya te acostumbras a hacer más cosas y...».

G.D.2

Pese a que se afirme la existencia de un cambio de mentalidades y del modelo de relacionarse entre chicos y chicas, al tocar la cuestión de las relaciones sexuales, aún reconociéndose una normalización de éstas, el machismo se muestra reiteradamente. En ocasiones esa idea de varias relaciones resulta descalificada por las propias compañeras. Las chicas que tienen relaciones con distintos chicos, o de manera esporádica, por libre, son señaladas como «guarras». Para el chico no existe un concepto negativo, y se emplea el término de «cabrón», que remite a una idea valorativa y de éxito, de potencia masculina. En el discurso femenino se expresa un cierto recelo en el sentido de que existe una doble moral que se aplica en su aspecto de sanción sólo a las chicas. Un contexto de tolerancia igualitaria para el sexo (el ideario colectivo aparece como permisivo), pero en el plano del comportamiento prevalece la vieja moral de los ancestros («todos van de liberales, de mente abierta y luego son unos carcas»¹⁵¹).

«—Eso es machismo puro y duro. O sea, si una chica se va con tres chicos es la más puta de todas. Es que encima hasta nosotras mismas nos ponemos esa fama entre nosotras, que es lo fuerte.

—Ellos, porque son unos machistas, y nosotras, por envidia...

—Sin embargo si un tío se va con cuatro tías, es el mayor (...) de todos, un campeón.

—Además no hay insulto para definir a un tío que se va con todas. A tí te llaman guarra y te ofenden, y a un tío le llamas cabrón, que se va con cinco, y saca pecho...

—Y aquí estoy».

G.D.3

¹⁵¹ Lo más llamativo resulta que este extracto de relato está tomado del grupo de chicas de menor edad, donde debieran darse las posiciones ideológicas más abiertas entre chicos y chicas.

«—Te aceleras mucho más. Sexualmente, yo creo que con el alcohol o con las sustancias, se exagera. Todo lo que en sí somos se exagera. No es que seas otra, pero todos los aspectos se hacen más grandes. En los chicos sí es verdad que son mucho más... No digo que nosotras no tengamos un calentón; claro que lo tenemos; pero lo sabemos controlar mucho mejor que ellos y con el alcohol pasa lo mismo. O sea, si van muy bien y ven a una tía que les gusta y les está poniendo en ese momento, irán a saco. Una chica, sí, se va a acercar y eso, pero de otra forma, y no va a buscar tanto el contacto sexual como puede buscarlo el chico, que enseguida se le va la cabeza a eso. A nosotras se nos puede ir pero menos que a ellos.

—Yo también estoy con ella, pero también pienso que últimamente a las tías...

—Estamos salidas rasas».

G.D.2

Con las sustancias, en particular el alcohol, se activan los sentidos y los instintos; en el caso de los chicos la agresividad y el deseo de flirtear con las chicas; en ellas se activa la sensibilidad y se libera el deseo. En el habla de las chicas en el fondo subyace una cuestión de naturaleza, la diferencia genética de unos y otras; las bases hormonales que se activan ante la liberación que las drogas ejercen sobre las inhibiciones de la conciencia, en términos freudianos la libertad del yo reprimido.

A los chicos les gustarían aquellas mujeres que trasgreden la moral tradicional, que son «guarronas»; en ellas proyectarían el ideal de las relaciones sexuales libres. Para las relaciones estables buscarían el referente de mujer exaltado por la sociedad tradicional, el modelo maternal: «que les cuide y les mime». En la interpretación del discurso femenino habría una explicación a este comportamiento masculino, y se fundamenta en el miedo a la igualdad, a no llevar la iniciativa y tener que operar desde principios de mayor libertad (*miedo a la libertad* que ya definió E. Fromm). Pero las chicas se muestran dispuestas a tomar la libertad y salir de su reducto de ostracismo, aunque ello suponga dejar en el camino al otro género. En la evolución que ellas experimentan, dicen ver a los chicos por el espejo retrovisor. Que han dejado el estado de santidad en el que les querían colocar, que: «las chicas estamos evolucionando mucho, y ellos se están estancando en lo de siempre... Que si no funcionan, vamos a acabar todas revueltas entre nosotras...».¹⁵²

«—Yo creo que hace falta llevarlo a la práctica, mucho. Yo creo que la mentalidad está cambiando pero todavía la práctica sigue atrás».

G.D.2

El fundamento del potencial del cambio de las mujeres se sostiene en valores que han desarrollado en un estado de mayor exigencia. Tienen más capacidad de

¹⁵² Del grupo de discusión número dos.

aguantar la presión y de salir, porque desde niñas se han acostumbrado a hacer más cosas, a tener más responsabilidades, mientras los chicos estaban sumidos en un mundo exento de responsabilidad (infantilidad permanente). Hay un alegato de exaltación de las cualidades femeninas (en términos de apología). En la apuesta de futuro se ven en vanguardia, siempre y cuando se den los cambios necesarios en el reparto de poder de la sociedad.

Una cuestión final que no representa objeto de estudio, pero que al hilo del discurso femenino se ha proyectado en las distintas dinámicas, es la referencia a las campañas institucionales y de diversas organizaciones sobre la prevención al consumo de drogas. Ya hemos comentado que el discurso institucional sobre las drogas no converge con el de las jóvenes que se fundamenta en lo auto-experimental. En el análisis de partida, las mujeres fundamentan una reflexión que parece trascendente: hay muchas drogas accesibles y a la vez mucha desinformación. A la vez, hay ansiedad en la juventud por el consumo, sea del tipo que sea, y la publicidad sobre las drogas no la va a frenar, por muy duras que sean las imágenes. En el entender de los grupos, hay que ampliar el campo de la información, abandonando los enfoques maniqueos, sobre las sustancias, sus efectos y aprender a discernirlas. De ahí que se valoren las acciones de testaje de productos realizadas por organizaciones no gubernamentales, en ámbitos festivos o a la puerta de algunas discotecas. No se puede negar la realidad; cualquier intervención debe partir de la existencia de una cultura juvenil sobre las drogas y de la accesibilidad de éstas (legales e ilegales).

En este estado de cosas, los anuncios crean rechazo, no en el sentido de no consumir el producto, sino hacia las imágenes; incluso mensajes perversos (la ovejita que ponían; «no seas como los demás, o no seas Dolly», lo cambiaron en la Universidad: «no seas como los demás, bebe más que los demás», o sea que ya hasta se ríen). En resumen, se dice que se gasta mucho dinero en la publicidad, sin que ello suponga cambio de actitudes entre los destinatarios («lo del gusano sí hizo... ¿qué hizo?... Cambiar de canal»).

Este debate inacabado suscita el interés de un estudio específico sobre la imagen y las actitudes que las campañas institucionales contra el consumo de drogas proyectan entre la juventud. También debiera considerarse como objeto de estudio, y desde la potencia analítica de lo cualitativo, el tratamiento estereotipado que los Medios de Comunicación dispensan a los géneros, en especial a través de los mensajes contenidos en el escenario de la publicidad.



Parte V Parte V Parte V

Conclusiones

DISCOTECAS Y AFTER HOURS: ESPACIO MASCULINO

A juicio de estos investigadores, y a tenor de las versiones recogidas, se puede sostener que el ambiente de los espacios de diversión en que se consumen las conocidas como «drogas de baile» (en palabras de Nuria Romo), especialmente el escenario que proporcionan las discotecas y *afters*, es intrínseca o predominantemente masculino.

Alternativamente, el escenario tradicional, que corresponde con las formas de ocio más arraigadas en el conjunto de la sociedad (fiestas locales, Cascos Viejos...), es un espacio en el que el encuentro entre amigos y amigas, grandes grupos, parejas, cuadrillas homogéneas o mixtas, se desarrolla con más igualdad y naturalidad. Es un espacio de encuentro con el grupo de iguales. Esto, por supuesto, hay que matizarlo en el sentido de que este espacio se halla inmerso en el contexto de una sociedad en la que el modelo patriarcal de relaciones entre géneros es dominante. Pero comparativamente el escenario en que se desenvuelven los consumos de «drogas de baile» es más inequívoco.

Ese primer escenario, el de las discotecas, es un espacio público en el que domina el varón. Las actitudes machistas, que vuelven abiertamente, y que encuentran terreno y autoridad donde desenvolverse en estos ámbitos y cuadrillas; el alarde que realizan muchos jóvenes cuando consumen y se colocan, a diferencia de la discreción con que se mueven las chicas, más abocadas a sufrir la descalificación y el rechazo en forma de estereotipos negativos y estigmas degradantes; el mismo reparto de funciones profesionales y tareas en el sector hostelero que cubre estos negocios, todo ello revela un cuadro complejo, pero tangible, en el que la figura dominante y firme es el varón.

Además, a medida que avanzan las horas, la presencia de los varones se hace progresivamente mayoritaria. Por otra parte, la presión de carácter sexual que imprimen los jóvenes, combinada en ocasiones con la carga de agresividad masculina que explican ellas, es fuerte, constante y omnipresente. Algo similar se puede decir de una actividad central en todo este estudio, como es la del trapicheo y la distribución de sustancias que, siendo obviamente delicada, se tramita en manos casi exclusivamente masculinas.

Es un espacio masculino, al que las jóvenes se trasladan, en posición minoritaria, insegura, desfavorable, para divertirse o relacionarse, atraídas por los sujetos que ahí se desenvuelven entre la seguridad, la agresividad y el alarde.

CONSUMO FEMENINO

En ese espacio, en lo que se refiere a las formas de consumo de sustancias psicoactivas por parte de las jóvenes, por emplazar el modelo de pautas, rasgos y actitudes, podemos afirmar que en un primer momento el consumo es una forma de relacionarse, y la primera motivación para iniciarse es la de estar con alguien, sea un chico, una cuadrilla o un ambiente.

No son los factores o significados que en otras circunstancias se han adjudicado a las drogas las que inician el consumo: la rebeldía, la autonomía personal, el deseo de acceder al mundo de los adultos, etc. Aunque siempre se pueden encontrar algunos de estos significados en los procesos mentales de los sujetos participantes. No obstante, a tenor de las versiones confrontadas, el deseo de socializarse y de relacionarse con determinadas personas, que ya se desenvuelven en esos ambientes y formas de consumo, es lo que empuja a las jóvenes hacia las sustancias.

Luego, posteriormente, una vez iniciadas en el consumo, las jóvenes del País Vasco asumen o rechazan el uso de las drogas, según cada caso, y lo incorporan a la diversión como un elemento integrante de la misma.

En cualquier caso, el modelo de consumo de la joven es radicalmente distinto del consumo masculino, dominante. Las jóvenes que consumen son menos (comparativamente, que ellos), consumen menos, siguen itinerarios más breves, se retiran antes, utilizan más las drogas legales, son más prudentes, más responsables en el consumo y en sus consecuencias, prevén más todo el proceso (adquisición de sustancias, dosis, horarios...), revelan menos agresividad en sus comportamientos y en general son más precavidas que sus compañeros masculinos en todo el juego que el consumo de sustancias supone.

Sustancias consumidas

- Las jóvenes consumen, en términos generales, las mismas sustancias que los varones: las más normalizadas (alcohol y cannabis, en sus dos variantes, hashís y marihuana), y las estimulantes (speed, cocaína, éxtasis, ketamina).
- Del mismo modo, siguen el modelo dominante de mezclar varias sustancias, en un policonsumo generalizado.

Actitudes

Sin embargo, su modelo de consumo muestra unas pautas de comportamiento más prudentes y responsables:

- Las dosis que toman son menores.
- La frecuencia de salidas y consumos es menor.
- Realizan menos mezclas, a pesar de la costumbre extendida del policonsumo.
- Siguen itinerarios de diversión más breves. Las razones son varias:
 - Se cansan antes.
 - La sociedad sigue protegiendo más a las chicas que a los chicos.
 - No se sienten a gusto, en ocasiones, en los lugares de diversión y se retiran antes.
 - Existe más control de padres y madres sobre las hijas que sobre los hijos.
- Evitan la agresividad en sus comportamientos y situaciones.
- Las jóvenes revelan una superior percepción de riesgos en el consumo de sustancias.
- Son más prudentes en general (si alguien tiene que conducir, después de la diversión, ella lo hace).
- Son más previsoras, y cuidan más la organización de la diversión. De hecho, a menudo acuden a la fiesta con la dosis que van a consumir ya adquirida, con lo que evitan ponerse en situaciones imprevistas.
- Utilizan más las drogas legales (que las ilegales), con lo que evitan algunas circunstancias problemáticas e indeseables.
- Huyen más de las consecuencias de determinados consumos, como por ejemplo, en cuanto a los estimulantes, de los conflictos y las situaciones de conflictividad.
- Las jóvenes no alardean de estar colocadas (a diferencia de los chicos) para que no se les note.

Representaciones sociales

Las representaciones sociales que se pueden distinguir en contextos de ocio y diversión revelan una distinta consideración para las jóvenes que consumen frente a los varones.

- Se perciben a sí mismas, en esa situación, como más vulnerables, y con la etiqueta de «chicas fáciles». Si no alardean de estar «colocadas», a diferencia de los jóvenes, es precisamente por esta sensación de vulnerabilidad, de ponerse

en disposición de ser acosada, y por ser un estado, en cuanto a ellas, lamentable.

—Existen estereotipos despectivos y degradantes, como el de «comebolsas», para las jóvenes que consumen. Alternativamente, no existen términos equivalentes para los varones. El hecho de no existir nombres despectivos paralelos significa un distinto esquema de enjuiciamiento y de valores.

—En conjunto están peor vistas las jóvenes consumidoras que sus compañeros.

Roles

Al situarnos en un escenario de diversión, con escasas obligaciones o circunstancias sociales estructurales, los roles que representan las personas no son profundos ni apenas diferenciados. En todo caso, son reflejo de otros aprendizajes y contextos. Sin embargo, las personas llevan la carga de sus comportamientos y costumbres incorporada, y se trasmite en estas situaciones. Si se puede hablar de un rol tradicional femenino, en este contexto es, probablemente, un factor paradójico de protección de las jóvenes.

—Más vigilancia de padres y madres.

—Más conciencia personal de los riesgos y del peligro de caer en conductas desviadas.

—Más responsabilidad en todos los planos.

Paradójicamente, el deseo de mayor autonomía personal e igualdad de las mujeres aboca a éstas a mayores riesgos en este fenómeno.

Por fin, un rol específico que se manifiesta en los comportamientos de las jóvenes de modo muy frecuente es el de cuidadora, muy interiorizado y asumido.

Circunstancias del ambiente

—Presión masculina, de índole sexual.

—Presiones superiores, de distinta naturaleza, sobre las jóvenes.

—Se da una mayor reprobación social para las chicas que consumen.

—Otros factores y presiones: culto a la imagen, modelo estilizado de figura femenina, estar atractiva, ser sexualmente activa...

—La edad de inicio (y normalmente de abandono) del consumo es más temprana para las jóvenes. Pero también es cierto que la chica que empieza a consumir lo hace antes que un chico.

Valores

Vivimos en una sociedad concreta, y no se puede aislar un fenómeno como el del consumo de sustancias y la diversión del entorno en que vivimos. Los valores dominantes en la sociedad están ahí presentes, pero son algunos los que, por diversas circunstancias, más influyen.

- Vivimos en una sociedad que promueve valores individualistas, de éxito profesional, y además de éxito inmediato. Valores insolidarios, competitivos, de alta exigencia para la persona.
- Culto a la imagen corporal (y en general, a la apariencia). Estos valores de la apariencia favorecen el consumo de algunos estimulantes (cocaína, éxtasis...) «porque adelgazan». A la inversa también ocurre, y si algunas drogas engordan (alcohol) o producen granos (speed...), la joven controla ese consumo para evitarlo.
- La satisfacción inmediata de los deseos y necesidades, aquí y ahora, sin diferir ni esperar. También la recompensa de las drogas ha que ser inmediata. En ello no se tiene en cuenta la percepción del riesgo a largo plazo, o lo que puede ocurrir mañana: en los estudios, con la resaca... La misma diversión se plantea como un fin en sí mismo.
- Responsabilidad. Las jóvenes muestran, en un sentido global, mucha más responsabilidad en sus comportamientos que los varones. En todos los aspectos y las consecuencias de este principio de actuación. Por cumplir las expectativas, los roles asumidos, que les adjudica la sociedad.
- En cuestión de valores la chica, por norma general, tiene más respeto a la persona, al otro, y a sí misma. La joven participa en la diversión y el consumo de sustancias a partir de ese principio en muchas de las manifestaciones subsidiarias: peleas, vandalismo, agresividad derivada del consumo de estimulantes. Umbral superior de paciencia en las chicas. Pero mayor respeto a la persona. También respeto para conducir, por no ponerse en peligro y no ser un peligro para los demás.

Factor de reducción de riesgos

La joven es en sí misma, en este contexto, un importante factor de reducción de riesgos. Por dos razones.

En primer lugar, porque asume con mucha frecuencia, guste o no, el rol de cuidadora en el grupo de amigos y amigas, así como en las relaciones de pareja. En ello la joven es un agente que actúa, dentro de sus posibilidades, desde el terreno y en directo.

Y en segundo lugar, porque por su forma de acercarse al fenómeno del uso de drogas, generalmente prudente, responsable, que se informa, consciente de los riesgos que se corren en el consumo, representa una vía de intervención clave. Es la vía de introducir en el medio social información, prevención y responsabilidad, elementos fundamentales de cualquier política de prevención de riesgos.

Un dato a tener en cuenta en estas circunstancias es la escasa valoración que realizan las propias interlocutoras con respecto a los mensajes de prevención que se les dirige desde las autoridades y los medios de comunicación. Existe un discurso crítico entre las jóvenes, que sí se informan y atienden los mensajes, con respecto a las cuñas y en conjunto la retórica publicitaria y preventiva en torno a las drogas. Ello obliga a revisar estos mensajes, las campañas de prevención, los procesos de comunicación y en general toda la política comunicativa que se desarrolla desde las instituciones.

Un último apunte es que parece, a tenor de sus testimonios, que se ha adelantado la edad de inicio en los consumos (especialmente en el alcohol), a edades cada vez más precoces.



Parte VI Parte VI Parte VI

Bibliografía

- Ayesta, F. Javier; J.M. Fuentes-Pila; Carlos Cortijo, *Análisis de las campañas publicitarias de tabaco en España: jugando o no con el factor de pérdida de peso, la mayoría de ellas dirigidas a mujeres*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Alonso-Fernández, Francisco, *Clínica de las adicciones femeninas sociales*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Balboa, Alicia; Marta Torre; F. Javier Ayesta, *Perfil de la mujer toxicómana en Cantabria (1989-99)*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Barata i Villar, Francesc, *El drama del delito en los mass media*, Delito y Sociedad, Revista de Ciencias Sociales, año 7, nº 11-12, Barcelona, 1998.
- Berger, P./ T. Luckman (1988). *La construcción social de la realidad*. Barcelona, Ed. Herder.
- Cloyd, J.W. *Drogas y control de información*. Buenos Aires, Eds. Tres Tiempos. (1985).
- Coordinadora de ONGs que Intervienen en Drogodependencias (1996) *Tratamiento periodístico de las drogas y las drogodependencias*, Madrid, Ed. Coordinadora de ONGs.
- Costa, P. O. / J.M. Pérez Tornero (1989). *Droga, televisión y sociedad*. Monografía 8 de «Comunidad y Drogas», Madrid, PNSD.
- De la Cruz Godoy, M. J., Herrera García, A., *Adicciones en mujeres*, Colegio Oficial de Psicólogos de Las Palmas, 2002, Las Palmas de Gran Canaria.
- Delgado, Manuel (1999), *El animal público*, Barcelona, Anagrama.
- El Periódico de Álava*, edición del 10/6/2003.
- Erro, J., Ventura, J. (2002), *El trabajo de comunicación de las ONGD del País Vasco*, Hegoa, Bilbao.

- Escohotado, A. (1989) *Historia de las drogas*. Madrid, Alianza Ed. (3 vols.)
- Esteban, M. L., 1999, *Mujeres y drogas: de la co-dependencias a la autodeterminación*, Jornada «Mujer y drogas», Donostia, enero de 1999.
- García Aberasturi, L, González González, M. T. *Consumo de sustancias en chicas adolescentes*, Colegio Oficial de Psicólogos de Las Palmas, 2002, Las Palmas de Gran Canaria.
- García del Castillo Rodríguez, J. A. *Drogas y género*, Zaguán nº 22. 2003
- García Nebreda et al. (1987). *La imagen de la droga en la prensa española*. Monografía 2 de «Comunidad y Drogas», Madrid, PNSD.
- Gómez, M^a Nieves, Cecilia Bolaños, Montserrat Rivero, *¿Es la codependencia otro tipo de adicción en la mujer del drogodependiente?*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- González, C. et al. (1989). *Repensar las drogas*. Barcelona, Grup IGIA.
- González de Audikana, Manu (Javier Elzo y al.), *Drogas y escuela VI. Evolución del consumo de drogas en escolares donostiarres (1981-2002)*, Escuela Universitaria de Trabajo Social, Donostia-San Sebastián, 2002.
- Idoyaga, P. Ramírez de la Piscina, T. (In) *komunikazioaren atarian. Prentsa eta euskal gatazka*. Alberdania. Irún, 2002.
- Imbert, Gérard, *Los escenarios de la violencia. Conductas anómicas y orden social en la España actual*, Icaria, Barcelona, 1992.
- Instituto de la Mujer, *El consumo de drogas en las mujeres españolas*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Instituto Spiral, *La mujer drogodependiente. Características, tratamiento y estudio de evaluación*, Informe del Instituto Spiral, Asturias.
- La mujer drogodependiente. Características, tratamiento y estudio de evaluación*, Informe del Instituto Spiral, Asturias
- Kolakowski (1999), *La presencia del mito*, Madrid, Cátedra.
- Krippendorff, Klaus, *Metodología de análisis de contenido. teoría y práctica*, Paidós Comunicación, Barcelona, 1990.
- Laura M^a Agustín, *Trabajadores migrantes en la industria del sexo*, Introducción de «Tráfico y prostitución: experiencias de mujeres africanas», Ed. Likiniano Elkar-tea, Bilbao, 2003.

- Larrosa, Jorge, y Pérez de Lara, Nuria (compiladores), *Imágenes del otro*, Virus, Barcelona, 1997.
- Likiniano Elkartea (2003), *Tráfico y prostitución: experiencias de mujeres africanas*, Bilbao, Likiniano Elkartea.
- Lusilla, Banca, *Clínica de los trastornos de la alimentación como alteraciones del proceso adolescente femenino*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Margen-Barcelona (colectivo), *Sobre la delincuencia*, Roselló Impressions, 1977, Novalettera (Barcelona).
- Martens, J. *La mujer en la Comunidad Terapéutica*, Revista nº 30 (junio 1999) de Proyecto Hombre, Madrid.
- Megías, E. et al. (2000) *La percepción social de los problemas de drogas en España*, Madrid, F.A.D.
- Merino, Petra Paula, *Mujeres toxicodependientes en la Unión Europea*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Millán, Ana; Francisco Balosa, *Identidad de género*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Moreno, Amparo, *Prensa de successos: Models de marginació i integració social en els processos de mobilitat social», Anàlisis*, Universidad Autónoma de Bellaterra, nº 16, 1994.
- Mujer y drogas*, folleto editado por el Instituto de la Mujer y el Plan Nacional sobre Drogas, Madrid, 1996
- Orte, Carmen, *Sexualidad en la mujer adicta*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Palacios, Leandro, *Abordaje psicoterapéutico de la adicción femenina*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Pérez Oliva, M. (1987). *Medios de comunicación y prevención de las drogodependencias*. Ajuntament de Barcelona, Comissió Tècnica Consell Seguretat Urbana.
- Prat, Celia, *Aspectos diferenciales en el perfil de las personas por las que se solicita información por consumo de drogas en el servicio 900FAD, según género*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

- Revista Catalana de Seguretat Pública, *Mitjans de comunicació i seguretat pública*, nº 4, ed. Escola de Policia de Catalunya, Mollet del Vallès, 1997.
- Revista hispano-americana «*Poder y Control*», Baratta, A., Hulsman, Louk, etc. Editorial PPU, nº 0, Barcelona, 1986.
- Ripoll, Pilar, *Mujeres y adicciones*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Rodríguez San Julián, Elena, *Resumen de la intervención «perspectivas de género en los problemas de drogas y su impacto»*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Rodrigo Alsina, M. *La construcción de la noticia*. Barcelona: Paidós. 1989.
- Romaní, Oriol, *Información sobre drogas: acciones, valores, orientaciones*, Seminario Internacional sobre Toxicomanías (conferencia), Río de Janeiro, julio de 2000.
- Romaní, O. et al (1989). *Programa de presa de contacte amb drogodependents d'alt risc*. Ajuntament de Barcelona, Institut Municipal de la Salut.
- Romaní, O. et Comelles, J.M. (1991) «Les contradiccions liées a l'usage des psychotropes dans les sociétés contemporaines: automédications et dépendence», *Psychotropes*, Vol.VI nº 3: 39-57.
- Romaní, O. (1999) *Las drogas. Sueños y razones*. Barcelona, Ariel.
- Romo, N. (2001). *Mujeres y drogas de síntesis. Género y riesgo en la cultura del baile*, Donostia: Gakoa.
- Romo, N. *Género y reducción de riesgos entre usuarios de drogas de síntesis*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Ruiz, Ana Isabel, *Relaciones de pareja entre adictos*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Saperas, Enric, *Los efectos cognitivos de la comunicación de masas*, Ariel Comunicación, 1987, Barcelona.
- Schneider, Hans Joachim, *La criminalidad en los medios de comunicación de masas*, Cuadernos de Política Criminal, nº 36, Ed. Edersa (Universidad Complutense; Instituto Universitario de Criminología), Madrid, 1988.
- Sirvent, Carlos, *Dependencias relacionales: codependencia, bidependencia y adicción afectiva*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.

- Situación social de las mujeres en Navarra. Evolución y tendencias de cambio 1975-1996*, documento nº 3. Análisis de Resultados, 1997.
- Stoco, Paolo, *Nuevas perspectivas en prevención e intervención con mujeres adictas en Europa*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Torre, Marta; Alicia Balboa; F. Javier Ayesta, *Situación de la mujer dependiente a heroína en Cantabria: análisis de los resultados del estudio de las pacientes en la última década*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Torres, Miguel Angel, *Consumo de drogas por mujeres jóvenes de la Comunidad Valenciana*, Ponencia en el I Symposium Nacional sobre Adicción en la Mujer, Fundación Instituto Spiral, Jornadas, 6 y 7 de octubre de 2000, Madrid.
- Van Dijk, Teun A., *La ciencia del texto*, Paidós, Barcelona, 1983.
- Van Dijk, Teun A., *Racismo y análisis crítico de los medios*, Paidós, Barcelona, 1997.
- Vilches, C, *Encuesta Navarra de Salud y Condiciones de Trabajo de las mujeres de Navarra*, Ed. Gobierno de Navarra-INSL e INAM I.999
- Vilches C., Peinado A. y García, P. *Alcohol y otras drogas en los jóvenes de Navarra (13 a 21 años)*, Plan Foral de Drogodependencias en Navarra (inédito).
- Villafañé, J. Bustamante, E. Prado, E., *Fabricar noticias. Las rutinas productivas en radio y televisión*, Mitre Editorial, 1987, Barcelona.
- VVAA, 1994, *Salud y Mujer. Salud y actitudes preventivas de las mujeres en una zona semiurbana*. Revista Salud 2.000, (pag 5-10) Ed. Federación de Asociaciones para la Defensa de la Sanidad Pública
- 1991. *Medios de comunicación, el «problema droga» y la percepción de soluciones*. Monografía 14 de «Comunidad y Drogas». Madrid, PNSD.
- Young, J., 1987. «Más allá del paradigma consensual: una crítica al funcionalismo de izquierda en la teoría de las comunicaciones de masas», Poder y Control, 1:59-86, Barcelona, PPU.
- Zabaleta, I., 1997, *Komunikazioaren ikerkuntzarako metodología*, Edako Euskal Unibertsitatea, Bilbao.



ISBN: 84-457-2348-0



P.V.P.: 6 €

Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia

Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco